

31

Ray



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

LA CRUZADA PERIODISTICA DE CARLOS FUENTES

PRIMERA JORNADA

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACION
P R E S E N T A
JOSE LEONARDO MARTINEZ CARRIZALES

Asesor: LIC. LOURDES ROMERO ALVAREZ

FALLA DE ORIGEN

MEXICO, D. F.

1990



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PALABRAS PRELIMINARES

He sido fiel a las obsesiones que habitan estas páginas. La mayor rebasa el ámbito de las obligaciones intelectuales para tocar el de la autobiografía: abrir puertas, ampliar espacios en torno al periodismo, inaugurar diálogos. La obsesión no es sólo una preferencia intelectual, es una necesidad personal fermentada a la luz de una crisis de identidad universitaria que, hasta ahora, vislumbro como el apartado individual de un desajuste mayor compartido por varios de mis coetáneos. Con estas páginas he intentado responder a la crisis.

Para alguien que, como yo, tuvo una estancia en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales equívoca y contradictoria, la residencia en dicho recinto no puede ser un espacio asimilado sin problemas; por el contrario, es un terreno por construir. Antes que una afirmación, una pregunta; antes que el juicio, la perplejidad. Así, el Periodismo no podía ser un oficio sancionado por las aulas universitarias; era, es todavía, un problema por definir. Para su definición he optado por la historia de la prensa mexicana y, más allá, en forma vacilante, por la cultura mexicana de este siglo. Si mis argumentos no bastan para agrandar al lector y desmerecen ante su consideración, supongo que sí bastarán para llamar la atención sobre los beneficios de la duda acerca de un ejercicio profesional poco cuestionado en su sentido por los mismos respon-

sables de su ejecución. Digo esto porque así ha ocurrido a quien esto escribe: si con la tesis no he conjurado mis dudas, mis incomodidades, si he duplicado, en forma, pienso, más eficaz, los caminos para su reconsideración posterior. Me gustaría pensar en estas páginas como un extenso esquema razonado, como un apunte cuya ejecución definitiva es todavía lejana. La condición de estas páginas es, entonces, incompleta, preliminar. No aborda el problema: lo asedia; no enjuicia el tema de estudio: lo supone.

Sin embargo, el asedio y la suposición desarrolladas en estas páginas, me satisfacen. Por esa satisfacción -modesta- he continuado hasta concluir la extensa jornada que propongo al lector recorrer en torno a una apuesta que pretende ver en el periodismo una de las actividades con la cual el hombre, de modo exclusivo, orgánico y coherente, se ocupa de sí propio hasta el grado de caracterizar, sustancialmente, a la luz de las peculiaridades profesionales del periodismo y por exclusión de otras áreas de la inteligencia humana, esa ocupación racional. Esta proposición ocupa las páginas del "Capítulo introductorio" que, a su vez, estableco los supuestos de su desarrollo: la historia cultural del país; el estudio de esa historia propuesto por algunos especialistas de la materia de acuerdo con los ciclos generacionales que vislumbró Ortega y Gasset; el periodismo mexicano como un apartado sustancial de la caracterización de los ciclos generacionales de nuestra historia cultural. Los invitados a este intento por exponer el Periodismo como un segmento coherente e independiente de los procesos

de la historia de la cultura, al mismo tiempo que estrechamente ligado con ella, están, me parece, en la mesa. Si el éxito de la empresa es accidentado, no lo es tanto la consecución de uno de mis propósitos primarios: abrir puertas, escapar de la asfixia de todo gremialismo que demuestra menos el dominio de un oficio que la miseria de horizontes espirituales. En adelante, las páginas no podrán divorciar el Periodismo del conglomerado de actividades humanas que llamamos convencionalmente cultura.

Por supuesto, he procedido a hablar sobre particularidades. Nada saludable puede esperarse de una especulación universal sobre intuiciones tan informes. Por otro lado, desconfío de sus beneficios aún en el caso de mayor precisión: si algo pudiéramos obtener de otro enfoque de la historia del periodismo es, precisamente, claridad en torno a su desarrollo y, se entiende, en torno a los procesos culturales de nuestra historia. Así es como a la particularización de la historia del periodismo mexicano han seguido otras: la de la generación llamada de Medio siglo en nuestra cultura y, posteriormente, la de uno de sus exponentes, acaso el más representativo: Carlos Fuentes. ¿Las razones? Preferencias, simpatías, afinidades vitales... La arbitrariedad de la elección, no siempre llevada hasta sus últimas consecuencias, sirve para evidenciar otro de los supuestos de esta tesis que viene a unirse a las restricciones ya impuestas al lector de estas páginas: me refiero al supuesto que ve en este trabajo un modelo, un primer ensayo exploratorio. Antes lo he declarado: un extenso esquema razonado.

Al "Capítulo introductorio" siguen dos capítulos ("El camino a

la madurez crítica"; "El ejercicio de la madurez crítica") que intentan explicar algunos aspectos de la matriz histórica de la generación de Medio siglo de acuerdo a un discurso que ha encontrado un hilo conductor: la actitud de las inteligencias críticas de México respecto de la institucionalización de la revolución armada. La reseña del proceso de maduración crítica a la luz de esta variable no es, no puede ser absoluta: es un apunte que destaca hilos argumentales que, si todavía en ambos capítulos son modestos, cobrarán importancia posteriormente. Así, el primero de los capítulos se ocupa de un par de críticos que por su madurez e independencia, así como por su responsabilidad decisiva en la duda de la década de los cuarenta que abrió nuevas zonas de reflexión e influyó en la formación de los jóvenes de Medio siglo -¿ha muerto la Revolución Mexicana?-, merecen ser destacados: Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas. El segundo capítulo se ocupa de un caso paradigmático de la madurez intelectual que en los cincuenta alcanzó la crítica: la publicación en México de La lucha por la paz y por el pan escrito por la mirada extranjera de Frank Tannenbaum y que tuvo la virtud de centrar la atención de los jóvenes de Medio siglo. El material de ambos capítulos, además de configurar el clima público de la discusión periodística por venir, procede de la oportunidad y el sentido periodísticos.

El capítulo que sigue formaliza varias ideas dispersas en el trazo biográfico-generacional de Medio siglo, impresionista, si se quiere, pero dirigido a las peculiaridades de sus preferencias in-

telectuales así como al apunte de su desarrollo hasta la radicalización periodística de Carlos Fuentes y sus amigos; el apartado siguiente concluye la idea: reseña los preparativos logísticos de una guerra periodística que encuentra en la Revolución Cubana su primera batalla. Cuba finaliza un propósito y anuncia un estudio inédito. El propósito concluido: describir, por el periodismo, uno de los procesos culturales de la compleja vida de una generación; apuntar uno solo de sus rasgos biográficos. El anuncio inédito: la relación posible de un copioso ejercicio periodístico que, cotidianamente, se extendió temática y cronológicamente: llega hasta Africa y los asuntos de política doméstica en México; se extiende por toda la década.

Reconozco aquí ciertas deudas cuya noticia, seguramente, alguna información accesoria sobre estas páginas podrá ofrecer a lectores perspicaces que puedan suponer los secretos compartidos con quienes he de mencionar enseguida: los libros de Enrique Krauze y nuestras apresuradas charlas; Lourdes Quintanilla, con quien no puedo dejar de relacionar la imagen del humanismo clásico y a quien desde el segundo semestre de la carrera debo el presentimiento de la historia de México como un espacio abierto y en permanente crisis intelectual; Lourdes Romero, quien además de haber seguido, como asesora, la marcha de este trabajo con un respeto y una constancia que no agradeceré lo suficiente, es responsable de la cátedra que me permitió suponer la imagen primera de esta tesis.

A la oblicuidad luminosa de las deudas que tengo con Krauze y Quintanilla, no puedo dejar de agregar otras, todavía más oblicuas: Carlos Martínez Moreno (q.e.p.d.), su voz sorda, sureña, su devoción ática; y mis amigos: ellos se reconocerán en estas páginas.

Ciudad de México, febrero de 1990.

CAPÍTULO INTRODUCTORIO

APUNTES PARA UNA RECONSIDERACIÓN DE LA HISTORIA DEL PERIODISMO EN MÉXICO.

La historiografía contemporánea del periodismo mexicano¹ sufre de una incapacidad ante la multiplicación descomunal y acelerada de materiales impresos, ante unas páginas que comienzan a rechazar la numeración, ante la variedad de la cobertura informativa, ante la dispersión geográfica; en fin, ante los efectos de los beneficios mecánicos, eléctricos, y hoy electrónicos y cibernéticos de su producción material, del mandato de las sociedades modernas y del imperativo económico de su manutención.

Los esfuerzos historiográficos que se han enfrentado a estos hechos nos han ofrecido relaciones generales de muy largos periodos de letra impresa que, por fuerza, adolecen de los detalles propios del ensayo más breve, además de apoyarse con exceso en la historia política de nuestro país como un mero esquema argumental al grado de parecer, en veces, su ejemplificación.² Nos hemos favorecido también con ensayos que fatigan un breve momento del periodismo mexicano; verdad es que cubren ciertas lagunas pero, en el balance general, se antojan apuntes aún inconexos.³ La antes dicho cabe particularmente para el trayecto histórico que comienza en el siglo XVIII (La Gaceta de México), y concluye con la pacificación revolu

cionaria de nuestro país (la regulación cardenista de la prensa); después, el panorama es una página blanca. Sin embargo, el problema no reside ni en la fragmentación ni en la escasez de investigaciones; esto es apenas un síntoma de una incapacidad decisiva: la ausencia de un criterio que posibilite el estudio del periodismo como una entidad coherente y suficiente por sí misma, y que, al mismo tiempo, permita un marco de exposición concertada a despecho de obstáculos cuantitativos. A la recolección de páginas periódicas deberá preceder una pregunta sobre el periodismo de cuya respuesta dependa la recopilación de esas páginas. Porque no podemos reconocer con precisión relativa, o acordar con éxito discreto lo que es el periodismo, su historia se nos escapa. Admitimos la madurez historiográfica en cualquier ámbito cuando este oficio, el de la historia, no se reduce al compendio de datos, sino que se aventura a la enunciación de problemas fundamentales de la materia estudiada. Cubierto el aprendizaje de los métodos de recolección de información, la historia discute la identidad de su objeto de estudio: en la historia del arte o la historia económica, indagamos el ritmo humano expresado a través de la economía y el arte. En la historia del periodismo, esas cuestiones no están definidas.

La imposibilidad historiográfica del periodismo no es un problema cuantitativo sino racional. ¿Qué es el periodismo? pregunta para la cual no ha sido ensayada alguna respuesta que contemple los términos de su desarrollo al margen de las traducciones "geométricas" de los hechos positivos.⁴ Sorprendidos por el tránsito ver

tiginoso que nos conducirá a un sitio del que no tenemos idea clara pero ante el cual sentimos una fascinación que linda en lo irracional, nos hemos sometido a impresiones que explicamos con ingenuidad.⁵

Como prueba de la inmadurez racional con que se mira el peligro, comentaremos una opinión ampliamente aceptada en la historia de la prensa mexicana.

UN EQUÍVOCO HISTÓRICO: El Imparcial

La opinión más difundida acerca de la importancia que tiene El Imparcial en la historia de nuestro periodismo ha sido muy influyente en las ideas en uso con respecto a la actividad periodística; ideas que, lejos de promover una discusión en torno a los rasgos fundamentales de dicha actividad, la oscurecieron por la aceptación incondicional del expediente azaroso de sus avances técnicos.

Se considera que con el nacimiento de El Imparcial el 2 de septiembre de 1896, periódico tabloide a cinco columnas dirigido por Rafael Reyes Spíndola, caducó una etapa del periodismo en México y, en correspondencia, comenzó otra, próspera y moderna. Más que en el desarrollo, se piensa en la abjuración de una fe y en la subsecuente profesión de otra: renuncia a la voluntad de los mexicanos decimonónicos de discutir y persuadir a través de la hoja impresa; entusiasmo por sumarse a la promesa del progreso.⁶

El Imparcial trastocó varias prácticas que hasta entonces ca-
racterizaban el oficio periodístico en México. Explotó exitosamen-
te el interés despertado por la nota roja; alteró el formato a fin
de facilitar la lectura de noticias que además de ganar brevedad
se multiplicaron; consiguió el servicio de agencias de información...⁷
"Todo parece indicar que (...) se llegó a separar claramente el
periodismo de opinión, el texto crítico del periodismo tradicio-
nal, de un nuevo estilo llamado 'diarismo informativo' que según
los redactores reporteros sobrevivientes a El Imparcial, constitu-
ye la verdadera esencia del periodismo".⁸

Casi desde la aparición del diario de Spíndola, quedó reserva-
do para éste el elogio que lo caracteriza como fin y principio del
periodismo mexicano o, tal vez pudiera decirse sin exageración,
línea divisoria entre la falsedad y la verdad del periodismo moder-
no. Con él concluye la preferencia de los mexicanos por la propagan-
da doctrinaria y se abren los felices tiempos de la información in-
dustrializada.⁹

Un empresario tan inteligente como Gabriel Zaid explica el elo-
gio de El Imparcial. Saluda a Reyes Spíndola como el hombre que fue
capaz de lograr un tiraje de 90 000 ejemplares al haber sustituido
los "sermones doctrinarios" por noticias; reforma que, junto a otras,
evitó "los aburridos resultados" que son "de esperarse de un órgano
oficial".¹⁰ De tal manera que, el acierto de Reyes Spíndola parece
consistir en un desplazamiento que lo lleva de ser un vocero de las
ideas o las instituciones que fueren, a convertirse en un empresa-
rio de la información; camino que lleva en su interior los resor-

tes de la libertad y sus más inesperados beneficios. Veremos adelante que esta apreciación no es muy fiel a los acontecimientos históricos.

Un juicio más sereno y acertado corresponde a Stanley Ross quien no deja de consignar que El Imparcial "marcó el principio del periodismo informativo, industrial en México"¹¹ pero, en el contexto de su exposición completa, lo sitúa en un lugar no muy distinto del que, en páginas anteriores, dedicó a El Siglo XIX; es decir, lo considera la publicación en que circunstancialmente tomaron cuerpo ciertos adelantos técnicos que beneficiaron a una actividad que, en esencia, no depende de ellos.¹²

Si El Imparcial había provocado un ajuste de la producción periodística y de las relaciones laborales, no alteró su función sustantiva; ni siquiera pudo evadirse de la línea de continuidad que hace del periodismo mexicano un cuerpo coherente.

Uno de los mayores problemas del general Porfirio Díaz fue el testamento periodístico de los liberales;¹³ nunca como en la República Restaurada se discutió tanto y tan acerbamente en México. Díaz organizó un conjunto de acciones encaminadas a debilitar la prensa opositora. Subvencionó periódicos y periodistas venales con lo cual, además de reclutar un ejército de intelectuales que ahogaban voces disidentes, promovió disputas periodísticas con las cuales, el anciano gobernante, sofocaba no sólo las voces adversas sino también, cuando así lo decidía, las oficiales.¹⁴ En 1883, Díaz consiguió la enmienda constitucional de los artículos 6o. y 7o. a fin de suprimir los jurados de imprenta y, junto a ellos, la barrera legal que gozaron los periodistas durante la

primera etapa del porfiriato; la enmienda correspondiente del código penal y del código de procedimientos jamás tuvo lugar, por lo que quedó abierta la posibilidad de atacar a la prensa con toda clase de métodos represivos.¹⁵ La más sofisticada de las ofensivas de Díaz consistió en El Imparcial. El amparo económico que lo vio nacer provino de la suspensión de los recursos canalizados a varios periódicos oficiosos. Nemesio García Naranjo escribió en 1923 a este respecto:

Antes de que Reyes Spíndola fundase El Imparcial, el gobierno se veía con frecuencia en la penosa necesidad de estrangular a los periódicos de oposición. Y para evitar escándalos, algún espíritu sutil ideó matar a los diarios libres por medio de una competencia mercantil que ellos no pudiesen sostener.¹⁶

Más que un hito que hace del periodismo mexicano algo diferente al modernizarlo técnicamente, El Imparcial fue el brazo de un gobierno caracterizado por su inteligencia fría y oblicua y, con ello, aunque con distinciones materiales muy agudas, es un ejemplar más de lo que la prensa mexicana ha sido desde su nacimiento: un lugar de ideas.¹⁷ El espectáculo de la aparición de esas ideas y de los actos humanos cedidos a ellas, cerró la suerte de El Imparcial. Al triunfo de Madero, la Secretaría de Hacienda compró el periódico sin mudar uno solo de sus redactores: la fe democrática de Madero se opuso, como en tantos otros momentos, a

la voluntad de los integrantes del Partido Antirreleccionista, quienes pedían ahogar la propaganda contra el gobierno agazapada en el diario adquirido. Podemos reconocer, junto a la investigadora Blanca Aguilar, que la costumbre de El Imparcial fue la de prosternarse ante el gobierno en turno -excepto el maderista- hasta su debilidad absoluta: sirvió a Huerta en la persona de Díaz Mirón; sirvió al mandato transitorio del licenciado Francisco Carbajal en las manos de Manuel Puga y Acas, hasta la huida frente al avance del Ejército Constitucionalista.¹⁸ Más que la economía, la política parece determinar este destino y sujetarlo al conjunto de destinos que dan coherencia al periodismo mexicano.

RONDA DE LOS EQUÍVOCOS: El Universal.

Se ha querido ver en El Imparcial el origen de un linaje y, en El Universal, uno de sus descendientes. Además de la fe en la industria, una delgada, casi fugaz línea biológica los une: antes de morir, El Imparcial fue dirigido por Félix Fulgencio Palavicini hasta que el constitucionalismo decretó su desaparición en agosto de 1914. Después de servir a Carranza en su gabinete y en sus recursos informativos,¹⁹ Palavicini se entregó a la tarea de fundar un diario. Con este propósito reunió "a varios amigos políticos para formar una sociedad y recabaron 80 mil pesos oro nacional. Entre los accionistas estaban Manuel Amaya, Luis Cabrera, Pascual

Ortiz Rubio, Nicéforo Zambrano y el empresario Rafael Sánchez Vieg
ca, interesado en concesionar la sección de avisos. Según palabras
del propio Palavicini, el gobierno de Carranza no proporcionó un
solo peso para la fundación del diario capitalino: El Universal,
apareció el 10. de octubre de 1916".²⁰

Gabriel Zaid piensa que "el proyecto de Palavicini era reempla
zar El Imparcial" en tanto "diario industrial".²¹ Tal afirmación
debe matizarse a la luz de un par de aspectos: la personalidad de
Palavicini y la presencia pública de El Universal -aspecto para cu
ya documentación Zaid mismo nos ofrece juicios valiosos.

El combatiente de las ideas que se había manifestado en Pala
vicini desde que ocupó la dirección de El Antirreleccionista cuando
éste último se convirtió en diario, hasta que su desacuerdo con
la reelección de Obregón en 1927 a través de El Pensamiento, periódico
fundado por él mismo, le valió la prisión y el destierro,²² no
se ausentó de El Universal. Este diario se convirtió en el conducto
de lo que Zaid llama "el civilismo(sic) de Palavicini, su militan
cia por una sociedad abierta, su fe en la imprenta y en la vida pú
blica..."²³ El multicitado artículo de Zaid se ocupa de la publica
ción en las páginas de El Universal (20 junio 1917) de una encuesta
que recoge las opiniones de "24 personalidades del mundo cultural"
acerca de la posible participación mexicana en la guerra europea.
Ramón López Velarde, por ejemplo, se pronuncia por el apoyo a los
aliados, mientras que Julio Torri, con fino desenfado, se declara
"ultra-aliadófilo"; opiniones divulgadas ante un gobierno favore-

cedor de la neutralidad, cuando no abiertamente hostil a los norteamericanos. Esta actitud independiente no debe extrañar, dice Zaid, si recordamos el espíritu parlamentario de aquel tiempo.

El Universal presenta a su director (11 julio 1917) como el hombre que "al fundar su gran diario, ha encabezado una organización política civilista que ha tenido el valor de enfrentarse con el naciente militarismo en la última contienda civil de México".²⁴

Si este alegato se encamina a proponer la permanencia en El Universal (y en toda industria periodística) de las ideas como fundamento de su existencia, no debe confundirse su propósito con el de defender otra permanencia: la del periodista romántico cuya tragedia lo condena a defender, solitariamente, sus más caros ideales, siempre amenazado por los emisarios de la maldad y de la baja humana que se niegan a abandonar su potestad sobre la tierra. El rasgo fundamental del periodismo permanece a pesar de los embates tecnológicos y de la ampliación de la esfera económica a todas las actividades humanas, pero su aspecto sí cambia. Reconocer ese cambio no compromete la existencia del rasgo fundamental. Así, en el caso de Palavicini, debemos identificar un combatiente de ideas integrado a la disputa política en un país convulso.²⁵ Algo similar fue Reyes Spíndola: ambos apostaron por una idea, un hombre, un estado de cosas; en última instancia, apostaron por un modo particular de estar en la historia. Ni simpatías ni diferencias particulares pueden invalidar una actividad humana más allá de toda diferencia y simpatía; antes bien, corroboran las posibilidades intelectuales que permiten simpatizar y disentir, propias de cualquier

hombre que alguna vez, en alguna página periódica, haya contribuido a la expresión de alguna idea.

La apuesta particular de Spíndola y, en menor grado, la de Palavicini, parecen desafortunadas, comprensiblemente desafortunadas si consideramos la novedad relativa de sus tiempos: el fin de un régimen, el inicio incierto de otro. Pero a pesar de ese infortunio, más personal que comunitario, al apostar por un hombre o una facción en una disputa de hombres y facciones, no clausuraron la oportunidad de apostar, aunque sí dificultaron ese ejercicio.

CONTINUIDAD DE UNA TRADICIÓN HISTÓRICA

Junto al impacto de El Imparcial y El Universal y, por supuesto, luego de la declinación de ese impacto, ocuparon el escenario varias publicaciones periódicas que continuaron y afirmaron vigorosamente la tradición histórica del periodismo mexicano. Estas publicaciones eran "una importante fuente de noticias contemporáneas, así como un cauce para la expresión de opiniones y para la publicación de material documental, de memorias, y de material histórico polémico".²⁶ Desde los primeros órganos de los clubes liberales hasta la entrevista Díaz-Creselman, el ejercicio periodístico fue un catalizador decisivo del proceso revolucionario. Diego Arenas Guzmán ha observado que la rebelión maderista nació bajo el signo de imprenta.²⁷

Nunca la actividad periodística fue tan nerviosa. Alejados de

ese vendaval podemos contemplar la permanencia orgullosa de la proposición, la discusión y el rechazo de las ideas, así como su identidad francamente periodística. La extensión de esa permanencia, no siempre tan alta y noble como su origen, las más de las veces baja e irracional, es el expediente de persecuciones, prisiones, destierros y asesinatos; atentados y amenazas, censores, lectores ávidos no pocas veces clandestinos; indignación ciudadana, risas, amarguras y furias populares; conspiraciones...²⁸

Puede concluirse que una línea cruza la historia del periodismo mexicano. Ross lo dice así:

(...) durante todo el siglo XIX el diarismo político polémico mantuvo un dominio indiscutible. Desde la Independencia hasta la Revolución el periodismo fue el orientador de la sociedad, así como la sociedad lo fue del periodismo' (Amor Stein Geifman). Un periodista definió al periodismo político como 'el arte de educar a las multitudes para leer, pensar o juzgar sobre sucesos contemporáneos' (F. Ibarra de Anda). Y ciertamente no se carecía de medios de orientación. El lector cuidadoso o partidista podía escoger entre periódicos monárquicos o republicanos, federalistas o centralistas, liberales o conservadores. Y la lista de colaboradores sugiere quiénes eran los hombres más sobresalientes de las letras, ideólogos y líderes políticos.²⁹

Esto no significa que la tradición periodística en México sea sinónimo de periodismo político. Si alegamos que la discusión de ideas -en este caso, una discusión de corte político- revela la existencia de una línea que corre a lo largo del periodismo mexicano no debe deducirse que la coherencia de nuestro periodismo radique en la discusión política, sólo debe entenderse que por ella observamos la congruencia de una actividad humana y que, por esa congruencia, nos vemos autorizados a suponer un fundamento, ése sí, razón y principio de la tradición periodística, ya se exprese en su modalidad política, ya cultural... Si hasta aquí los argumentos han pertenecido a la esfera del debate político, es porque la tradición periodística se revela con mayor intensidad en los momentos de mayor agitación social y, por ende, de mayor circulación de ideas. Andrés Bello y José Fernández de Castro así lo reconocen para toda Hispanoamérica:

Y no parecerá extraño que el periodismo de nuestros países haya adquirido su máximo impulso en los días en que estos bregaban por su independencia y, en épocas posteriores, cada vez que una gran aspiración sacude y estremece el alma popular.³⁰

Algo similar ha ocurrido en la literatura, además de que sus páginas tienen una estrecha y diversa relación con las páginas periódicas; se diría que entre nuestros diarios y la prosa de nuestros civilizadores, existen vasos comunicantes que no se

limitan al formato de su impresión.³¹

En nuestro país la impronta es más profunda si pensamos que el siglo pasado fue una sucesión de agitaciones. El periodismo lo consigna en sus páginas al mismo tiempo que lo asimiló de tal modo que hizo indiscernible la actividad estrictamente informativa, del ejercicio del pensamiento frente a la realidad reseñada. En esto estriba la solidez de la tradición periodística mexicana y la prueba de su fundamento y de su legítimo lugar entre las actividades cuya preocupación central es el hombre.

PROPOSICIÓN DE UN ACUERDO

Acudimos a una evidencia para justificar la revisión del periodismo al margen del recuento de sus adelantos materiales y del contenido particular de sus diatribas políticas: el periodismo no es sólo el resultado del acto de informar, sino el ejercicio cotidiano del pensamiento frente a la realidad histórica, es la construcción arbitraria de un presente; en el centro de su producción está el hombre, de modo que el periodismo resulta una forma peculiar de las actividades humanas cuya preocupación primera es el estado y el destino del hombre. En sus páginas habita, en este siglo como nunca antes, un inmenso diálogo en el que participan hombres diversos separados por el tiempo, el espacio y las convicciones, pero reunidos alrededor de unos cuantos temas centrales de la cultura humana. Un diálogo inmenso de presentes. Este carácter, digamos,

humanista, del periodismo, deberá impregnar, nos parece, de manera franca, los estudios próximos en torno a la actividad periodística.

Si en el centro de esa actividad reside el hombre, el procedimiento más adecuado para intentar un estudio de su desarrollo es el que aborda, como un complejo de relaciones indisolubles, las ideas expresadas en sus páginas, su carácter estrictamente periodístico, los hombres que las produjeron, y la historia en que se produjeron; además del diálogo de un complejo de relaciones con otro (apunto que el diálogo del periodismo no se limita a su interior: sus palabras abarcan otros dominios de la presencia humana y, en ellos, deja y recoge ideas).

ORTEGA Y SUS EPÍGONOS.

José Ortega y Gasset propuso la idea de las generaciones como método de investigación histórica. Entre nosotros, Wigberto Jiménez Moreno, Luis González y Enrique Krauze han seguido la propuesta. La empresa ha sido fructífera por cuanto, al margen de datos y cifras, ha contribuido a ver en la historia el escenario en que se desenvuelve la vida del hombre como un cuerpo coherente y, en consecuencia, la prueba de la cualidad común a todos los hombres.³² Por estos beneficios recurrimos al enfoque generacional. Más que la aritmética de la que se vale Ortega para situar a Descartes como "epónimo de la generación decisiva"³³ y que lo acerca a lo que antes

rechazara, a saber: que la edad no es una cifra sino un modo de vivir,³⁴ y que generación no es genealogía,³⁵ antes que la matemática de Ortega, prefiero la sensibilidad que lo condujo a escribir con lucidez extrema:

(...) las transformaciones de orden industrial o político son poco profundas: dependen de las ideas, de las preferencias morales y estéticas que tengan los contemporáneos. Pero, a su vez, ideología, gusto y moralidad no son más que consecuencias o especificaciones de la sensación radical ante la vida, de cómo se sienta la existencia en su integridad indiferenciada. Esto que llamamos 'sensibilidad vital' es el fenómeno primario en historia y lo primero que habríamos de definir para comprender una época.³⁶

Para el entendimiento de ese "fenómeno primario", el instrumento de estudio indicado no es ni la biografía de héroes, ni la descripción de los movimientos de una masa. Aventura: ni la historia romántica ni aquella que se sometió, al iniciar este siglo, ante la fascinación de las multitudes. Entre ambos polos, Ortega propuso la generación. Asamblea de hombres que a más de compartir la edad y el espacio, tienen un contacto vital.³⁷

Lo que distingue (a la generación) es un cierto aire de familia, la marca de convivialidad, actitudes comunes, creencias profundas más allá de las diferencias ideológicas. Una generación es un grupo de hombres en los que algún acontecimiento

histórico importante ha dejado una huella, un campo magnético en cuyo centro existe una experiencia decisiva. Es un ethos peculiar que, impreso en la juventud, se arrastra colectivamente toda la vida, un modo de afirmar la individualidad frente a los padres culturales, de rechazar y continuar una herencia.³⁸

Conviene adelantar que una generación no es homogénea; en ella, a pesar de la "común filigrana", existen pugnas y antagonismos,³⁹ o mejor, como ha visto Krauze, matices que autorizan a hablar de "promociones" dentro de una misma generación.⁴⁰

Lo dicho hasta aquí es relevante si, aplicado al periodismo, puede afirmarnos en las siguientes convicciones: que el periodismo no pertenece al archivo de la "necesidad humana" o de la "reproducción material" donde el hombre deja testimonio de su ingenio para resolver cuestiones de la vida material; que el periodismo es fruto del genio del hombre y por tanto, en su desarrollo podemos distinguir la existencia y la sucesión de "sensibilidades vitales"; que por esa sucesión el periodismo es un diálogo continuo de voces que no interrumpen, antes afirman la continuidad de su conversación y la prolongan.

En ese diálogo participan varias generaciones que, a pesar de la diferencia de sus palabras, conforman una tradición. Las interlocuciones de ese diálogo aparecen como una voz celosa de afirmación fascinada por la disidencia y el cisma, pero en el camino a la invención de su presente y su futuro, los bríos se revierten

y reconquistan un pasado.⁴¹ Cada nueva palabra es, en última instancia, ¿o por principio?, una reafirmación de continuidad. En este movimiento la generación actúa decisivamente. Otea la obra de los hombres que la precedieron para sucederla como una nota musical sucede a otra, como un vocablo sigue a otro en el poema: ambas imágenes acentúan la "necesidad" de la palabra o del sonido por venir, pero salvan su maravillosa imprevisibilidad, su tono libertario que puede ser el del discípulo fiel, el del iconoclasta, el del hijo ingrato, rebelde o pródigo; siempre el tono de una misteriosa continuidad que más que afirmar a las generaciones en su soledad -y sin confundirlas- las reúne en un concilio donde celebran la cualidad humana común a todos los hombres de que se valió Erich Kahler para escribir su célebre historia universal.

DOS TENSIONES EN LA GENERACIÓN

El enfoque generacional se somete a dos tensiones que, aunque complementarias, se mueven en sentidos divergentes; una prevalece sobre la otra según la voluntad del historiador.

Por una de esas tensiones -llamémosla sincrónica-, el historiador escribe el capítulo biográfico de la generación en su propio complejo de circunstancias, traza un cuadro de familia; sus instrumentos son los más comunes en el oficio historiográfico, al menos moderno: busca la obra material e intelectual de los miembros de la

generación, los interroga, persigue a sus familiares y amigos, profana sus archivos personales, reconstruye las ramas inmediatas de su árbol genealógico, las circunstancias de su tiempo,⁴² diseña cuestionarios que permitirán definir inclinaciones, preferencias, aversiones, deseos...⁴³ La otra tensión, por así designarla, diacrónica, permite situar la generación entre otras generaciones a fin de valorar su lugar, polemiza acerca de su ascendiente y adivina su herencia; más que ver en las generaciones un conjunto de hechos, nombres y fechas, contempla un enjambre de signos: es esencialmente una discusión que se ocupa del sitio del hombre en un contexto nacional, como aquí se pretende y como pretendieron mis fuentes más cercanas, o en un contexto universal como quiso Ortega.⁴⁴ Por obra de este uso metodológico, la presencia de una generación siempre es redefinible; la biografía colectiva es, en principio, una forma cifrada de la autobiografía generacional.

Una historia del periodismo mexicano a la luz de algunas orientaciones del enfoque generacional, confirmaría el derecho a pensar en el periodismo como un cuerpo coherente que ocupa un sitio legítimo entre las actividades con que el hombre se interesa por sí mismo, a la vez que distinto de todas ellas por propósito, recursos, historia y modo.

NOTAS

- 1.- Entiendo por periodismo un sinónimo de prensa escrita. Propongo atribuir al concepto su significado tradicional a fin de pensar en el complejo de actividades que otorgaron estatuto histórico al periodismo, y no en las modalidades de su producción material contemporánea. Sin embargo, no olvido los esfuerzos por acuñar un contenido "moderno" de la palabra periodismo. Cfr. Alberto Dallal. Notas de investigación. UNAM. 1988.
- 2.- Un par de ejemplos: Stanley Ross. Fuentes de la historia contemporánea de México. El Colegio de México. 1965. Singularmente la introducción al tomo I, Periódicos y revistas; y María del Carmen Ruiz Castañeda et al. El periodismo en México. 450 años de historia. UNAM. 1980.
- 3.- Cfr. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. Julio-septiembre 1982. Existen también trabajos dignos en torno a rasgos específicos del periodismo como su régimen legal... Su misma especificidad impide aceptarlos como un cuadro histórico completo de la actividad periodística.
- 4.- El argumento de estas páginas considera el estado actual de la prensa escrita; sin embargo, varias aseveraciones podrían ser extendidas a otros dominios de la comunicación moderna y, en última instancia, a la pretendida ciencia de la comunicación donde estas premisas alcanzarían estatuto científico. Por otro lado, el entrecomillado pertenece a Gastón Bachelard. La formación del espíritu científico. p.11.

- 5.- Cfr. Alberto Dallal. Op.cit. p.16-7 y F. Fraser Bond. Introducción al periodismo. p.17,21,22,98. En el primero se encuentra una definición de periodismo; en el segundo, puntualizaciones sobre el periodismo y la noticia, siempre elementales a pesar de su utilización en cátedras universitarias.
- 6.- Rafael Reyes Spíndola escribió sin reservas en el primer editorial de su diario, titulado "Que es un periódico de a centavo": "¿Por qué había de sustraerse el periodismo a este movimiento general que tiende a abaratar la existencia?" Blanca Aguilar. "El Imparcial: su oficio y su negocio" en Revista Mexicana de Ciencias políticas y sociales. julio-septiembre 1982.p.90.
- 7.- Ibid. p.94 y 96.
- 8.- Ibid. p. 93.
- 9.- "Félix Palavicini (...) calificó al periodismo 'a la antigua usanza' como doctrinario y sectario, en comparación con El Imparcial que inauguró un periodismo 'a la americana', al que llama popular 'creado precisamente para competir con los periódicos doctrinarios...' " en Blanca Aguilar. Op.cit. p.89.
- 10.- Gabriel Zaid. "Una declaración desconocida de López Velarde" en Vuelta. agosto 1988.p.16.
- 11.- Stanley Ross. Op.cit. p. XXIII.
- 12.- Ross escribe acerca de El Siglo XIX: "El progreso en el periodismo a la mitad del siglo XIX ha sido atribuido principalmente a (...) el empleo de la litografía; el perfeccionamiento de ciertos aparatos industriales..." Ibid. p.XVIII.
- 13.- María del Carmen Ruiz Castañeda. Op.cit. p.229.

14.-Ibid. p.230.

15.-Ibid. p.231

16.-Citado en Blanca Aguilar.Op.cit. p.85.

17.-"Como Reyes Spíndola se movía muy cercanamente al Jefe Máximo, era más fácil para él saber por dónde venían los golpes y hacia dónde debía tirarlos. Rara vez fallaba al blanco. Díaz era, además, muy hábil para estos asuntos: sugería, proponía y enfrentaba lejos de sí mismo a los que podían dañar su prestigio, su imagen; relegaba responsabilidades cuando de eliminar competidores se trataba. A este juego se prestó mucho el periódico oficial, o 'semioficial' como le llamaron algunos." Ibid. p.84,5.

18.-En esta comedia el fin no tardó: "...Palavicini se encargó de la publicación a partir del 13 de agosto de 1914. Pero dos días después, Jesús Urueta pasó a controlar el diario, por órdenes de los jefes revolucionarios. El 17 apareció el último número". Francisco Tapia."Cara y cruz de un periodista mexicano" en Revista Mexicana de Ciencias Política y Sociales, julio-septiembre 1982.p.126.

19.-Ocupó la oficialía mayor y la titularidad de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes; acompañó al Primer Jefe a Veracruz donde editó El Pueblo; Carranza lo designó responsable de los periódicos de la Revolución hasta que el 26 de septiembre de 1916 se apartó del gabinete carrancista en virtud de las diferencias que hubo entre Carranza y Obregón por la presencia del periodista en el Constitucionalismo (aunque Zaid señala que la razón decisiva fue la presentación de Palavicini como candidato al Congreso Constituyente de 1917). F.Tapia. Op.cit. p.126,7.

20.-Ibid. p.127-8.

21.-G.Zaid.Op.cit.16.

22.-F.Tapia.Op.cit.p.130-1.

23.-G.Zaid.Op.cit.p.16.

24.-Id. Además sabemos que sus artículos contra el militarismo mexicano provocaron la ira de los generales contra El Universal. A raíz de la publicación de "las prerrogativas de las águilas", artículo de Gonzalo de la Parra fechado el 29 de febrero de 1917, los afectados intentaron comprar el periódico, lo clausuraron 18 días y enjuiciaron políticamente a Palavicini. F.Tapia.Op.cit.p.128.

25.-Hayo este apunte para una revisión posterior. Palavicini sirvió a Carranza (luego de su renuncia, su identificación con Carranza fue manifiesta: en su carta de separación ratifica al Primer Jefe la fidelidad de su servicio político), éste, a su vez, lo defendió como responsable de los periódicos de la Revolución a pesar de la renuncia del ministro de Gobernación, Rafael Zubarán, y del subsecretario de Justicia, Manuel Escudero, medidas de protesta contra Palavicini. Porfió en su defensa a pesar de Obregón mismo -¿o contra Obregón?. Más tarde, desde las páginas de El Pensamiento, Palavicini, luego de haber salido de El Universal donde su nombre cayó en el silencio absoluto por orden de Miguel Lenz Durck, se opuso a la reelección de Obregón y alentó a Arnulfo Gómez y a Francisco Serrano; como consecuencia, después del asesinato de Serrano, sufrió prisión antes de partir a un cálido exilio en Cuba. F.Tapia.Op.cit.p.127,130-1.

26.-S.Ross. Op.cit.p.XXVI.

- 27.-Ibid. p.XXV.
- 28.-Cfr.Marfa del Carmen Ruiz C. Op.cit. p.244-6.
- 29.-S.Ross. Op.cit. p.XVII
- 30.-Andrés Henestrosa y José Fernández de Castro. Periodismo y periodistas en Hispanoamérica. p.8-9.
- 31.-José Luis Martínez. Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana. p.48-53.
- 32.-Erich Kahler relaciona el concepto de humanidad como un conjunto coherente, y el de la historia como la evolución lógica de la humanidad; uno es correspondencia del otro. La inexistencia de esta relación indisoluble es lo que llama "El problema básico de nuestro tiempo". Historia universal del hombre. p.13-22.
- 33.-José Ortega y Gasset. Esquema de la crisis. p.37-42.
- 34.-Ibid. p.18.
- 35.-Ibid. p.26-7.
- 36.-J.Ortega y Gasset. El tema de nuestro tiempo. p.11-2.
- 37.-J.Ortega y Gasset. Esquema de la crisis. p.12-3.
- 38.-E.Krauze. "Cuatro estaciones de la cultura mexicana" en Caras de la historia. p.125-6.
- 39.-J.Ortega y Gasset. El tema de nuestro tiempo. p.14.
- 40.-Véase la aplicación de esta idea en el ensayo arriba citado de E.Krauze.

- 41.- Cfr. Octavio Paz. "Poesía en movimiento" en Poesía en movimiento. p.3-34.
- 42.-Para un modelo, Cfr.E.Krauze. Caudillos culturales de la Revolución Mexicana.
- 43.-Cfr. Luis González. La ronda de las generaciones.p.6-7.
- 44.-En El tema de nuestro tiempo, Ortega continúa su reflexión sobre las generaciones con una consideración sobre el cambio de sensibilidad histórica que vive Occidente. Esta reflexión de amplio aliento se mezcla con otra estrictamente nacional pero, a fin de cuentas, correspondiente de aquella: la de la sensibilidad histórica -y la traición de esa sensibilidad- de la generación de españoles de la Guerra Civil. Esta inquietud emocional e intelectual, no es solitaria: Cfr.el estudio introductorio de Juan Marichal a las Obras de don Manuel Azaña, editadas en México por Oasis, 1966.

CAPÍTULO PRIMERO

EL CAMINO A LA MADUREZ CRÍTICA

Las sucesivas guerras civiles en México y el proceso de su resolución política y social, eventos que llamamos Revolución, constituyen el hecho fundador, como quería Ortega, de la historia moderna de nuestro país.¹ Aún más: algunos han propuesto esa lucha como el gozne alrededor del cual ha podido articularse, al fin, el sentido de toda la historia del país. No importa discutir la certeza de tal perspectiva; urge pensar que el hipotético dossier que podría reunir el conjunto de las reflexiones con que los mexicanos han situado su país a lo largo de casi todo el presente siglo, sería una confrontación con la Revolución Mexicana. No sólo con los hechos armados y sus protagonistas -acaso menos con éstos que con otros factores-, sino con las ideas que de esos hechos históricos se han ensayado. Una discusión sobre la Revolución Mexicana es, lo fue desde el primer deseo de rebelión, un debate sobre el país. De modo que los mexicanos conjurados a ese hecho fundador tienen un rango de edad cada vez más elástico. No se confundan estas palabras con el interés partidarista y retórico de los gobiernos revolucionarios que aducen la existencia de una línea genealógica cuyo punto original está situado el 20 de noviembre de 1910 y,

el más reciente, siempre provisional, en el día en que se pronuncia el discurso en turno; pensamos más bien en las inteligencias que al haberse interesado por el país, se han remitido al estudio de la Revolución Mexicana, por honradez intelectual.

Resulta significativo que Enrique Krauze, al intentar la caracterización de las generaciones del México contemporáneo, se ha ya detenido, en cada uno de los casos, en sus ideas y sentimientos con respecto a la Revolución. Cada generación ha hecho ostensible su contacto con ella y lo ha intentado definir. Doble definición: la del contacto y la de la generación misma: orgullosos combatientes, responsables constructores, celosos críticos, servidores fieles, estudiosos diligentes... Cobrar conciencia de la propia personalidad histórica ha sido la elección de una distancia y una mirada con respecto a la Revolución Mexicana ¿o deberemos decir que ha sido la apropiación de ese evento y su cambio por comportamientos, ideas y palabras definitorias de una generación?²

La crítica del constructor decepcionado.

Los hombres nacidos entre 1891 y 1905 conforman la generación que Enrique Krauze define con dos palabras: fundación y autoconocimiento;³ él mismo la llamó Generación de 1915; Wigberto Jiménez Moreno, a su vez, Generación Epirrevolucionaria. La Revolución se presenta ante ellos como una oportunidad para prestar sus servicios en la

construcción de un país herido por los años de guerra. Más aún: es una señal que habrá de marcar su futuro como un apostolado, el del servicio profesional.⁴ Con ellos se inicia la reconstrucción del país en sus más diversas facetas: la educación, la política hacendaria, la docencia, la legislación obrera y social, las revistas e instituciones culturales.⁵ En ellos, por convicción y honradez intelectuales, fundación es un término correspondiente con conocimiento, autoconocimiento y reconocimiento del país. Cuando el historiador Wigberto Jiménez caracteriza el periodo que va de 1917-21 a 1933, años que corresponden al inicio de las labores profesionales de la generación de referencia, lo hace mediante el señalamiento de un espíritu nacionalista que se manifiesta por una doble introspección: en el pasado indígena; en el pasado hispánico.⁶ Primera noticia del encuentro civilizado de los jirones de nuestra historia hasta entonces irreconciliables. Quizá antes que su celo profesional, admiramos en esos hombres la madurez intelectual: ambas características son sus cartas de identidad entre nosotros, pero la segunda es algo más: un testamento. No es casual que Krauze caracterice el eco de la obra de los hombres del 15 en los años cuarenta y cincuenta, por sus revistas, sus editoriales y sus "fábricas de historia".⁷ Su influencia más lejana del centro de su propio tiempo fue la reflexión, o mejor, un severo ajuste de cuentas al México revolucionario presidido ante todo por la inteligencia, aunque no sin la amargura propia del creador ante su obra distorsionada.⁸

Jesús Silva Herzog⁹ escribió en 1943 uno de los capítulos iniciales del juicio adverso a la Revolución Mexicana que se instruyó lejos del huracán armado y su resaca política.¹⁰ La sustancia de sus palabras cabe en esta frase: la Revolución está en crisis y, con ella, el país entero. Dictamen que procedía de su pertenencia a la generación constructora; una pertenencia marcada por las balas y las palabras armadas que, como veremos, aleja su pensamiento del de los constructores estrictos, es decir, aquellos revolucionarios de oficinas públicas. Al mismo tiempo, la angustia mundial exacerbada por la guerra europea no lo era ajena. El Silva Herzog de aquel texto era el crítico respetado por su militancia, sus escritos y sus fundaciones, pero sobre todo era un apóstol predicando, en mitad de un nerviosismo agudo, el retorno a los primeros tiempos de la fe civil. Además de la guerra y del resquebrajamiento capitalista y liberal, lo amagaban el espectro facista, la irrupción social de los fantasmas íntimos de Freud y de Nietzsche, el cambio radical de orientación política que atribuyó, junto a otros, exclusivamente, al gobierno avilacamachista, cimentando un expediente que no pocas imprecisiones ha provocado en la valoración del cardenismo.

Antes de abordar los "factores internos" de la crisis de la Revolución Mexicana, Silva Herzog abrió su artículo señalando la existencia de "factores externos". Consecuente con su pensamiento, decía que la crisis de México era un apartado nacional de una crisis mayor producida, directamente, por las "contradicciones del

sistema capitalista". Sin embargo, el juicio perseguía otro propósito, desde nuestro punto de vista esencial, dado el tono posterior de su argumentación, y sólo aplazado por el imperativo económico de su pensamiento.

La crisis de la estructura económica ha ocasionado el descoyuntamiento de los viejos principios éticos y de la antigua fe en los destinos del hombre. La humanidad se encuentra desorientada y absorta, perdida en su propio abismo, sin rumbo y sólo con una esperanza nebulosa de salvación.¹¹

En lo sucesivo, cualquier consideración de los factores internos de la crisis de la Revolución, será el apéndice de un alegato mayor.

Cierto que don Jesús reconoció las derrotas más sobresalientes de la Revolución Mexicana en los frentes protagónicos de un movimiento social enfrentado a las carencias más urgentes de un pueblo en lucha: el ejido, las organizaciones obreras, la administración pública federal, de los estados y de los municipios, la educación pública;¹² pero su atención no se detuvo en la revisión de los fracasos técnicos de cada uno de esos frentes, su aliento era mayor: "La política todo lo desvirtúa y lo corrompe". Distinguió entre el político y el "logrero" de la Revolución y, sobre la sed de riqueza de este último, su carencia de escrúpulos y de cultura, su audacia, depositó la responsabilidad de la corrupción que mella todo el cuerpo social.

(...) la crisis de la Revolución es de una extraordinaria virulencia, es ante todo -dígamoslo una y mil veces- una crisis moral con escasos precedentes en la historia del hombre.¹³

Sobre el escenario de las ideas quedaba el reproche de la "desintegración moral" y de la "confusión ideológica" de la Revolución Mexicana, así como un llamado a la pureza revolucionaria, ambos, rg proche y llamado, caracterizados por un celo pfoximo a la religiosídad que fascinó a generaciones más jóvenes, entre ellas, Medio Siglo.

¿Constructor desilusionado o profeta sosteniendo el estandarte de una cruzada por la reconquista de una fe con lo que esto implica de exigencia moral y punitiva? ¿Programa político o conquista de la tierra prometida bajo el nombre de democracia socialista a través de la inteligencia, la honradez y la luz de la claridad ideológica?¹⁴ Por sobre el contenido de las propuestas de Silva Herzog,¹⁵ el tono con que fueron enunciadas y el plan general que las engloba, debieron abrir un camino sin regreso para la evaluación crítica del México contemporáneo.

El encendido arrebató crítico de don Jesús es equívoco. Su pasión tenía un objeto y ése seguía siendo, a pesar de todo y de todos, la Revolución Mexicana. La crítica de la revolución de Herzog fue una condena a los otros revolucionarios, a los otros fieles de la misma iglesia, ésa sí, viva y justa. Acaso por esta convicción, en su apunte de 1946 al tema, don Jesús comienza sus páginas por

enumerar todos los logros materiales de la Revolución, y por defender lo que sostuvo como la ideología de la Revolución Mexicana que, aunque no expresada con anterioridad al movimiento, se articuló junto a él en estricto apego a las necesidades del pueblo. En las páginas a que nos referimos, don Jesús trazó una de las tesis que más presencia intelectual le otorgaron pero, al mismo tiempo, que más vulnerable hicieron el primer impulso moral de su crítica.¹⁶

Para don Jesús, la Revolución fue provocada por el hambre de justicia, de pan, de tierra y de libertad;¹⁷ junto a la batalla, los incidentes de la contienda y la proclamación de planes, se perfiló un proyecto ideológico cuyas vértebras fueron el Programa del Partido Liberal, el Plan de San Luis, el Plan de Ayala, el plan croquista y la Ley del 6 de enero de 1915; sucesión de documentos en los cuales se ha reconocido el desconcierto y la confusión, mientras don Jesús vio nitidez y coherencia culminados en la Constitución del 17, particularmente en sus artículos 27, 123 y 130. Dijimos antes que este argumento hizo vulnerable el primer impulso crítico de Silva Herzog; nos justificamos: don Jesús discute no con la potestad de un hombre generoso, sino como un no menos generoso partidario:

A nuestro parecer el triunfo del carrancismo sobre las demás facciones que había en el país a principios del año 1915 -nos referimos a los villistas y al grupo de Gutiérrez- no se debió tan sólo a la pericia del General Obregón y de otros

jefes militares, sino en buena parte a la Ley del 6 de enero que animó a numerosos campesinos a alistarse en las filas constitucionalistas.¹⁸

No discutimos la verdad de este juicio, pero señalamos que tiene muchos y generosos opositores. Opositores que se multiplican cuando don Jesús prosigue y afirma que el pensamiento y acción revolucionarios antes que detenerse, seguirán avanzando conforme a los cambios impuestos por el futuro:

(...) creemos en la Revolución Mexicana como un fenómeno social único, congruente, con profundas raíces en la conciencia del pueblo, sujeto a las transformaciones inevitables de la existencia colectiva.¹⁹

El balance mesurado de Silva Herzog con respecto a la Revolución, donde al señalamiento de los errores en 43, adjunta logros y aciertos en 46 que sanciona como obra incontrovertible en un artículo que cierra, en 1949,²⁰ su ciclo periodístico de la duda revolucionaria, lo aleja de los hombres más jóvenes y de sus compañeros de generación. Del primer alejamiento será necesario decir más en otro tiempo si queremos explicar la equívoca relación entre don Jesús y los jóvenes que en 1945²¹ llevaron al cabo el Congreso de la Crítica de la Revolución Mexicana cuyo resultado, según Krauze, fue una lista de promesas incumplidas; por su parte, Silva Herzog,

no sólo aceptó el cumplimiento de ciertas promesas, sino que además confió en el cumplimiento de las incumplidas una vez que se llevara al cabo la purga moral que permitiera continuar el camino revolucionario. Aquí cabe un apunte: entre el maestro y la generación de Medio Siglo existe un patrimonio común: un vocabulario nacionalista y popular que si en el viejo constructor fue más un reclamo fundamentalista, en los jóvenes será un llamado de atención político perfilado desde su descubrimiento generacional: la oposición de la izquierda académica. Dos identidades: el olvido de la crítica de la democracia imperfecta una vez que el Estado ha sido generoso, y la confianza en Lázaro Cárdenas.

Sobre el alejamiento de don Jesús respecto a los hombres de su misma edad, tendremos oportunidad y gusto de decir unas palabras: Daniel Cosío Villegas.

De la decepción a la construcción de la crítica

En 1947, Daniel Cosío Villegas,²² coetáneo de don Jesús, fue definitivo en la crítica de la Revolución. Su voz no respetó la timidez que el primer ensayo crítico, al margen de la reivindicación personal, las memorias de campaña y los resentimientos entre facciones envejecidas,²³ había suscitado no ya en los políticos -en quienes más que de timidez ha de hablarse de rubor-, sino en los constructores más diligentes y, sobre todo, en la generación consolidadora

del 29. En una pequeña nota sobre don Jesús Silva Herzog, Arturo Arnáiz señaló que la cita fragmentaria de los defectos mencionados con honradez intelectual por don Jesús a "algunas soluciones que a importantes problemas ha querido dar el partido progresista de México", podría presentarse "como argumento en favor de una tesis política opuesta" a la sustentada en verdad.²⁴ El mismo don Jesús, al atreverse a enunciar en 1949 la caducidad de la Revolución Mexicana, conserva este pudor y, adelantándose lo mismo al espectro facista, a "las derechas" y al "logrero" de la revolución, se defiende:

Sostener que la Revolución Mexicana es ya un hecho histórico, no es necesariamente sostener una tesis reaccionaria como alguien maliciosamente pudiera suponerlo. No lo es porque la posición política depende fundamentalmente de las soluciones que se trate de dar a los problemas vitales del país. Si se dice que hay que desandar lo andado, volver al porfirismo, se es reaccionario; mas si se afirma que hay que ir más allá del punto al cual no pudo llegar la Revolución, que hay que superarla, entonces se es progresista y se está a la izquierda como lo está el autor de este trabajo.²⁵

Los comentarios de Cosío Villegas despertaron el mismo pudor ideológico. Un contemporáneo de Arnáiz, Leopoldo Zen, distinguió entre "crítica" y "autocrítica". La primera es, según el joven fi

lósofo, el juicio de los que buscan recuperar prebendas perdidas; la segunda, el razonamiento de los que luchan por la permanencia y la salvación de la gesta de 1910. Según Zea, la labor autocrítica se reconocía lo mismo en Cosío Villegas que en muchos de los actos del gobierno revolucionario, "muy especialmente en el actual".²⁶ Arriba escribimos pudor ideológico ¿debimos anotar mejor celo partidista?

Mencionamos estas ideas por parecemos un ejemplode la cautela con que se conducían los polemistas en este debate. En su discusión se reunían la crítica de un hecho histórico que comenzaba su trasmutación en el capítulo más sugerente de nuestra historia contemporánea, la censura de un régimen, de las facciones, del pasado y presente políticos.

Cosío, además de no respetar el pudor, lo provocó hasta el grado de despertar lo que se agazapa tras ese tipo de pudores: la indignación y el insulto. Junto a Leopoldo Zea, otros reaccionaron: adversarios ideológicos, amigos defensores sin mucha inteligencia, políticos de palabras officiosas y rutinarias, otros más que recuperaron a Cosío para enmendar la plana a sus enemigos en famille.²⁷ En este camino no había retorno posible.

El talante de la crítica de Cosío Villegas es seco y severo. En sus páginas la razón derriba todo lo que no resiste su embate. Afianza el camino de la crítica por medio de su inteligencia exigente: no es el constructor afligido ante la degeneración de su obra que clama por la vindicación; es un fiscal de su obra vicia-

da. No hay emoción ni cariño: hay desapego, horror ante la inutilidad, la incompetencia y la corrupción.

Desde el principio establece desacuerdos con don Jesús: "La crisis proviene de que las metas de la Revolución se han agotado, al grado de que el término mismo de revolución carece ya de sentido".²⁸ Enseguida afirma que el programa revolucionario no existe, a menos que se llame programa a un puñado de tesis simplistas, yuxtapuestas, sancionadas en virtud de la frecuencia de su repetición y que, si en su momento fueron originales y pertinentes, en 1947 eran lugares comunes y candorosos.²⁹

La desmitificación de la Revolución encabezada por don Daniel reside ante todo en una carencia que ha determinado la caducidad de las tesis revolucionarias: si éstas respondieron en algún momento a demandas legítimas, no han podido consolidar su acción de modo que resista "a las furias de sus enemigos" mediante el "convencimiento de la obra hecha y resatada";³⁰ en cambio, su posición es vulnerable debido al desconcierto y al inmediatez con los que marcha en forma vacilante. El mayor énfasis de don Daniel proviene de una actitud que, siendo común en su generación, en él cobró fuerza excesiva: declara que no hay un solo hombre a la altura de lo que la Revolución demandaba; en ellos, la fuerza de la improvisación y del instinto alcanzó para destruir, nunca para construir:

Madero destruyó el porfirismo, pero no creó la democracia en México; Calles y Cárdenas acabaron con el latifundio, pero no crearon la nueva

agricultura mexicana... A los hombres de la Revolución puede juzgárseles ya con certeza, afirmando que fueron magníficos destructores, pero nada de lo que crearon para sustituir a lo destruido ha resultado indiscutiblemente mejor.³¹

Su demanda fue un examen que el México de la Revolución no pudo superar -en otros casos que ocuparon la atención de don Daniel, la misma exigencia ha provocado su desacuerdo intransigente hasta parecer poco sensible.³² Esto no impide que nos haya legado algunas objeciones centrales para el estudio del país, sea cual sea su prestigio de acuerdo a las preferencias de los tiempos políticos.

Nos referimos a su objeción agraria, democrática y obrera, todas orientadas por su ánimo constructor y sus atributos primordiales: la inteligencia y la honradez. Una última objeción, la educativa, también obedece a su impronta generacional, pero no es tan pródiga como las anteriores: es una diatriba contra Vasconcelos.³³

Con respecto a la cuestión agraria, inmune a la propaganda revolucionaria, Cosío exige aciertos técnicos al par que pulcritud intelectual. "Por desgracia, hasta una medida que tiene su justificación en las mejores razones sociales y morales, necesita, para perdurar, un éxito que la sustente, y en el caso de una actividad económica no hay otra vara para medir ese éxito que la de su lucratividad".³⁴

La importancia de esta objeción aumenta si pensamos que representa uno de los primeros argumentos contrarios a la política agraria que, con Cárdenas, se había vuelto dogma de fe en la religión de la patria. Las otras dos objeciones, a nuestro juicio, crecen más todavía pues conocieron la originalidad de un reclamo vivo hasta nuestros días, y la soledad en los terrenos de la discusión sobre México a que fueron condenados por el clima oficial de la doctrina revolucionaria. Escribió:

No puede olvidarse que esa renovación (la de los principales gobernantes) se ha conseguido alguna vez al precio de la violencia y hasta del crimen; tampoco que se ha hecho con un sabor dinástico y palaciego y no propiamente democrático (...). En las legislaturas revolucionarias jamás ha habido un solo debate que merezca ser recordado ahora (...). Los congresos revolucionarios han sido tan serviles como los del porfirismo, con la diferencia de que este régimen era, por definición, una tiranía, y la Revolución, también por definición, es rebeldía, independencia.³⁵

Con estas observaciones, cualquier obra material de la Revolución en México se reduce a sus dimensiones justas; por lo demás, dice Cosío, dimensión mezquina aun cuando no se reste un milímetro a su tamaño. Por último, la objeción obrera es al par que una lec-

ción de pureza e inteligencia políticas, un diagnóstico certero de la simbiosis establecida entre el Estado y el sindicalismo, así como de sus perniciosos efectos en la sana autoridad del primero y en la necesaria independencia del segundo.

Este matrimonio ha sido perjudicial a ambos cónyuges: al gobierno le ha impedido resolver problemas de tanta importancia para la economía general del país como el de los ferrocarriles y el del petróleo, problemas cuya solución, por otra parte, le hubiera dado un prestigio y una autoridad que tanto necesita; a la organización obrera, le ha envilecido y degradado y, lo que es peor, la ha condenado a desaparecer o a pulverizarse en el instante mismo en que no cuenta con el beneplácito gubernamental.³⁶

Observaciones valiosas tanto para la doctrina política como para el estudio del sistema político mexicano -que años más tarde formalizó. Juicios, también, que lo separan de los hombres de Medio Siglo. Cosío ha esperado mucho tiempo para cosechar adeptos, nunca librado de las mezquindades de sus adversarios políticos. Pero al fin de todo, su temple crítico es una herencia que, aunque no reconocida, fue muy temprana. Si su pensamiento no fue asimilado, el valor y la libertad para expresarlo sí lo fue. Por su actitud crítica, cualquier ajuste del pasado era posible; algunos capítulos de ese ajuste demoraron, otros simplemente no continuaron la línea de Cosío.

Dos años después de los comentarios de Cosío Villegas —y sin apartarse de las conclusiones de sus textos anteriores—, don Jesús Silva Herzog declaró, luego de enunciar los logros de la revolución que le parecen incontestables, y no sin elegancia, "que la Revolución Mexicana ya no existe; dejó de ser, murió calladamente sin que nadie lo advirtiera, sin que nadie, o casi nadie lo advirtiera todavía".³⁷ El balance de la injusticia económica y moral fue mucho más pesimista. Incapaz para seguir a Cosío, camina la senda de la amargura.

Para dar identidad a su tesis de la muerte definitiva de la Revolución Mexicana, don Jesús aventura una cronología de la agnía: hasta 1938, piensa, la Revolución llega a su punto culminante; entre 1940 y 41, las fuerzas de la burguesía detienen la obra revolucionaria hasta que en 1942 las palabras y las ideas cambian definitivamente. Reconoce en el alemanismo un gobierno distinto al que prefiere no juzgar prematuramente: representa el fin de un ciclo histórico y, como tal, un cambio de dirección, no la renuncia a la herencia revolucionaria, pretende don Jesús.³⁸ Hasta aquí, la misma cronología de la tesis de la "contrarrevolución en el poder" de Avila Camacho, tan socorrida posteriormente, pero sin el encendido juicio adverso que más tarde le acompañará.

La labor de don Jesús no se detuvo ahí; ese texto no es un epitafio pero sí una escala definitiva en el desarrollo de la conciencia crítica con respecto a la Revolución Mexicana. La Revolu-

ción podrá sufrir ataques o gozar defensas, pero no será más un proceso vivo: será un objeto de estudio y un argumento político e ideológico. La generación de Medio Siglo así habrá de comprenderlo, sea cerca de la íntima militancia de don Jesús, o del escepticismo moderno de don Daniel.

Es largo el camino de la crítica.

¿Será necesario señalar que las notas anteriores corresponden a una visión fragmentaria y discutible? Mejor aún: exploratoria. En el proceso de transformación de la Revolución Mexicana en objeto de una crítica comprometida sólo con la inteligencia, habrá que profundizar. Es sin duda uno de los apartados más pródigos del desarrollo de las ideas con que los mexicanos intentamos sitiar nuestro país; su estudio no deberá olvidar algunos criterios que contribuyan a la delimitación precisa del momento en que la discusión en torno a los acontecimientos revolucionarios abandona el compromiso con las facciones y los caudillos. En las páginas anteriores no se omitieron esos criterios discriminatorios a pesar de su brevedad.

El primer desacuerdo con la obra de la Revolución es la censura entre facciones. Pensamos primero en la copiosa correspondencia periodística entre participantes y simpatizantes de los grupos en discordia; son los combatientes de una revolución de las

palabras, tanto o más cruenta que la armada. Pensamos enseguida en las memorias, autobiografías y biografías con que militares, políticos y administradores valoraron y justificaron la obra propia al mismo tiempo que combatieron la de sus adversarios. Ambas modalidades son estrictamente obras de la Revolución; su estudio forma parte del movimiento armado y de los procesos de su resolución política; a pesar de la lejanía de alguna de esas páginas con respecto al movimiento armado, su aparición suscita la impresión de una escaramuza verbal. El caso más extremo de este tipo de combates a través de las palabras proviene de un hecho que, en varios sentidos, clausura el ciclo propiamente revolucionario. En 1929 se robustece un movimiento espontáneo parecido al de Madero en 1910: la cruzada vasconcelista. Entre su herencia contamos algunos libros intensos y bellos que se niegan a ser reclusos en el estante político de nuestras letras, para afirmarse como poseedores de aciertos estéticos. Pensamos ante todo en una de las críticas más rotundas del régimen revolucionario, acaso por el ardor con que fue pergeñada: la tetralogía autobiográfica de José Vasconcelos.³⁹ Pero Vasconcelos es un caudillo y sus seguidores, militantes; sus obras son parte de su combate. Junto a ellos, otros hombres tentados por el vasconcelismo: Salvador Azuela, Rubén Salazar Mallén... La referencia no quiere ser absoluta; indica, al menos, la existencia temprana de algunos valores e ideas que más tarde reaparecerán, limpios de toda militancia, en críticos más formales de la Revolución Mexicana.

Salvador Azuela anticipó una de las rutas críticas que más hemos alabado en Cosío: la censura de la democracia imperfecta o, mejor, corrupta (¿mérito de Azuela o de Vasconcelos y su cruzada?)⁴⁰

La independencia absoluta de Salazar Mallén -extraña en medios públicos como el nuestro y que no cesa de inquietar incluso a sus más fieles y jóvenes apóstoles-, le permite escribir en los principios de la década de los cuarenta los trazos iniciales de una crítica madura de la Revolución Mexicana.⁴¹ Junto a sus fugaces y sorpresivas militancias,⁴² es significativa su equívoca adscripción al grupo Contemporáneos, precisamente a los hombres en quienes la actividad crítica alcanza madurez definitiva y modernidad cabal; es quizá, más que un crítico nacido del vasconcelismo, uno de nuestros primeros críticos maduros, lúcidos e independientes.

Estos hombres conforman la generación de 1929. Su origen es determinante: Vasconcelos y la primera oposición democrática. Si este capítulo se ha nutrido de la hipotética relación intelectual entre los documentos de Silva Herzog y las páginas de Cosío Villegas, entre los hombres de la generación de 1915 y las primeras noticias de Medio Siglo, no debemos pasar por alto otra relación: el celo crítico de los vasconcelistas del 29 no debió ser influencia desdeñable y, menos aún, la de otros miembros del 29, su última promoción, la más joven y por ello más cercana a Medio Siglo: "una segunda promoción literaria y crítica que lleva a extremos el temple revolucionario inicial del 29. Todavía adolescente,

participa casi simbólicamente en las huelgas del 29 y el vasconcelismo. En 1930, cuando la fe de los oradores vasconcelista vacila, la rebeldía de esta segunda promoción asciende y encuentra la novedad ideológica del siglo, la fe de los treinta, el marxismo".⁴³ Son estos últimos los padres directos de Medio Siglo.

Otros críticos tempranos con calidad de combatientes son un par de miembros de la generación del 15 atrincherados en su cultura y en su esfuerzo constructor, pero llamados por Krauze caudillos, caudillos culturales: Manuel Gómez Morán y Vicente Lombardo Toledano.⁴⁴

En la década de los cuarenta, Jesús Silva Herzog había mudado su labor del servicio del Estado a la academia y a las revistas culturales y especializadas;⁴⁵ el resultado de esta mudanza son los textos de los que nos hemos valido para dar sustancia a este capítulo, documentos que permiten reconocer la separación entre una crítica de la Revolución y el servicio a la misma (las reservas de este juicio en el caso de don Jesús ya han sido hechas). La madurez definitiva de la crítica queda sancionada por Daniel Cosío Villegas, un contemporáneo de don Jesús pero que, como advierte Krauze, "... debe considerarse como el último miembro de la generación de 1915, puesto que, junto a él, estudiaban Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Carlos Pellicer, pertenecientes a una nueva generación, la de la vanguardia, con una sensibilidad y unos proyectos distintos, en cierta forma, a los de la generación

de 1915".⁴⁶ Repararnos que en la cita, la convivencia de don Daniel no se relaciona con el segmento de la generación de la que don Jesús fue tan típico representante, sino con aquella que Krauze caracterizaría, años más tarde, así: "Son la segunda promoción de 1915, una promoción esencialmente literaria y crítica que extrema el temple racional de los hermanos mayores hasta conducir-lo a una pequeña lucha fratricida".⁴⁷ Cuando la fundación deviene iglesia, estos hombres acentúan su temple herético: a Lombardo, a Bassols, suceden Cuesta, Villaurrutia... No insistiremos lo suficiente en una diferencia biográfica entre Silva Herzog y Cosío Villegas, por cuanto revela los matices de su crítica: el primero conoció la campaña militar revolucionaria; el segundo, los pasillos flamantes de los ministerios.

Para concluir: la crítica madura de la Revolución se asentó en la segunda mitad de los años cuarenta, y fue determinante para el clima cultural en el que la generación de Medio Siglo cobraría conciencia de su situación respecto al hecho fundador y, con ello, cimentaría una personalidad propia en la vida pública mexicana. El signo de esta madurez es la independencia: independencia de un movimiento social titánico y tiránico, de sus compromisos doctrinarios y de sus caudillos -así sean los más puros-, independencia de todo tipo de militancia.

- 1.- "La Revolución iniciada el 20 de noviembre de 1910 contra la dictadura del octogenario Porfirio Díaz es el punto de partida del México contemporáneo". Frank Tannebaum. "La lucha por la paz y por el pan" en Problemas Agrícolas e Industriales de México. octubre-diciembre 1951. p.35.

- 2.- Para la lectura de estas páginas pido al lector que convenga en la clasificación que, a partir del método de Ortega, propone Enrique Krauze para el estudio de la cultura mexicana en el siglo XX. Según ese trazo, se distinguen "cuatro estaciones". La primera: Generación de 1915, nacidos entre 1891 y 1905, a ella pertenecen, entre otros, Jesús Silva Herzog, Daniel Cosío Villegas, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Rubén Salazar Mallén, Salvador Azuela, Narciso Bassols; Krauze distingue una segunda promoción dentro del mismo contexto generacional integrada por Los Contemporáneos. La segunda: Generación de 1929, nacidos entre 1906 y 1920, destacan Leopoldo Zea, Arturo Arnáiz, Alejandro Gómez Arias, Fernando Benítez, Silvio Zavala, Justino Fernández; también se le atribuye una segunda promoción integrada por José Revueltas, Efraín Huerta y Octavio Paz. La tercera: Generación de Medio Siglo, nacidos entre 1921 y 1935, destacan Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, Luis Villoro, Pablo González Casanova, Emilio Uranga. La cuarta: Generación del 68, nacidos entre 1936 y 1950. Quedan de lado las relaciones de sus temperamentos históricos, verdadero criterio para definir una generación; las fechas son tan equívocas que producen confusiones. V.gr. Rubén Salazar Mallén, Salvador Azuela, según se verá. Enrique Krauze. "Cuatro estaciones en la cultura mexicana" en

Caras de la historia. p. 124-168.

- 3.- Ibid. p.130. Además: Luis González.La ronda de las generaciones. p.81-99.
- 4.- Cfr. Daniel Cosío Villegas. "Justificación de la tirada" en Ensayos y notas. Tomo I. p.13-35.
- 5.- E.Krauze. Op.cit.p.130-1.
- 6.- Wigberto Jiménez Moreno. "50 años de historia mexicana" en Historia Mexicana. enero-marzo 1952. p.449-55.
- 7.- "Los cuarenta son el cenit de revistas (Cuadernos Americanos, Combate) editoriales (Jus, Polis) institutos (de física, de Enfermedades Tropicales, Cardiología, Medicina Rural, Observatorio Nacional) partidos políticos (PAN, PP). En plenos cincuenta Cosío Villegas comenzó a fundar sus fábricas de historia". E,Krauze. Op.cit.p.131.
- 8.- Ibid. p.132.
- 9.- Los servicios gubernamentales de Jesús Silva Herzog no son pocos. Antes de partir a Nueva York como estudiante, fue empleado en la oficina aduanal de San Luis Potosí (1910-12). A su regreso ejerció la docencia y desempeñó las siguientes actividades públicas: escribió para los periódicos El Demócrata y Redención; entre los años 1913 y 1914 acompañó a Eulalio Gutiérrez en su campaña al oriente de San Luis Potosí como periodista y asistente, y asistió a la Convención de Aguascalientes como corresponsal; en 1917 fundó la revista Protego; en 1923 es parte de la campaña por la gobernatura de San Luis Potosí de Aurelio Manrique; ministro ante la Unión Soviética de 1928 a 1930; Oficial Mayor y Subsecretario de Educación Pública entre 1932 y

1934; consejero económico en el conflicto petrolero y Gerente General de la Compañía Nacional de Petróleos de 39 a 40. En adelante su servicio gubernamental se acerca mucho más a la labor investigadora e intelectual que caracteriza a JSH desde los años 20: fundador y director del Departamento de Estudios Financieros de la Secretaría del Tesoro; Subsecretario del Tesoro encargado del despacho; consejero de Patrimonio Nacional; Presidente del Consejo Técnico de la Secretaría de Patrimonio Nacional. La labor de don Jesús continúa y casi se caracteriza exclusivamente por las líneas intelectuales de su biografía: de la fundación y dirección de la Escuela Nacional de Economía, del Instituto de Investigaciones Económicas, de las revistas Mexicana de Economía e Investigación Económica, a la fundación y sostenimiento de Cuadernos Americanos y a su permanencia en la Junta de Gobierno de la UNAM. Roderic Ai Camp. Mexican Political Biographies, 1935-1975. p.307. Además: Así fue la Revolución Mexicana. Tomo 8; y Enciclopedia de México. Tomo 11.

- 10.- Jesús Silva Herzog. La Revolución Mexicana en crisis. 1944. (Ensayo aparecido originalmente en la revista Cuadernos Americanos de septiembre-octubre de 1943).
- 11.- Ibid. p.32.
- 12.- Ibid. p.34-5.
- 13.- Id.
- 14.- Ibid. p.40-1.
- 15.- Cfr. Ibid. p.40-2; y, del mismo autor: Un ensayo sobre la Revolución Mexicana. p.119-25.

- 16.- J.Silva Herzog. Un ensayo sobre la Revolución Mexicana. p.45-55.
- 17.- Ibid. p.117.
- 18.- Ibid. p.54.
- 19.- Ibid. p.55.
- 20.- J.Silva Herzog. "La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico" en Cuadernos Americanos. septiembre-octubre de 1949. p.7-16.
- 21.- E.Krauze. Op.cit. p.145-6.
- 22.- Daniel Cosío Villegas fue un servidor público, pero no un político. Colaboró en Excelsior en 1919; al fin del año siguiente se acerca a Vasconcelos para ingresar, posteriormente, al departamento de edición de los clásicos; ejerce la docencia desde 1920 en el Departamento de Intercambio y Extensión Universitaria (heredero de la Universidad Popular ateneísta), en la Escuela de Jurisprudencia y en la Nacional Preparatoria; secretario general de la UNAM en 1929 y director de la Escuela de Economía entre 1933 y 1934. Desde fines de los 30 su nombre no podrá separarse del Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México y, a partir de 1949 (Extremos de América) no detiene su labor historiográfica, especialmente dedicada a la República Restaurada, al Porfiriato y a la crítica del sistema político mexicano. E.Krauze. Caudillos culturales de la Revolución Mexicana; y Enciclopedia de México. Tomo 3.
- 23.- Cfr. supra. p.15-6.

- 24.- Arturo Arnáiz y Freg. "Un ensayo sobre la Revolución Mexicana" en Cuadernos Americanos. marzo-abril 1946. p.83.
- 25.- J. Silva Herzog. "La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico". p.16.
- 26.- Leopoldo Zea. "Crítica y autocrítica de la Revolución Mexicana" en El Nacional. 6 de abril 1947. p. 3 y 6.
- 27.- "El requiem de Villegas a la madre Revolución alborota a los dolientes. Los intelectuales se tiran con los candeleros y aun con el cadáver" en La Nación. 26 de abril 1947. p. 18-9.
- 28.- Daniel Cosío Villegas. "La crisis de México" en Cuadernos Americanos. marzo-abril 1947. p.29.
- 29.- Para una relación de las tesis y obras de la Revolución según Cosío: Ibid.p.30.
- 30.- Ibid. p.34.
- 31.- Id.
- 32.- Cfr. D.Cosío Villegas. "El comunismo en América Latina" en Ensayos y notas I. p.293-312.
- 33.- D.Cosío Villegas. "La crisis de México". p.45-8.
- 34.- Ibid.p.38.
- 35.- Ibid.p.36-7.
- 36.- Ibid.p.43.

- 37.- J.Silva Herzog. "La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico". p.7.
- 38.- Ibid. p.14-5.
- 39.- José Vasconcelos. Ulises Criollo.1935; La Tormenta.1936; El Desastre.1938; El Proconsulado.1939.
- 40.- Cfr. Salvador Azuela. "Ciudadanía y Fraude Electoral: los errores de la Revolución Oficial" en El Universal. 18 de septiembre 1946. p.3 y 18.
- 41.- Cfr. R.Salazar Mallén. "¿Qué es la Revolución Mexicana?" en El Universal. 22 de febrero 1940. p.3.
- 42.- Cfr. Javier Sicilia. Caríátida a destiempo y otros ensayos. 1980.
- 43.- E.Krauze. "Cuatro estaciones de la cultura mexicana". p.139.
- 44.- Cfr. Enrique Krauze. Caudillos culturales en la Revolución Mexicana.
- 45.- Cfr. supra. nota 9
- 46.- E.Krauze. Op.cit. p.11.
- 47.- E.Krauze. "Cuatro estaciones de la cultura mexicana". p.133.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL EJERCICIO DE LA MADUREZ CRÍTICA.

La madurez crítica conseguida por las inteligencias mexicanas respecto a su país tuvo ocasión de manifestarse y afirmarse al comentar un libro que resultó el espejo de sus posibilidades: México: la lucha por la paz y por el pan del sociólogo norteamericano Frank Tannenbaum.¹

El origen de este libro, desde el punto de vista del desarrollo profesional de su autor, debe situarse en 1929 cuando, bajo los auspicios de The Brookings Institution escribió y publicó el resultado de su primer acercamiento a nuestro país: The Mexican agrarian revolution.² El trayecto de su interés por México, antes que negar su texto del 29, prolonga, diversifica y enriquece los resultados de la investigación documental y de los viajes que posibilitaron aquel texto. La fascinación del México en armas y en llamas parece no abandonarlo.

The Mexican agrarian... es un estudio que responde al nerviosismo de los norteamericanos por comprender la nueva situación de un país que los desconcierta y los intranquiliza.³ Tannenbaum fue consecuente con los imperativos políticos y académicos que la ing

titución patrocinadora de su estudio impuso; sus páginas documentan rigurosamente una de las variables más críticas de la Revolución Mexicana, la cuestión agraria.⁴

En 1933, Tannembaum publica Peace by Revolution. An Interpretation of Mexico,⁵ en cuyas páginas, a la cuestión agraria, agrega consideraciones sobre la religión, la educación, el problema obrero y la difícil convivencia del indígena con el español.

La lucha por la paz y por el pan, además de resumir y condensar las investigaciones de su autor, muestra algunas características que la vuelven singular. En primer término, es prueba de los recursos intelectuales de Tannembaum que aventura una visión global del país acompañada de su crítica y discusión; académico de varias disciplinas, crítico, escritor, Tannembaum se convierte, aparte de estudioso del país, en uno de sus comentaristas más actuales. En segundo lugar, logra una amalgama natural del conocimiento y la documentación, con la discusión y el juicio sobre lo documentado: dignifica su academia. Y por último, sanciona, desde el exterior, el talante crítico de las consideraciones sobre México. La obra de Tannembaum impresionó profundamente al medio intelectual que, criticándola o alabándola, se ocupó de ella sin excepción.⁶

Dos lecturas posibles.

En la introducción de La lucha por... leemos la prueba del parentesco de este libro con The Mexican...: "La Revolución de 1910 no hizo

otra cosa sino aumentar la complejidad del escenario mexicano, e hizo más difícil todavía para los estadounidenses la comprensión de México".⁷ Tannemaum tenía el propósito de obedecer la peculiar compulsión de los norteamericanos por explicar en esquemas contruïdos por ellos mismos los conflictos geopolíticos que pudieran representar un factor de inestabilidad de su conciencia y seguridad nacionales, mediante el estudio de "las cuestiones en litigio entre México y los Estados Unidos desde 1910". En 1929 había sido la cuestión agraria; en 1950, la mayor perspectiva de las relaciones internacionales. Sin embargo, en el camino, el estudio se transformó. La cuestión internacional se redujo a un capítulo, mientras que el resto se dedicó, como el mismo Tannemaum lo confiesa, a la descripción del cuadro económico, político y social del México revolucionario y, como no lo confiesa, a un intento por comprender toda la historia del país a través de tantas variables como le fue posible. Asimismo, el estudio dejó en el investigador norteamericano los apuntes para un entendimiento de mayor estatura moral o intelectual entre su país y México.⁸

El índice de la obra es la promesa de un encuentro ambicioso con su objeto de estudio. Catorce capítulos que oscilan entre la geografía, las relaciones diplomáticas, la psicología, la historia, la antropología, la economía, la sociología... Las críticas a la obra, creemos, proceden de dos lecturas cuyo concurso reveló un libro lleno de sugerencias para el debate y la reflexión.

La primera lectura se articuló en torno a lo que presumiblemente

te fue el proyecto general de la obra; esto es, un prolongado argumento cuya conclusión es un juicio adverso a la industrialización mexicana de los años cuarenta,⁹ consecuente con la conciencia social que la administración Roosevelt integró y dejó con carta de identidad legítima en la vida pública norteamericana. Esta lectura, la más concurrida, suscitó un debate que, en virtud de la pertinencia histórica del señalamiento del profesor norteamericano, fue profuso y encendido. El debate fue saludable para la vida intelectual del país por generalizar un oficio crítico que no se redujo, salvo contadas excepciones, a la argumentación mezquina contra el esfuerzo de Tannembaum, sino que consintió un esfuerzo de comprensión tan generoso como el vertido en La lucha por...; su contenido permitirá, como veremos más adelante, reconocer no sólo el clima crítico imperante en estas alturas de la vida del país, sino también, sus principales orientaciones ideológicas. Sin embargo, esta lectura cruzó rápidamente el extenso argumento con que Tannembaum pertrechaba su juicio final. Argumento que comenzaba por reconocer el escenario y los actores del país, así como las relaciones establecidas entre ellos; seguía con un resumen ceñido de los principales actos representados por los actores mexicanos en su drama histórico, deteniéndose especialmente en el clímax revolucionario;¹⁰ y concluía con un examen particular de las consecuencias principales que el clímax revolucionario había dejado en la vida de los actores.¹¹

La segunda lectura valoraba, casi con independencia, cada

uno de los capítulos de la obra. Quienes así leyeron La Lucha por... hallaron un texto lleno de claves y atisbos con respecto a varios ámbitos de la historia y la vida del país. En nuestra opinión, en esa lectura vuelven a desmerecer las páginas dedicadas a la psicología del mexicano y a las determinaciones geográficas de su carácter, así como su resumen apretado de la historia del país, no por la concisión, sino por utilizar precisamente la caracterología del mexicano como instrumento para resumir su historia. En cambio, cobran relevancia sus juicios sobre el mestizo, la calidad programática de la Revolución, los conflictos ideológicos en el texto constitucional del 17, y la condición de éste como marco jurídico de acciones futuras y no como sanción legal de conquistas armadas. De la mayor importancia resulta su minuciosa revisión de los instrumentos del gobierno revolucionario; alejado de compromisos partidaristas, puede enjuiciar el funcionamiento y las contradicciones de la cuestión agraria, el problema obrero y el de la propiedad.¹² El mismo beneficio recibimos cuando señala los errores políticos en el tratamiento del conflicto,* y cuando se ocupa del esfuerzo educativo con una óptica afortunada; aquella que piensa en la educación oficial mexicana como un proyecto nacional continuo, que no puede circunscribirse a la actuación personal de José Vasconcelos.¹³ Los capítulos consagrados a las "condiciones del progreso económico" y a las relaciones mexicano-norteamericanas, tienen el mismo valor individual que hemos asignado a los apartados anteriores aunque, como dijimos líneas arriba,* (conflicto religioso)

ba, la cuestión industrial cobró mayor importancia debido al momento histórico y a la significación de unos juicios que apenas comenzarían.¹⁴ La memoria histórica con respecto a los Estados Unidos que sobre los críticos mexicanos de la obra pesaba, también animó el interés aunque no siempre la serenidad intelectual

Pertinencia histórica y periodística.

La lucha por la paz y por el pan es una escala significativa en el desarrollo de la crítica de la Revolución Mexicana y en el modo de ejercer esa crítica a través del estudio académico y de la imaginación; ambos recursos fundidos en esa extraña actitud de la inteligencia que sienta sus bases en hombres cuya vocación vacila entre la política, la literatura y la academia más rigurosa: los intelectuales. Actitud que con tanto entusiasmo adoptarán notables miembros de Medio Siglo.

La importancia de la contribución del profesor norteamericano a esa empresa cultural mexicana, no se escapó a los editores de la revista en que se publicó el multivariado estudio. Al introducir esa obra en México, los editores hicieron suyo —y nuestro dicho aporte; los profusos comentarios que suscitó no hicieron más que afirmar esa posesión. Por otro lado, esa cultura periodística es en sí misma, prueba del clima intelectual que el país vivía plenamente, de sus riquezas y de sus miserias, según vere-

mos. En el editorial de la edición de referencia lacmos que la revista publicaba las imágenes sombrías de Tannembaum

(...) con el objeto de que esas imágenes de un investigador norteamericano precisen, depuren y destaquen mejor la que de nosotros mismos y de nuestro país hemos formado los mexicanos. Otra postura, la del sólo verse en la pulida superficie del propio espejo, sería incurrir en narcisismo y complacencias deformadoras de un correcto autoconocimiento y situación en el mundo circundante. No importa pues que algunos, por pecado de vanidad, reaccionen contra México: La lucha por la paz y por el pan. Tampoco importa que otros, por delito de complicidad, se pongan de parte de sus tesis claramente imperialistas. Lo que interesa es, mediante las señales de referencia ajenas, oscuras o sonrojadas, adquirir la noción exacta de lo que creemos ser, el reflejo de lo que los demás creen que somos y en síntesis y como resultado de la justa reunión de estas aristas, sepamos cómo somos y en qué realidad circunstancial vivimos, del modo más objetivo y desprendido de optimismo nacionalista; pero también de pesimistas interpretaciones informadas en el capitalismo extranjero.¹⁵

Los intelectuales mexicanos discutieron acaloradamente con Tannembaum pero antes, muy significativamente, reconocieron el valor del machihembrado de la obra. En su nota crítica a La lucha por... Daniel Cosío Villegas elogió la multidisciplinariedad del estudio,

el dominio de las disciplinas ejercidas, y el conocimiento de Tannenbaum sobre México, ese "taza preferente de su preocupación intelectual" durante 25 años.¹⁶ Pablo González Casanova, por su parte, reparó también en la convergencia de varias disciplinas, aunque el científico social mexicano demandó rigor y ortodoxia académicos. González Casanova lamentó el cuadro de conjunto -acaso lo que Cosío supo admirar con discreción, disculpando, unas veces explícitamente como en el caso de los juicios económicos de Tannenbaum, comprensibles inconsistencias-, mientras concedía valor, luego de una lectura meticulosa, a los atisbos parciales, "más o menos profundos, de los muy variados aspectos de nuestra realidad mexicana",¹⁷ Emilio Uranga también hizo una consideración inicial sobre la hechura del libro, aunque, por sus elogios llenos de adjetivos, poco contribuye a valorar la aportación intelectual de Tannenbaum; recuperemos, solitario, su testimonio en el sentido de que la lectura del libro en cuestión lo arrojó a una "reflexión fértil".¹⁸

En la discusión de fondo con Tannenbaum que prosiguió al reconocimiento de su oficio, podemos descubrir, aunque sólo sea por la mención apresurada, los meandros de la preferencia ideológica, de la afición histórica, de la solidaridad profesional

Cosío Villegas. una voz lejana.

Cosío Villegas afirma y confirma su carácter frío, escéptico y racionalista. Comienza por censurar el miedo a la crítica de los ma

les nacionales, y la actitud hipócrita de quienes acusan a la crítica con el humillante rostro de la perfidia. Rechaza, junto a Tannebaum, la proposición gubernamental del industrialismo para México y además, consecuente con sus más caras obsesiones, endereza a esa tesis oficial los epítetos del error, la falsía y la mezquindad; en Cosío, el error histórico adquiere desenfadadamente nombres propios, de modo que el error industrial y el error liberal, sólo a primera vista semejantes, nunca serán equiparables: Toño Carrillo no podrá ser Juárez aunque ambos hayan pretendido occidentalizar a México; el "Juárez económico" no contará con la virtud que, como al Juárez político, permite trocar el error en acierto: la libertad individual. Entre la meta exclusiva del progreso material, piensa Cosío, y la solicitud de acatamiento absoluto para el gobernante, hay una distancia mínima.¹⁹

Cosío, fiel a sus devociones intelectuales y generacionales, también sostuvo desacuerdos con Tannebaum. Si no confió en el industrialismo oficial, tampoco siguió a Tannebaum en su "filosofía de las cosas pequeñas" con base en el cultivo y la conservación de la comunidad rural. A cambio, lanza la pregunta: "Y por qué no la filosofía de lo mediano, de lo equilibrado?"²⁰ Su confianza en la comunidad rural pasa por el consejo de una discreta disgregación.

Comunidades intelectuales

La lectura de Tannembaum también posibilitó la expresión de ideas reunidas en torno a preocupaciones comunes.

Leopoldo Zea adoptó los argumentos generales con que Tannembaum trazó la historia del país, y extrajo el eje de su interpretación: el accidente, lo inesperado, lo fragmentario, son el motor de la historia de México, y en ese motor puede reconocerse al Mexicano. La lucha por... fue, según esta lectura, la prueba de que, concientes ya de nuestra propia historia y su sentido, una pregunta nacional llegaba a buen término, la del autoconocimiento. Una exigencia, por consiguiente, se inauguraba: la del establecimiento de una moral apta para la convivencia digna de México entre las naciones.²¹

Si para otros el espectro de Occidente era la industrialización, para Zea, era la universalidad; la relación crítica entre universalidad y nacionalismo: ser lo que somos al tiempo que ser los otros. Emilio Uranga avanza por el camino de Zea. De la preocupación ontológica que no necesita más comprobación, deriva una teoría del conocimiento. No hay más necesidad de discutir la pertinencia de un ser mexicano; es un punto, orgullosamente, fuera de toda discusión; la nueva necesidad, orgullosa también, es la de reclamar un modo de conocimiento consecuente con ese ser descubierto y enunciado.

Cierto, piensa Uranga, Tannembaum ha reparado en algunas características del alma mexicana al estudiar nuestro país desde án

gulos diversos; pero, al mismo tiempo, no ha comprendido cabalmente esos atisbos. Limitación natural, según Uranga, cuando la lógica y el racionalismo occidentales pretenden ser la medida de fenómenos radicalmente distintos. Reproche elegante y cortés a lo que podríamos llamar el imperialismo racionalista de Tannembaum. Reproche que nunca alcanza el tono de la violencia, pues se matiza por la compasión: Tannembaum no es capaz de comprendernos.²²

Uranga leyó La lucha por... con el mismo interés intelectual de Zea, pero desde una generación distinta.²³ El proceso de autoconocimiento ha llegado en aquel a su fin y es base para una nueva ofensiva: conquistado el derecho ontológico de ser mexicanos, es menester imponerlo, como es menester imponer la presencia de toda latinoamérica. En otro dominio, José Luis Martínez vio con claridad que las indagaciones sobre los rasgos autónomos de las culturas nacionales de América Latina, fueron seguidas de una expansión de las letras del continente entendido como unidad cultural.²⁴ La ofensiva cultural latinoamericana, como se colude, tuvo varios frentes; volvamos a nuestro país para seguir el ascenso hasta el clímax.

Los radicales.

Desde la convicción marxista académica que compartió con toda su generación,²⁵ Pablo González se acercó a Frank Tannembaum; el resultado de ese acercamiento se reconoce en el título de su nota crítica: "Un libro más o menos". La desautorización de González

Casanova tiene un argumento central: Tannembaum ha estudiado muchos aspectos del país, pero las conclusiones de ese estudio no tienen la consistencia que asegura la "relación sociológica", el reconocimiento de los "factores genéticos" de la realidad histórica y social, ni toman en cuenta los esquemas estructurales de los fenómenos ideológicos.

Cuando el sociólogo mexicano se opone a la filosofía de la historia con que el norteamericano atorda cuatro siglos de nuestra vida, piensa que se suma a una tradición colonialista que ve en América Latina una historia de utopía y cuentos de hadas.²⁶ Ni siquiera la eventual utilización por parte de Tannembaum de métodos más cercanos a las preferencias intelectuales de González Casanova, hará que este último cambie de opinión respecto a la imposibilidad de aquel para hallar la verdad histórica en virtud del pecado original de su herencia intelectual.

(...)suele recurrir (Tannembaum) en su explicación de la vida mexicana a las categorías sociales de las clases, los grupos, las instituciones; suele vislumbrar los proyectos de los mexicanos en tanto que nación, que grupos regionales o nacionales, que clases. Con ello da una idea menos forzada de nuestra vida, menos artificiosa, menos imbuida de imaginерías. El reconocimiento de las causas múltiples y reales de la historia, y de la aplicación de las categorías sociales en su análisis son el motivo de su profundidad, de su cerca-

nía a la vida mexicana; pero como lleva a
cuestas su interpretación original de la
historia, su atención se distrae. Le resulta
imposible ahondar en la evolución históri-
ca propia de las categorías sociales, lo que
le hace incurrir en incontables errores(...).²⁷

El mismo desacuerdo metodológico cierra la posibilidad de todo
diálogo en la arena de las ideas económicas: González Casanova
censura "ignorar en la vida económica; la política, la cultura,
la ideología."²⁸ Y a continuación, para preparar el terreno en que
refutará los juicios económicos de Tannenbaum, traza un esbozo de
la historia económica del país que es, en verdad, un difícil argu-
mento de la historia como expresión de ciclos económico-sociales.
La industrialización se convierte, por evolución histórica, en un
problema de emancipación nacional. Por eso el escepticismo de Tan-
nenbaum respecto a la industrialización mexicana, se cubre con la
sospecha de la mezquindad imperialista.

Hasta aquí, los desacuerdos severos y en veces violentos ha-
blan de un intercambio libre de ideas: han estado fundados en in-
conformidades metodológicas, ideológicas y, por extensión, se han
convertido en desencuentros morales. Bella espectáculo el de la
maduración de las inteligencias y, más aún, el del movimiento de
hombres tras la defensa de una idea; comportamiento en el cual,
sin importar la temperatura de las acciones y excepción hecha de
los mercenarios de las ideologías, mucho hay de nobleza humana.
Este deslizamiento al desencuentro moral puede ser tomado, en

tanto que generalizado, como distintivo de una nueva promoción generacional. Bello su espectáculo, repetimos, pero también ambiguo: a la luz sucede la oscuridad; a la apertura, la intolerancia; al diálogo, el monólogo orgulloso.

El "affaire" Santiago de Chile.

Una década más tarde, en medio de la difícil recomposición del orden interamericano que siguió a la Revolución cubana, y de un intenso activismo político promovido por los intelectuales y los artistas más notables de América Latina, Carlos Fuentes tuvo ocasión de tomar distancia respecto de Frank Tannembaum.

El affaire importa por permitirnos adelantar la última y más acabada escala en el desarrollo de las ideas que hasta aquí hemos intentado esbozar; además de señalar el signo ideológico, el protagonismo pleno de la generación de Medio Siglo, y el temperamento de sus integrantes más representativos a través de la transmutación del talante crítico iniciado en el segundo lustro de los años cuarenta: antes fue el juicio a la Revolución Mexicana lejos de la militancia y los compromisos con el Gobierno; ahora es una reconquista ideológica de la guerra de 1910, a menudo confundida con una cruzada reivindicatoria de los pueblos latinoamericanos.

Por otra parte, los desacuerdos de Pablo González Casanova antes referidos, son llevados a sus últimas consecuencias en este

acontecimiento.

El 15 de enero de 1962, en la Universidad de Concepción, Santiago de Chile, se llevó al cabo un encuentro de más de treinta escritores latinoamericanos quienes, durante diez días, debatieron sobre los problemas de cada uno de los países representados, y sus posibles soluciones.²⁹ Una de las jornadas del encuentro fue dedicada a dos exposiciones de Frank Tannenbaum: por la mañana, "Bases ideológicas de la relaciones internacionales de las Américas"; por la tarde, "El balance del poder en la sociedad". La primera bastó para encender el ánimo de los concurrentes; Tannenbaum defendió la inexistencia del imperialismo en América y la presencia de una igualdad jurídica entre los estados como base de un sistema federal panamericano.³⁰ Esta tesis proviene del último capítulo de La lucha por la paz y por el pan donde, con mayor amplitud y apoyada en el recuento de los conflictos internacionales entre México y Estados Unidos luego de la revolución de 1910, se desarrolla.³¹ Referencia de gran ayuda para situar las divergencias de ánimo y perspectiva, subyacentes en la crítica que mereció Tannenbaum.

La primera réplica fue la del "tribuno" Carlos Fuentes:

Yo me limité a explicar la imposibilidad de una unión federal entre el amo prepotente y los países débiles (que equivaldría a un federalismo de veinte Puerto Ricos) y a demostrar que la primera instancia de institución

nalización de la vida interamericana, la OEA, había fracasado por obra y gracia de la permanente violación de sus principios por el gobierno norteamericano.³²

La exposición del novelista mexicano, calificada unánimemente como brillante, provocó el siguiente comentario de otro novelista, Augusto Roa Bastos, también presente en Santiago:

Carlos Fuentes demolió la tesis paternalista de Frank Tannenbaum, enunciando circunstanciada y taxativamente los hechos que en la historia de las relaciones interamericanas ubican a la política exterior norteamericana, invariablemente, en la línea de la intervención y del avasallamiento. Le demostró que incluso los cacareados planes de ayuda económica no eran en la práctica sino el más férreo aparato de intervención y dominación del imperialismo norteamericano. El brillante novelista mexicano demostró al sociólogo de Columbia que, en la situación de dependencia en que se halla la mayoría de nuestros países subdesarrollados respecto a los Estados Unidos, la idea y la práctica del federalismo, de asociación y alianza, se nos impone necesariamente, sí, por la misma fuerza de los hechos pero sólo con pueblitos en coyuntura idéntica a la nuestra, como los de Asia y Africa, que se están liberando de la sujeción colonial.³³

A la palabra de Fuentes siguieron otras que insistieron en la

misma objeción, aunque desde ángulos diversos. Según los testimonios del escritor mexicano y de Augusto Roa Bastos, se escucharon intervenciones, todas, según los informantes, llenas de brillo y certezas en torno al drama paraguayo, al análisis de la dependencia económica, al recuento de las agresiones de los Estados Unidos a tierras latinoamericanas y, desde luego, a la denuncia que voces más altas que las entonces presentes y de las cuales estas últimas no debieron sentirse, en el recinto universitario del debate, muy lejos, hicieran del imperialismo yanqui: Bolívar, Artigas, Darío, Rodó, Martí. Entonces, en boca del ensayista argentino Héctor Pablo Agosti, se aclaró, como antes lo hiciera Carlos Fuentes en México a modo de reclamo a las conciencias norteamericanas respecto de la agresión a Cuba, que el resentimiento de Latinoamérica nada tenía que ver con el pueblo de los Estados Unidos, sino con la política imperialista de sus monopolios.³⁴ El enfrentamiento clausuró todo diálogo; determinó el silencio en torno a la exposición vespertina de Tannenbaum y su retiro de la Universidad

El capítulo que Frank Tannenbaum dedicó a las relaciones entre México y Estados Unidos en La lucha por..., es el recuento de los acontecimientos históricos de dichas relaciones a partir de 1910, a la luz de la siguiente premisa:

En el intervalo de más de treinta años, desde 1910 hasta 1942, el mundo se vio sacudido por dos grandes guerras, y la política de los Estados Unidos resultó profundamente afectada

tanto por la Nueva Libertad como por el Nuevo Trato. En este periodo turbulento y confuso, México no sólo pudo defender su revolución social y reafirmar una doctrina de nacionalismo que dio al pequeño Estado un derecho a igual consideración, en el mundo, con las grandes potencias, sino que, además, ayudó a allanar el camino para que fuese aceptada la idea de la igualdad jurídica de las naciones de nuestro Continente sobre las cuales habría de construirse en definitiva el sistema panamericano.³⁵

Más adelante, conocemos las implicaciones geopolíticas y morales que Tannenbaum concedía a la premisa referida; cuando en las primeras páginas de este capítulo dijimos que La Lucha por... había provisto a su autor de una moral distinta en su acercamiento a México, no exagerábamos:

Su política (la de Estados Unidos) con respecto a México no puede divorciarse de sus acciones respecto a otros sectores de la América Latina, y su conducta respecto a la América Latina fue, por necesidad, una parte de otra política más vasta, respecto al mundo entero. El conflicto con México tenía que resolverse a la luz de los compromisos y responsabilidades mundiales, no sólo de orden político y material, sino espiritual y moral también.³⁶

Cierto, en este texto, como seguramente en la conferencia de Santiago, el expositor norteamericano incurrió en errores de sensibilidad respecto de la memoria histórica que de los Estados Unidos tenemos los latinoamericanos: desestimó incursiones militares en el suelo mexicano (el sitio del puerto de Veracruz; la expedición del general Pershing); justificó la intromisión diplomática en asuntos de política doméstica (el presidente Wilson defiende en el Congreso de su país la utilización de la fuerza contra el dictador Huerta —limpiar con la fuerza el oprobio de la fuerza). No es el caso negar errores que tan bien censuraron los opositores de Tannebaum en Chile; sí es pertinente dudar, como en su oportunidad lo hiciera Carlo Coccioli,³⁷ de que tales desaciertos sean productos de la "mala fe" de Tannebaum; duda que no es superflua si pensamos que entre la mala fe y la buena, se distingue al "delator" y al "polizonte", según los apelativos que Puentes atribuyó al profesor norteamericano.

A la peligrosa insensibilidad de Tannebaum (tan peligrosa como cuando resulta difícil demarcar, siguiendo sus razonamientos; su devoción por el presidente Wilson y la defensa de este último de los "ideales del pueblo norteamericano", de la política de "exportación de la democracia"), corresponde una perspectiva interesante informada en un largo expediente de fuentes en cuya última página figura Woodrow Wilson, Franklin Roosevelt, la Nueva Libertad y el Nuevo Trato; y en la primera, los padres de la filosofía política liberal inglesa.³⁸

ESTA TESTIS NO DEBE SALIR DE LA BIBLIOTECA

Ahora puede parecer justo el alegato defensivo de Tannenbaum.

Escogamos, de una carta dirigida por el profesor a Alejo Carpentier, una frase: "Se trata de un ataque político encaminado a desacreditar, pero no acusa un deseo de comprender o de refutar".³⁹

La ceguera frente a las fuentes ancianas de Tannenbaum es lamentable pero comprensible en sus críticos latinoamericanos: experiencia histórica, pertenencia generacional, compromisos políticos, educación, son factores que los separaban de aquellos orígenes liberales que, por otra parte, los Estados Unidos se han encargado de cofocar entre sus intereses económicos.⁴⁰ Carlos Fuentes y sus coetáneos literatos prefirieron de la nación americana la iconoclasia de sus poetas y sus narradores modernos así como sus antítesis políticas más radicales: Wright Mills. Podemos aventurar una razón más que explique el desencuentro radical entre los comensales de Concepción: lo que disputaban no era un enfoque intelectual sino un triunfo político de proyección internacional.

NOTAS

- 1.- Frank Tannenbaum. "México: La lucha por la paz y por el pan" en Problemas Agrícolas e Industriales de México. octubre-diciembre 1951. Esta publicación periódica dirigida por Manuel Marcué Parodiñas incluyó, junto a la traducción del trabajo de Tannenbaum, un apéndice compuesto por comentarios a la obra escritos por individuos notables en su quehacer independiente, así como otros, representantes de institutos políticos e instituciones académicas. A continuación, por orden de aparición en la revista, los escritores convocados: Daniel Cosío Villegas, Pablo González Casanova, Eli de Gortari, Alonso Aguilar, Leopoldo Zea, Gilberto Loyo, Horacio Quiñones, Manuel Mesa, Exilio Uranga, Eduardo Facha Gutiérrez, Guillermo Noriega Morales, Manuel Germán Parra, Jorge Carrión y Edmundo Flores. En lo sucesivo, de esta edición serán tomadas las referencias. La primera edición original del libro de Tannenbaum data del mismo año que la edición mexicana: The struggle for peace and bread, New York, Alfred Knopf, 1951.
- 2.- F. Tannenbaum. The mexican agrarian revolution. 1929.
- 3.- Harold G. Moulton, director del Institut of Economics y responsable de la tesis de Tannenbaum, escribe en páginas introductorias: "... se hace evidente que tenemos sólo una muy inadecuada comprensión de la situación del problema mexicano en su estado histórico, etnológico y social. Con tales perspectivas, una política diplomática y una sana opinión pública son difíciles, si no imposibles". F. Tannenbaum. The mexican agrarian revolution. p.VII-VIII.

- 4.- Con respecto al imperativo político, H.G. Moulton asevera que el pensamiento socio-económico de la Revolución se debe ante todo a que "el fuerte impacto de los acontecimientos, particularmente el nuevo sistema de los derechos de propiedad, definió la posición económica o las ambiciones de nuestros intereses comerciales en México". Con respecto a los imperativos académicos, basta reconocer que el comité revisor del Instituto puede negarse a recomendar la publicación de la obra auspiciada "si el estudio resulta defectuoso en su forma literaria o si el análisis en general no tiene un carácter erudito". F. Tannenbaum. Op.cit. p. V y VII.
- 5.- F.Tannenbaum. Peace by revolutions: An interpretation of Mexico. New York. Columbia University Press: Morningside Heights. 1933.
- 6.- Cfr. supra. nota 1.
- 7.- F. Tannenbaum. "México: La lucha por la paz y por el pan". p.11.
- 8.- Id.
- 9.- Ibid. p. 131-2.
- 10.- Cfr. capítulos I, II, III, IV.
- 11.- La crítica de la industrialización mexicana representa los juicios de Tannenbaum en torno a la resolución que el gobierno no impuso al drama revolucionario. Su lectura es menos provechosa por el análisis económico (análisis que Cosío Villegas desestimó por su fundamento transitorio), que por su estrecha relación con el minucioso análisis del sistema político mexicano del mismo Tannenbaum.

- 12.- Cfr. capítulos V, VI, VII, IX.
- 13.- Cfr. capítulos VIII, X.
- 14.- Las consideraciones de la industrialización del México revolucionario son tan tempranas como el periodo constructivo de Obregón y Calles. Raimundo Cuervo piensa que "puede decirse que tan pronto como se inició el periodo constructivo post-revolucionario, se manifestó en México la tendencia de fomentar, o acaso debemos decir con más propiedad, a impulsar el desarrollo de nuestras propias industrias"; en "Evolución tecnológica e industrialización racional". Jornadas 48. El Colegio de México. 1945. p.25. Por su parte, Carlos Quintana asegura que la posguerra "ha tenido el efecto saludable de despertar el interés de casi todos nosotros hacia problemas fundamentales relacionados con el futuro de nuestro país; entre ellos, el muy importante de nuestra 'industrialización'"; en Jornadas 48. p.9. Ambos testimonios proceden del compromiso con las ideas y obsesiones históricas que ellos mismos se ocupan de señalar, sin haber sometido la noción de industrialización a un severo examen. Digo esto para destacar el mayor alcance de la obra de Tannembaum, producto de una perspectiva y recursos intelectuales y documentales mucho más amplios.
- 15.- F. Tannembaum. Op.cit. p. 6.
- 16.- Ibid. p. 157.
- 17.- Ibid. p. 162.
- 18.- Ibid. p. 215.
- 19.- Ibid. p. 158.

- 20.- Ibid. p. 161.
- 21.- Ibid. p. 187.
- 22.- Ibid. p. 215-222.
- 23.- Leopoldo Zea nace en 1912. Su obra y su personalidad nos hacen pensar menos en el accidente y el arrebató intelectual que en la paciencia, la institución académica y el esfuerzo discreto pero constante; junto a sus colegas, no descubre el país, sino que ejerce "su paciente y riguroso inventario" (Krauze). Emilio Uranga nace en 1921 y su obra como su actividad tienen el aliento de la aventura, la inconformidad intelectual y el vigor del grupo al que perteneció, Hiperión.
- 24.- José Luis Martínez. Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana. p. 13.
- 25.- E. Krauze. "Cuatro estaciones de la cultura mexicana" en Caras de la historia. p. 139-40.
- 26.- P. Tannebaum. Op.cit. p.162.
- 27.- Ibid. p. 164.
- 28.- Ibid. p. 165.
- 29.- Elena Poniatovska. "Presencia de América Latina en Santiago de Chile" en La Cultura en México de Siempre! 7 marzo 1962. p. VII; Carlos Fuentes. "Carlos Fuentes sale al paso de su acusación" en Siempre! 18 abril 1962. p. 4 y 5; Augusto Roa Bastos. "Tannebaum habló en Chile como un acreedor irritado" en Siempre! 26 mayo 1962. p. 4 y 5. Entre los asistentes destacaron Carlos Fuentes (México); Alejo Carpentier (Cuba);

Thiago de Mello y Carolina María de Jesús (Brasil); Mario Benedetti (Uruguay); José Bianco y Néctor Agosti (Argentina); José María Argueda y José Miguel Oviedo (Perú); Gerardo Molina (Colombia); Fernando Alegría y Luis Oyarzón (Chile); Augusto Roa Bastos (Paraguay), y el doctor Linus Pauling (USA).

- 30.- Tannebaum expresó, según versión de Alejo Carpentier, "que la historia de Europa se había desarrollado en función de un imperialismo (...) En el Continente Americano, el imperialismo era imposible, y por lo tanto habíamos llegado a un momento histórico favorable para constituir una federación de Estados, como fue el sueño de Bolívar..." en E. Poniatowska. Op.cit. p.VII. Carlos Fuentes dijo que la tesis de Tannebaum consistió en "afirmar que la idea de imperialismo era en todo ajena al Continente Americano, y que para defendernos del imperialismo soviético extracontinental era urgente estructurar la unión federal de los Estados Unidos y la América Latina (...) Tannebaum propuso la ausencia de imperialismo y la necesidad de federalismo como temas" en C. Fuentes. Op.cit. p.5. Augusto Roa Bastos definió la doctrina de Tannebaum como "la de la igualdad jurídica como base ideológica de un presunto federalismo entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos"; en A.Roa Bastos. Op.cit. p.4.
- 31.- F. Tannebaum. Op.cit. p. 135-154.
- 32.- C.Fuentes. Op.cit. p. 4.
- 33.- A. Roa Bastos. Op.cit. p.4.
- 34.- C.Fuentes. Op.cit. p. 4; A.Roa Bastos. Op.cit.p.4.
- 35.- F. Tannebaum. Op.cit. p.135.

36.- Ibid. p. 135-6.

37.- Carlo Coccioli. "¿Quién es dueño de la verdad?" en Siempre!
2 mayo 1962. p. 11.

38.- Para una primera noticia de estas fuentes y su presencia en
el pensamiento político de los Estados Unidos Cfr. E. Krauze.
"Inglaterra, Estados Unidos y la exportación de la democracia"
en Vuelta. diciembre 1988. p. 29-34.

39.- P. Tannenbaum. "Frank Tannenbaum responde: es preciso salir
al paso de lo que dijo Carpentier porque si hablamos de impe-
rialismo debemos recordar otro que sí es cruel, es despiada-
do y sanguinario" en Siempre! 30 mayo 1962. p.4.

40.- E. Krauze. Op.cit. p.32.

CAPÍTULO TERCERO

MEDIO SIGLO, ENTRE LA LITERATURA Y LA POLITICA

La noticia inaugural de la generación de Medio Siglo es el fallo que su primera promoción emitió sobre la Revolución Mexicana en los tiempos del camino a la madurez crítica de los años cuarenta, pero también de la fresca memoria del evangelio social cardenista. Su actitud recrea los maticos de la de Jesús Silva Herzog; transita entre el reproche moral a los servidores revolucionarios, y el recuento de los logros y las deficiencias de sus gobiernos. Entre la devoción y la amargura. El escenario profesional de estos hombres es la institucionalidad prudente y crítica, el sistema de partidos y el proyecto estatal mexicanos.¹

Una segunda promoción afirma y afina las navajas de la primera y, con ello, caracteriza todo el ciclo cultural que protagonizó a partir de la década de los cincuenta.

Su temple es otro: burlesco, ácido, irreverente, insatisfecho. Nada parecía engañarlos. Políticamente, su blanco principal es el hieratismo de los Cachorros de la Revolución. No analizan: denuncian. Exhiben la oscuridad de la burguesía, la corrupción administrativa, la enajenación de los medios

de comunicación, la mentira de la prensa, el charrismo, la farsa del discurso oficial, el saqueo alemanista, el desarrollismo sin justicia social.²

El perfil humano más acabado de esta conducta, así como su vocero más decidido es Carlos Fuentes y, junto a él, sus compañeros de estudios, singularmente aquellos que lo acompañaron en San Ildefonso a estudiar derecho y a ocuparse de la literatura en las páginas de la revista estudiantil Medio Siglo; sus cómplices de tentaciones culturales: Carlos Velo y el noticiero cinematográfico Cine-Verdad, Fernando Benítez y sus páginas culturales en los diarios; y los vecinos extranjeros con quienes compartió el ritmo de aquellos años: Ramón Xirau, Gabriel García Márquez y José Donoso.³

La lista puede ampliarse de los amigos a los conocidos y a los colegas, de donde resulta un cuadro, quizá el fundamental -y decisivo para la cultura mexicana-, de la generación de Medio Siglo. El centro que los reunió por primera y última vez fue la Revista Mexicana de Literatura en su primera época, dirigida, a partir de septiembre de 1955, por Carlos Fuentes y Emanuel Carballo, a quienes más tarde acompañó Tomás Segovia. La revista reprodujo en el papel las tensiones intelectuales de la generación y es, por consecuencia, una publicación central en el concierto de revistas literarias mexicanas de este siglo.⁴

De México para el mundo; una revista de literatura.

Si en el siglo XIX la tradición periodística mexicana tuvo en la discusión política su línea de continuidad más nítida,⁵ quizá en este siglo la clara sucesión deba buscarse en el contenido de las revistas literarias (las cuales, por otra parte, y como veremos en el caso de la Revista Mexicana de Literatura, tienen lazos desde las letras a otros hechos culturales incluida la política).

Lo más puro de la tradición periodística parece haberse aclimatado en las revistas literarias, mientras que en los diarios modernos su sobrevivencia ha tenido que pasar por adaptaciones materiales no libres de incertidumbre y dramatismo. Las más nobles revistas literarias mexicanas se recuerdan como imaginativas exégesis del tiempo, las obras y los hombres que contemplaron. Sus imágenes más directas son la feria y la plaza; es decir, el gozo público.

La Revista Mexicana de Literatura es testigo y protagonista de una expansión de horizontes culturales sucedida en México durante los años cincuenta. México, sin amargura y con entusiasmo fue al Occidente y Occidente vino a México. Ese Occidente tenía el nombre que la memoria mexicana guardaba de sus robustos años modernistas: Francia; ese Occidente no era más el amargo puerto que conoció un triste dictador mexicano, ni el de Vasconcelos, ni el mítico lugar de los lirismos postales de Alfonso Reyes, Julio Torri y Mariano Silva y Aceves. Era la Francia de Sartre, Merleau-

Ponty, de Gurvitch y Raymond Aron, de los Annales Francaises y de la nouvelle vague, de las nuevas reflexiones en torno al lenguaje (Tel Quel), con una larga y orgullosa memoria histórica: de Baudelaire a las vanguardias. La Francia en que descendieron, de democrático buque no por ello saturado los enviados de la UNAM y de El Colegio de México.⁶

En México, la Revista Mexicana de Literatura profundizó el surco que entre 1943 y 1946 trazara El hijo pródigo,⁷ trazo que se opuso a las limitaciones geográficas e intelectuales de Cuadernos Americanos, a los fetiches del nacionalismo populista y del realismo socialista, y que se prometió ejercer los signos universales de la cultura que persiguieron los Contemporáneos y, posteriormente, Taller y Tierra Nueva. La austeridad de Letras de México incomodaba, inclusive, a los responsables de El hijo pródigo: su consigna era abrir puertas y ensanchar perspectivas. De esta herencia se beneficiaron los hombres de la Revista Mexicana de Literatura al tiempo que se inscribían en las filas de un linaje que bien puede rastrearse hasta el Ateneo. Para completar el cuadro, el Fondo de Cultura Económica permanecía, como "una ventana abierta a Europa"; el grupo Hiperión daba por concluido el proceso de autoconocimiento comenzado treinta años atrás.⁸

A pesar de que Carlos Fuentes y sus compañeros más cercanos no estuvieron a salvo de una fascinación por el pasaje indígena y campesino, acompañada de una preferencia moral y de un enuncia

do político (recordemos sus giras junto al General Lázaro Cárdenas cuyos reportajes periodísticos son, entre otras cosas, una apología de la tierra); el novelista mexicano escribió que El laberinto de la soledad había marcado el fin de las preocupaciones por lo mexicano al tiempo que abrió "una nueva etapa cultural";⁹ si la razón histórica no lo asiste, lo apoya su experiencia como escritor.

Octavio Paz había realizado un supremo esfuerzo intelectual por asimilar el pasado de México con relevancia poética, separar los valores vivos de los muertos y encontrar el contexto humano del particularismo mexicano.¹⁰

Paz propuso las palabras que Fuentes hizo suyas como argumento y proyecto estético: la novela no puede ser más la reproducción, el recuento o el reportaje de los escenarios idílicos de la vida mexicana, sino un método de exploración lingüístico de las verdades más profundas del país a la luz de una revisión del ser humano; de nuevo la misma tensión: el alma nacional a través del alma humana. La obra paradigmática: Pedro Páramo; después, Elena Garro, Sergio Galindo, Sergio Fernández y Rosario Castellanos.¹¹ Por otra parte, los maestros de esta generación descubren de modo definitivo y recrean el paisaje urbano. La Ciudad de México como la protagonista de una actitud literaria. El libro clásico es de Fuentes: La región más transparente, compendio de la perplejidad

de la década de los cincuentas ante su propia ciudad.¹²

Fuentes arroja otra clave de aquellos años: de su afecto infantil al reconocimiento comunitario como el "primer arquitecto de la literatura moderna de México": Alfonso Reyes.

Reyes libró la guerra contra el chovinismo estéril con el argumento de que una cultura sólo puede ser provechosamente nacional si es generosamente universal(...). En Reyes todo reductivismo o negación era dañino para el cuerpo individual y colectivo: al traducir la cultura occidental a términos latinoamericanos, nos estaba defendiendo, con tanta actualidad como un guerrillero, de ese desamparo anémico, de ese tiempo perdido que siempre nos ha debilitado y que el chovinismo cultural, aun cuando proclame lo contrario, insiste en mantener.¹³

Rulfo y Yáñez concluyen el ciclo temático de las novelas de la tierra y de la Revolución; Juan José Arreola escribe una prosa absolutamente inédita en el ámbito literario mexicano según testimonio recurrente de Alf Chumacero; la Fundación Rockefeller auspicia al Centro Mexicano de Escritores, el cual, en sus primeros años afirmó el prestigio de algunos poetas y narradores de generaciones anteriores, pero sobre todo impulsó y consagró las carreras de los escritores de Medio Siglo;¹⁴ Tamayo pinta los colores del cosmos con la paleta volcánica del Nudo Mixteco ("puente de renovación que asimila lo permanente", según obsesión de Fuentes), y una procelosa legión

de poetas, narradores, cineastas, pintores, dramaturgos, músicos, ensayistas y periodistas introducen a México en la "tercera etapa cultural mexicana". Imposible ocultar en este retrato impresionista la existencia del suplemento cultural de Novedades, México en la Cultura, casa de huéspedes de esta generación en sus primeros años, y puente de comunicación con las inteligencias más sutiles de los años cuarenta. Una relación simbólica: la del director del suplemento, Fernando Benítez, con uno de sus comensales predilectos: Carlos Fuentes.

Todos estos nombres no sólo indican renovación y, sobre todo, diversificación. Suponen, en cada caso, una asimilación del hecho y la conciencia de ser mexicanos, sin la necesidad de agitar banderas y traficar con jicaras y, a partir de ello, una penetración, no ya en la abstracción de 'lo mexicano', sino en la concreción de los mexicanos social e individualmente considerados. Las ventanas abiertas y los ojos bien puestos en lo que sucede fuera de México —trátase del arte no figurativo o de la revolución cubana—, la inteligencia liberada por una atención crítica y por una independencia solidaria que rechaza los clichés, los slogans, los esquemas simples y apunta hacia una recomposición humana radical, serán los signos de la tercera etapa cultural mexicana, hoy naciente y no sólo perceptible en la obra de los artistas y escritores, sino, ante todo, en el espíritu colectivo de la juventud.¹⁵

El entusiasmo de los hombres de Medio Siglo por su propia labor no se limita a los testimonios póstumos; existió vivamente durante los años decisivos de su gestión. Sin padecer la falta de talento o educación, mostraron un vigor y una confianza sin medida. Es quizá la primera generación de la cultura mexicana que des de el centro de su actuación, hace su propio balance público. No conocieron ni el pudor ni la renuncia de generaciones anteriores. La frivolidad y el hedonismo social que dominan los espacios literarios de Juan García Ponce o Jorge López Páez son imposibles para la gravedad de Yáñez o el ardor de Revueltas.

Cuando los editores de la Revista Mexicana de Literatura conocieron el interés de Europa y los Estados Unidos por las letras mexicanas, interpretaron sin demora el hecho como la primera palabra de un diálogo que urgía corresponder. Preguntaron -y la pregunta fue manifiesto, convocatoria-: ¿seremos capaces de contestar esa palabra? "¿Estaremos, nosotros, dispuestos a otorgar, a penetrar en el diálogo?".¹⁶ En las oficinas de Avenida Juárez 30 se doblaron esfuerzos por tender puentes que llevaran al diálogo internacional.

El puente que la Revista tendió a Latinoamérica fue transitado en dos sentidos. El primero, orientado a la configuración de la geografía literaria latinoamericana, mediante la recepción de colaboraciones diversas y numerosas; con ello, la Revista cumplía su osalidad de casa editora, uno de los más caros deseos de sus directores. Baste un ejemplo: saludan al Fondo de Cultura Económica por su labor promotora de los escritores mexicanos a través de su

colección Letras Mexicanas, pero aconsejan la creación de un proyecto similar correspondiente a las Letras Hispanoamericanas, que "sería el punto de arranque ideal para una comunidad literaria basada en la instancia fraternal, en la fuerza activa y solidaria. En ella tendrían su lugar las nuevas generaciones de escritores en español que desconocemos y nos desconocen..."¹⁷

El segundo sentido consistió en el auxilio de colaboradores que por la continuidad de sus traducciones, presentaciones de autores y obras, notas críticas y periodísticas, ganaron la carta de residencia definitiva en las páginas de la Revista (Ernesto Cardenal, Augusto Monterroso).

Merecen atención singular los escritores europeos que por amistad y coincidencias intelectuales recibieron apoyo de la Revista; una vez más, su presencia nos sirve menos para acercarnos a dichos autores que para descubrir las obsesiones de los editores. Dos casos, entre muchos otros, pueden servir como ejemplo: Geneviève Bonnefoi,¹⁸ ensayista animadora de Les Lettres Nouvelles, fue un comensal cotidiano de la Revista por medio de ensayos sobre aspectos de la cultura francesa y la presentación de su literatura. Por otra parte, destacan las numerosas páginas (más numerosas que las que recibieron a El perseguidor pero igualmente significativas) dedicadas a las reflexiones que sobre teoría marxista sostuvo Kostas Papaïonannou en quien poesía, reflexión en torno al arte y a las ideas políticas conviven como signo de un temperamento intelectual que sin duda tenía que interesar a la Revista y que antes había interesado

la residencia parisina de Octavio Paz.¹⁹

Para resumir con cifras: al fin del primer volumen de la Revista²⁰ habían sido publicados 73 autores, de los cuales 33 eran mexicanos, 18 hispanoamericanos, y 22 escribían en una lengua diferente de la española. Es necesario subrayar, para respaldar las convicciones cosmopolitas de los editores de la Revista, sus relaciones personales y su eficaz sistema de relaciones públicas: apenas conocido el segundo número, la revista prometía (promesa que cumplió) la divulgación de escritores con prestigio mundial; asimismo, era capaz de intercambiar publicidad con The Times Literary Supplement (Londres); L'Esprit des Lettres y Les Lettres Nouvelles (París); Orígenes (La Habana); Mito (Colombia); El papel Literario (Venezuela).

Otro de los puentes de la Revista permite la delimitación precisa de Medio Siglo en el concierto de las generaciones de la vida cultural mexicana. Junto a los convidados extranjeros hubo convidados intergeneracionales: afirmación y aceptación de herencias; elección de un lugar propio.

El primer invitado es Alfonso Reyes quien, junto con su erudición y amor a Grecia, ofreció a la Revista la contribución de El Colegio de México a través de sus académicos, estudiantes, becarios, huéspedes catedráticos y editoriales, y de los transterrados españoles. Algunos nombres: Margit Frenk, Antonio Alatorre, Daniel Cosío Villegas, José Gaos, Luis Cernuda. Sus beneficios más perdurables son un pensamiento y una cultura independientes, universales

y rigurosas -lo más reposado del balance crítico de los años cuarenta.

Luego de don Alfonso se impone Octavio Paz, presencia continua como ensayista, poeta y traductor que inicia, como un signo, la primera página del primer número de la Revista.²¹ Y entre Reyes y Paz -también coordinadas de la obra de Puentes- un abanico abierto de Pellicer y Gaos a Zea y Portilla.

La Revista Mexicana de Literatura también se ocupó de trazar el ritmo y los tonos de su percepción histórica de la cultura mundial. Los acordes más repetidos son los de Francia y Estados Unidos. De Francia publicó textos de los hombres que mayor influencia ejercieron sobre los integrantes de Medio Siglo: Camus, el más frecuentado, Malraux, Merleau-Ponty, Valéry; se comentó a Balzac y se revisó con interés la joven poesía francesa.²² De los Estados Unidos ofreció su poesía moderna, no pocas veces traducida por Octavio Paz; destaca también la revisión cuidadosa del medio cultural norteamericano de donde emanan juicios sobre la política y la sociedad estadounidenses. Life y Time son referencias constantes y poco amistosas en los comentarios editoriales de la Revista. De estas referencias sobresale la desestimación absoluta de la estética de la bonanza que ambas revistas profesaban al enjuiciar la literatura norteamericana de los años cincuenta y al oponerla a "los estereotipos literarios de la rebelión, (... a las) tres décadas de ficción norteamericana dominada por el escepticismo crítico, la emancipación sexual, la protesta social y los sermones psicoanalíticos".²³ Contra estas opiniones, y fieles a su admiración por los

años de la "generación perdida", de la tensión social, del sindicalismo, los editores de la Revista oponen la crítica de las diferencias existentes entre el poder y la inteligencia en los Estados Unidos de los años cincuenta que sostuvo Wright Mills, y la denuncia del "abismo cada vez más profundo entre la vida norteamericana actual y el conjunto de ideales -'The American Dream'- que dieron origen a los Estados Unidos", de William Faulkner.²⁴

Sin pretender menospreciar la influencia de algunas individualidades notables en la Revista, aquí corresponde destacar las coincidencias entre este proyecto editorial y la formación y las ideas de Carlos Fuentes. Ya se dijo que Reyes y Paz, límites intelectuales de la Revista, corresponden a dos momentos relevantes de su educación; el segundo es algo más: una obsesión viva en varias de sus páginas como ensayista y novelista, así como en su agradecimiento público. También coinciden en la biografía literaria de Fuentes y en la bitácora de la revista que animó, Balzac, Faulkner, a través de quien Fuentes declara haber ingresado "al más rico mundo literario contemporáneo, al de los Estados Unidos que acabarán de reconocerse más en Faulkner que en Whitman"; Eliot y "la pléyade de nuevos poetas norteamericanos"; Dos Passos, "lo admito, de una manera mecánica, cuando no puramente tipográfica".²⁵ Hasta los desencuentros son significativos: la picaresca española, discernible en las páginas de Fuentes más festivas e irreverentes, no podía encajar en una labor editorial fascinada por el diálogo directo con la lengua francesa e inglesa.

No hay que exagerar. Carlos Fuentes es el continente más típico de las influencias, las preferencias y las obsesiones de su generación; el que mayor brillo y beligerancia les otorgó, pero no el poseedor monopólico de esas claves. Aunque protagonista, Fuentes es parte de un esfuerzo intelectual que existió por el curso de muchos hombres y mucho tiempo. Crímenes son del tiempo que no de Fuentes.

La inquietud ideológica.

La Revista Mexicana de Literatura desarrolló, junto al proceso cultural que acabamos de mencionar, una actividad ideológica a través de una sección habitual dispuesta en las últimas páginas de cada número. Dicha sección tuvo dos épocas: la primera, bajo el nombre de Talón de Aquiles, integró notas en su mayoría sin firma, dedicadas al examen y al comentario de revistas hispanoamericanas, inglesas, norteamericanas y francesas, principalmente. Además de servir al interés de los editores por Francia y los Estados Unidos, la sección posibilitó una mirada sobre la Unión Soviética y el diálogo con el ambiente cultural mexicano. Aunque polémica, Talón de Aquiles expresó sus ideas menos por la declaración que por la cita significativa, hasta que mudó su nombre por el de Actitudes, ganando sus notas diversidad en los asuntos, extensión y firma, además de que las páginas dedicadas exclusivamente a te-

mas políticos e ideológicos -siempre como un apéndice del juicio sobre la cultura- acudieron menos a la cita y otorgaron mayor peso al autor.²⁶

Por medio de una de las tesis más recordadas al pensar en la Revista, los editores responsables consiguieron una identidad perdurable para su publicación y sus carreras personales: "la tercera fuerza". Negaron, explícitamente, cualquier simpatía por los dos bloques que el orden internacional de la posguerra había separado hasta la irreconciliabilidad absoluta, regulado por el precario equilibrio de los armamentos y la mutua amenaza nuclear.²⁷ Ante este panorama, la Revista recordó que cada día aumentaba el número de los países que sin pertenecer a ninguno de los polos en conflicto, integraban la "tercera fuerza", no como sinónimo de neutralidad o pasividad, apostaban los editores, sino como independencia activa, resistencia a dos opresiones. La solución al dilema nuclear, decían, habrá de buscarse fuera de la pugna imperialista y más allá de argumentos militares. El alegato continuó hasta caracterizar el contenido de la "tercera fuerza" por oposición a los dos bloques y en identidad con la fórmula histórica que representa ¡la Revolución Mexicana!, que "acaso sea también la que resuelva la crisis contemporánea: la posibilidad de construir un orden que concilie la libertad personal y la justicia social, que dignifique a la persona humana dentro de marcos colectivos".²⁸ Primera noticia de la proyección internacional de la Revolución Mexicana que Medio Siglo ensayó con el propósito de superar las vacilaciones de quienes la

discutían como un asunto doméstico.

Al pasar lista de las tareas inmediatas y los obstáculos a sobrepasar para consolidar la "tercera fuerza", los editores dejaron en el papel el plan político e ideológico que en adelante se fortalecería en los textos de Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero, Fernando Benítez, Víctor Rico Galán... y que anticipaba la unidad de los escenarios nacionales e internacionales en su periodismo político.

La ausencia de un movimiento revolucionario independiente, de un libre sindicalismo internacional, que agrupe la fuerza obrera dispersa, es otro obstáculo paralizador(...). Pero nada impide buscar la creación de ese movimiento: la falta de relaciones entre agrupaciones obreras independientes de Asia, Europa y América Latina favorece la polarización de fuerzas; la creación de esas relaciones contribuiría a diluirlas. Y esto nos conduce a la verdadera función de una 'tercera fuerza': primero, disminuir el ritmo de la carrera armamentista negándose a participar en ella; segundo, y puesto que no será la fuerza militar lo que se pueda oponer a las dos potencias, buscar fuera de la razón militar la fuerza propia, oponible a esas dos potencias ¿Cuál será esta fuerza propia? La demostración de una capacidad para organizar mejor que las grandes potencias una sociedad humana, verticalmente humana.²⁹

En correspondencia con su interés por demostrar la posibilidad histórica y moral de la "tercera fuerza", y conocida su crítica del imperialismo yanqui con respecto a su comportamiento en América Latina, la Revista se ocupó del fracaso de lo que antaño fue la "segunda fuerza" y que los editores podrían haber descrito con el mismo aire melancólico de Gide como "una experiencia sin precedentes que nos llenaba el corazón de esperanza, y de la cual aguardábamos un inmenso progreso, un impulso capaz de envolver a toda la humanidad".³⁰ Sin embargo, también junto a Gide, criticaron el dogmatismo y las cárceles del espíritu, la inteligencia y los hombres. En este contexto puede entenderse su simpatía por la inteligencia de George Lukacs capaz de comprender la complejidad del mundo contemporáneo y de aconsejar, en consecuencia, la ruptura del dogmatismo y el sectarismo; la proposición del diálogo irrestricto y los juicios estéticos de Lukacs, no pudieron menos que conmover profundamente a los editores. Ellos mismo escribieron a propósito del teórico marxista:

(...) el marxismo, cuando se emplea no como un dogma, sino como un método de investigación, conduce a la lucha contra las realidades impuestas por quienes hacen del marxismo un biombo ideológico de la política de fuerza y del hecho consumado, una 'justificación' teórica de actos que el marxismo, como filosofía humanista y rebelde, nunca puede sugerir ni aprobar.³¹

A esta lección recibida hay que añadir la que declaraba que, junto al deceso de Stalin, había finalizado la etapa de oposición insuperable entre Washington y Moscú, y se abría "un periodo de cooperación entre toda clase de elementos, a favor de la paz y de la coexistencia".³² Los llamados de la configuración internacional, diversos y contradictorios, encontraron en la Revista una respuesta veloz y generosa: la imagen de un vitalismo intelectual que alcanzaría en los años sesenta la madurez plena -acaso el último vitalismo intelectual permitido en este siglo.

Una vez más el testimonio del protagonismo de Puentes. En el autoexamen de años posteriores al que ya hemos hecho referencia, el novelista declaró que su "información" la debe al marxismo, pero "no en cuanto dogma absoluto o reductor -que es la negación del pensamiento de Marx-, sino en cuanto método de interpretación de determinados fenómenos de la vida histórica y llamado de libertad e integración de posibilidades humanas".³³

La inquietud política.

Existe otra cara de Medio Siglo que, insinuada en la Revista Mexicana de Literatura permite, luego de su intensificación, el tránsito a otros experimentos editoriales, singularmente El Espectador, presagio de las tempestades de los años sesenta, como pretende Krauz, o "la única publicación disidente de su momento", según el

previsible orgullo de Fuentes.³⁴ Es el rostro político de los "cua-tes" de Fuentes en San Ildefonso: Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, Jaime García Terrén, Luis Villoro, Francisco López Cár-
mara.³⁵ Son los hombres que se beneficiaron de la gestión adminis-
trativa de Mario de la Cueva y de la cátedra de Manuel Pedroso, don-
de el derecho habitaba junto a la literatura;³⁶ son los hombres que
desde jóvenes admiraron a sus padres generacionales inmediatos, los
integrantes más jóvenes de la generación de 1929, por quienes cono-
cieron la práctica pública del marxismo (Efraín Huerta, José Revuel-
tas, Octavio Paz), así como la existencia de una alternativa pro-
fesional al camino de la institucionalización: el periodismo. En
las salas de redacción se reunieron, además de los porfiados vas-
concelistas (Alejandro Gómez Arias), con la confianza en el proyec-
to nacional y popular del cardenismo profesada por José Alvarado,
Enrique Ramírez y Ramírez, Francisco Martínez de la Vega, Fernan-
do Benítez y Gastón García Cantú.³⁷

Hasta la casa editorial fue parte de la herencia: luego de
cumplir el ciclo de la Revista Mexicana de Literatura y de marchar
a su radicalización política en El Espectador y Política, concien-
cia crítica del panorama de los sesenta, los hombres de Medio Si-
glo que nos incumben permanecieron, desde el éxodo de Novedades en
1961, en un exilio que convirtieron en su propio hogar: Siempre!

Un par de hechos marcan el principio definitivo de la forma-
da política de Fuentes y sus allegados como periodistas: la Revol-
ución Cubana y los desajustes de la vida pública de México duran-
te 1958. El primero permitió la proyección definitiva del grupo

y la formalización de un discurso coherente que integró opiniones dispersas originadas por diversos motivos; Cuba fue el eje de un alegato latinoamericano donde los Estados Unidos, Europa, Asia y Africa ocupaban sitios bien jerarquizados. El segundo hecho define su distancia frente a la Revolución Mexicana. Ambos señalan los extremos de su actuación pública: Cuba y la censura política en México: socialismo e independencia internacional por un lado; por otro, nacionalismo popular y ejercicio de una democracia donde las elecciones habían perdido valor frente a la organización del pueblo. Extremos que delimitan lo que Fuentes pensó como un programa político, válido desde El Espectador hasta 1971, al menos;³⁸ extremos a menudo confundidos gracias a la promoción, durante los años sesenta, de una solidaridad popular latinoamericana, y a una oposición política interna que si no tenía reservas para invocar a Marx, tenía entre sus emblemas más distinguidos a Zapata y a Cárdenas.

No debe suponerse una división radical entre los temas que ocuparon la atención periodística de Fuentes y su grupo, pues fueron abordados con el mismo impulso intelectual según lo imponía la marcha de los acontecimientos. Sin embargo, estas páginas quieren destacar el inicio del apartado latinoamericano de su actividad periodística. El conjunto de todas sus páginas dedicadas al juicio de la vida pública mexicana a partir de 1958, sería suficiente para llenar el espacio de un estudio, el de Fuentes como analista político de México durante el periodo que se inicia, ya

se ha dicho, en 1958, y concluye en 1968, cuando el vocabulario histórico y los viajes al extranjero diluyen la presencia de Fuentes en México. Baste por el momento con un acercamiento a la percepción histórica que Fuentes y su grupo tuvieron de la Revolución Mexicana.

Con acuerdo notable, los miembros del grupo definen la Revolución como un movimiento social de carácter democrático-burgués, antifeudal, con marcado acento popular y antiimperialista.³⁹ Acabar con el feudalismo porfirista mediante el reparto agrario, el sufragio libre y la no reelección, así como la fundación de una economía nacional, construida por los mexicanos y para los mexicanos, es el resumen que el grupo hizo de los propósitos del movimiento; resumen que a su vez posibilitó la distinción de las dos facetas del movimiento, cristalizadas en "un Estado de acusados perfiles socializantes dentro del marco del liberalismo individual que lo define".⁴⁰

Las dos facetas de la Revolución coexistieron provechosamente en el vértice de la gesta de 1910, aunque el balance posterior de esa coexistencia revelara una simbiosis desagradable: la revolución burguesa se había servido, para su triunfo, de la revolución popular o, dicho con las palabras de Flores Olea, la victoria de la vertiente burguesa -la institucionalización-, canceló la popular.⁴¹ Fuentes escribiría años más tarde que "México sólo ha roto sus máscaras con la Revolución"; lo que hacía entonces era distinguir entre la vertiente liberal del movimiento armado

y la de violencia popular, eligiendo la segunda. Al fin, pensaba, luego de tres siglos, México rompía sus máscaras y observaba su rostro verdadero, o mejor, según su afortunada figura literaria, el vendaval romántico destruía, por un momento, la severa línea clásica que nos ocultaba. Aunque, se sigue de la lectura de Fuentes, "el verdadero rostro de México", después de la usurpación burguesa (valga la construcción nominal, a la medida del gusto de la época) había vuelto a quedar oculto por el clasicismo de un régimen presidencialista.⁴²

Por otra parte, el grupo también coincidía en la tesis según la cual la Revolución forma parte de un proceso mayor completado con la Independencia y la Reforma; proceso que González Pedrero llamó "Revolución Libertaria",⁴³ y Carlos Fuentes, "Proceso Revolucionario Mexicano".⁴⁴ Esta tesis es congruente con el diagnóstico que el grupo, en correspondencia con el materialismo histórico del que se había servido desde la definición de la Revolución, aventuró con respecto a esta última: en tanto que eslabón imperfecto de un proceso mayor, la Revolución Mexicana había dejado sin resolver problemas que se expresaban por medio de "las contradicciones existentes del orden social y político que vivimos en la actualidad".⁴⁵ Esto es que, por obra de los procesos históricos, el escenario de 1910 no existía más, aunque había legado sus contradicciones no resueltas en los términos que la nueva estructura histórica exigía. Un cambio de piel. Carlos Fuentes fue más explícito:

Paralización de la revolución popular. Estancamiento de la burguesía productora, como consecuencia de dicha paralización. Avance de la alta burguesía mediante la alianza con el capital extranjero. Pésima distribución del ingreso nacional. Marginalidad económica, social y cultural de la masa mayoritaria del país. Presión sobre las nuevas clases medias que en treinta años, penosamente, han ascendido desde la masa marginal. La situación, ciertamente, rebasa con mucho los presupuestos de la Revolución de 1910, amenaza los presupuestos mayores del proceso revolucionario mexicano y exige un nuevo planteamiento de la problemática nacional.⁴⁶

A esta doble percepción del problema -herencia de 1910 pero expresión de las nuevas contradicciones históricas-, correspondió un dictamen similar. De 1910 habría que reedificar el matrimonio del Estado con la Nación que la Revolución había celebrado a despecho de la burguesía; habría que acentuar los objetivos populares originales de la Revolución Mexicana para llevar a feliz término el "proceso general revolucionario" que la burguesía, con su intervención en el ciclo de 1910, había escamoteado al Estado y al pueblo en su provecho.

La otra vertiente del diagnóstico emanaba directamente de lo que al grupo pareció la crisis definitiva de la precaria colaboración de clases, y que había una escisión en el México político, incluso el PRI: escisión entre la derecha y la izquierda. En la

izquierda los hombres de Medio Siglo situaron sus posiciones públicas, en la izquierda -heredera del 1910 popular y dueña del entendimiento de la nueva estructura histórica y de sus contradicciones- imaginaron el lugar de la solución de la crisis del país.

¿En qué consistía esa solución? En la agrupación de "las izquierdas" de México a fin de que completaran el proceso revolucionario del país y, según Francisco López Cámara, prepararan el advenimiento de una nueva etapa histórica.⁴⁷ Pero antes que esas metas generales figuraban otras particulares e inmediatas como la promoción de los reclamos agrarios de 1910, la defensa de la industria nacional y -aportación de Fuentes- el fortalecimiento de la izquierda dentro del Estado, "apoyarlo en su actitud patriótica" y "criticarlo cuando falta a su deber"; organizar con urgencia y con independencia a los campesinos y a los trabajadores; ocuparse del sindicalismo mexicano, capaz de asegurar "la continuación del proceso revolucionario más allá de la definición cíclica de la Revolución de 1910", contingente que a pesar de la ineptia de la izquierda en México, ha demostrado sus arrestos "para actuar decidida y organizada a fin de alcanzar las mejoras apetecidas".⁴⁸ En 1963, la reconvención de Carlos Fuentes a la izquierda se agudiza y aclara una distancia sagudable entre Estado e Izquierda.

La izquierda fue -o creyó ser- el Estado en los años heroicos de la revolución mexicana.

Mal que bien, sentía que el Estado, con fallas y retrocesos, conducía una política de reforma progresista. Pero esta solidaridad con el Estado hizo olvidar a la izquierda la necesidad de su propia organización.⁴⁹

Mudanza inevitable: habida cuenta de su admiración por Lázaro Cárdenas como salvaguarda de la revolución popular, "conciencia perturbadora de los 'revolucionarios' de a mentiras", y la consecuencia animadversión por las administraciones posteriores, la defensa del romanticismo revolucionario, de la vertiente popular, de la veta clausurada, tendría que inaugurar un nuevo feudo: "la nueva izquierda" fundada entre 1958 y el Movimiento de Liberación Nacional, pasando por Rubén Jaramillo, la Central Campesina Independiente, el Departamento Agrario y, siempre, la mirada patriarcal del General Cárdenas.

Por su parte, los intelectuales ocupaban un lugar especial en este cuadro. Víctor Flores Olea escribió: "A mi modo de ver, la significación histórica de los nuevos intelectuales mexicanos depende de su 'toma de conciencia' de las contradicciones que definen ya el orden social y político de México, y de la articulación y expresión sistemática de las necesidades de nuestro pueblo".⁵⁰ Fuentes declaró que el máximo derecho que un intelectual joven debe conquistar es el de "abrir nuevos conductos a la expresión democrática",⁵¹ aunque más adelante, y con el mismo impulso de creador, reconocerá que si algo puede decir un escritor está en sus libros, el sitio donde lleva al cabo, en cada página, una hermosa liberación,

la de un lenguaje secuestrado por el poder.⁵² Sin embargo, antes de gozar de la sabiduría de la heterodoxia literaria, ha sido necesario ejercer la ortodoxia de la toma de conciencia y de posiciones públicas, de la beligerancia expresiva: el combate que pretendía Roland Barthes haber ejercido al iniciar su carrera literaria antes de descubrir la joissance d'écrire.

- 1.- Enrique Krauze. "Cuatro estaciones de la cultura mexicana" en Caras de la historia. p.145-6.
- 2.- Ibid. p.148.
- 3.- La plana de responsables de la revista Medio Siglo estuvo integrada por Víctor Flores Olea, Genaro Vázquez Colmenares, Porfirio Muñoz Ledo, Arturo González Cosío, Javier Weimer; a quienes en una segunda promoción se unirían jóvenes con una vocación literaria más decidida: Marco Antonio Montes de Oca, Sergio Pitol, Salvador Elizondo, Rafael Ruiz Harrell, Luis Prieto Reyes y los adolescentes Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco. Carlos Fuentes. "Radiografía de una década: 1953-1963" en Tiempo Mexicano. p.56. Los demás datos acogidos por esta nota pertenecen a un testimonio público de Carlos Fuentes ocurrido en el Palacio de Bellas Artes, en el marco de un ciclo de encuentros entre autores y lectores, famoso por su recopilación en Confrontaciones. Los narradores ante el público. 1966. p.147.
- 4.- Una aproximación a ese cuadro generacional según los colaboradores de la Revista Mexicana de Literatura cuyas fechas de nacimiento oscilan entre 1920 y 1934: Guadalupe Dueñas, Emilio Uranga, Jorge López Páez, Fausto Vega, Ricardo Garibay, Antonio Alatorre, Jaime García Terrés, Ramón Xirau, Margit Frenk, Emilio Carballido, Tomás Segovia, Amparo Dávila, Enriqueta Ochoa, Carlos Fuentes, Carlos Valdés, Emmanuel Carballo, Enrique González Pedrero, Elena Poniatowska, Julieta Campos, Tomás Mojarro, Marco Antonio Montes de Oca, Víctor Flores Olea, José de la Colina.

- 5.- Cfr. supra. "Capítulo Introdutorio" p. 19-20.
- 6.- E. Krauze. Op.cit. p.147.
- 7.- "Presentación" en El Hijo Pródigo I. p. (7)-(20).
- 8.- E. Krauze. Op.cit. p.147.
- 9.- Carlos Fuentes llama "tercera etapa cultural mexicana" a la que a su juicio se superpone al proceso cultural que finaliza con el porfiriato y que se caracterizó por la "imitación extralógica", así como al periodo nacionalista que va de las postrimerías del porfiriato a los años 40. "La mascarada de esta década" en Siempre! 3 julio 1963. p.III-VIII.
- 10.- Confrontaciones... p.143.
- 11.- Ibid. p.143-4; además Cfr. Julieta Campos. "¿Realismo mágico o realismo crítico?" en Revista de la Universidad. enero 1961. p. 4-8.
- 12.- Carlos Fuentes. Tiempo mexicano. p.60.
- 13.- Confrontaciones... p.142.
- 14.- Cfr. "Lista de becarios a lo largo de 35 años de actividades" en Pecas. Centro Mexicano de Escritores. A.C. XXXV aniversario. Bases. 1986-7. p.29-33.
- 15.- Además de los nombres vertidos en el cuadro generacional aproximativo procedente de la Revista Mexicana de Literatura, Fuentes añade: Jaime Sabines, Rubén Bonifaz Nuño, Luis Villoro, Pablo González Casanova, Edmundo Flores, Víctor Rico Galán, Enrique González Casanova, Rosario Castellanos, Sergio Galindo,

Jaime García Terrés, Homero Aridjis, Juan Vicente Melo, José Luis Ceceña, Héctor Azar, Héctor Mendoza, Juan José Gurrola, para mencionar sólo a los que han desarrollado su labor a través de la página escrita. Carlos Fuentes. "La mascarada de esta década". p. VI.

- 16.- "Talón de Aquiles" en Revista Mexicana de Literatura. enero-febrero 1956. p.286.
- 17.- Ibid. p. 284-5
- 18.- Geneviève Bonnefoi. "Carta de París. El universo de Samuel Beckett" en Revista Mexicana de Literatura. marzo-abril 1956. p. 396-401. Forma peculiar de una correspondencia que confirma el deseo de tender lazos con el exterior; dicha correspondencia se presentaba como una misiva firmada por su autor y titulada según el lugar de procedencia: Carta de Estados Unidos, Carta de Madrid... Fórmula presente todavía en revistas mexicanas actuales.
- 19.- Kostas Papaionannou. "Marx y la soberanía de la industria". III partes, en Revista Mexicana de Literatura. marzo-abril 1956. p. 356-377; mayo-junio 1956. p.467-485; julio-agosto 1956. p.636-658.
- 20.- El primer volumen consta de seis entregas bimestrales: No.1, septiembre-octubre 1955 a No.6, julio-agosto 1956.
- 21.- Octavio Paz. "El cántaro roto" en Revista Mexicana de Literatura. septiembre-octubre 1955. p.1-5.
- 22.- Cfr. Geneviève Bonnefoi (presentación). "La joven poesía francesa" en Revista Mexicana de Literatura. enero-febrero/marzo-

- abril 1957. p.25. Los poe_tas presentados son coetáneos de Medio Siglo: Yves Bonnefoy, André du Bouchet, Jacques Jacques Charpier, Bernard Collin, Jacques Dupin, Edouard Glissant, Pierre Oster y Kateb Yacine; excepción hecha de Paul Valet (1905) y Aimé Cesaire (1913).
- 23.- "Talón de Aquiles" en Revista Mexicana de Literatura. noviembre-diciembre 1955. p.192.
- 24.- Ibid. p. 193-4.
- 25.- Confrontaciones... p. 149.
- 26.- Cfr. Augusto Monterroso. "Actitudes" en Revista Mexicana de Literatura. mayo-junio 1957. p. 100-2; y Eunice Odio. "Actitudes" en Revista ... julio-agosto 1957. p.70-5. El primero habla, con motivo del asesinato de Castillo Armas, de la libertad y del nacionalismo que los guatemaltecos vivieron durante los mandatos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz, hasta la usurpación patrocinada por los Estados Unidos; la segunda aprovecha la edición de Estirpe sangrienta; los Somoza, de Pedro Joaquín Chamorro, para hablar de los excesos de la dictadura.
- 27.- Cfr. Jesús Silva Michelena. Política y bloques de poder. 5a. ed. México. 1984.
- 28.- C.F., E.C. "Talón de Aquiles. Tercera fuerza y primera posición" en Revista Mexicana de Literatura. marzo-abril 1956. p.419-20. Texto atribuido a los editores: Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo.
- 29.- Ibid. p.421.

- 30.- André Gide. Retour de l'U.R.S.S. p.11.
- 31.- "Nota de la redacción" en Revista Mexicana de Literatura. enero-febrero/marzo-abril 1957. p.170.
- 32.- George Lukacs. "La lucha entre progreso y reacción en la cultura de hoy" en Revista Mexicana de Literatura. enero-febrero/marzo-abril 1957. p. 168-176. Este artículo es el capítulo V de una conferencia que Lukacs dictó en la Academia Política del Partido Proletario Húngaro. La versión mexicana corresponde a Víctor Flores Olea quien tradujo del italiano una versión que a su vez, un editor italiano había traducido del alemán.
- 33.- Confrontaciones... p.152.
- 34.- E. Krauze. "Cuatro estaciones de la cultura mexicana". p.149; y Carlos Fuentes. "Radiografía de una década:1953-1963". p.64.
- 35.- C.Fuentes. "Radiografía de una década:1953-1963". p.65; y Elena Poniatowska. "Carlos Fuentes, ¿Si tuviera cuatro vidas, cuatro vidas serían para tí!" en ¡Ay vida, no me mereces! p.27. Texto cuya primera versión está registrada como prólogo a Cambio de piel, edición de 1979 a cargo de Promociones Editoriales Mexicanas.
- 36.- C.Fuentes. Op.cit. p.56-7.
- 37.- E. Krauze. Op.cit. p.140.
- 38.- C. Fuentes. Op.cit. p.65.
- 39.- Cfr. Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero et al. "Tres interrogaciones sobre el presente y futuro de México" en Cuader-

nos Americanos. enero-febrero 1959. p.44-75.

- 40.- Carlos Fuentes. Op.cit. p.49.
- 41.- Víctor Flores Olea. "Tres interrogaciones sobre..." p.45.
- 42.- C. Fuentes. "La mascarada de esta década". p. III.
- 43.- E.González Pedrero. "Tres interrogaciones sobre...". p.61.
- 44.- C. Fuentes. "Tres interrogaciones sobre...". p.48.
- 45.- V. Flores Olea. Op.cit.p.45.
- 46.- C. Fuentes. Op.cit. p.50.
- 47.- Francisco López Cámara. "Tres interrogaciones sobre...". p.66.
- 48.- C. Fuentes. Op.cit. p.52.
- 49.- C. Fuentes. "La mascarada de esta década". p. VII.
- 50.- V. Flores Olea. Op.cit. p.47.
- 51.- C. Fuentes. "Tres interrogaciones sobre..." . p.53.
- 52.- C. Fuentes. "Radiografía de una década: 1953-1963". p.64.

CAPÍTULO CUARTO

LOS PREPARATIVOS LOGÍSTICOS DE LA PRIMERA BATALLA: CUBA

Cierta distancia crítica en el tiempo permite comprender que los intereses de Carlos Fuentes a partir de 1958 -año inaugural de su ejercicio periodístico definitivo-, formaban parte de un interés de mayores dimensiones, acaso madurado en los años de relativo silencio que precedieron su intenso ejercicio periodístico: la observación atenta de los cambios vertiginosos en la disposición geográfica, política, económica y espiritual de todo el mundo. "Intelectualmente podemos percibir que se integra un nuevo mundo de relaciones económicas, culturales y personales",¹ declaró en una charla pública. Antes había descrito la década que corre desde 1953 como "rica en transformaciones internacionales. Dos hechos la dominaron: el espectro de la guerra termonuclear y la revolución de los países coloniales".² Es verdad que el diagnóstico no es privilegio de Fuentes; sin embargo, el escritor mexicano agregó a este panorama la noción del irremediable exilio histórico de Latinoamérica, cuya causa moderna fundamental atribuyó a la "política imperialista norteamericana".³

Nuevo panorama internacional, Latinoamérica, la "radiografía de los Estados Unidos", se confundieron en un examen que, sin

excluir un peso político evidente, recordaba al intelectual per-
trechado en las páginas de la Revista Mexicana de Literatura.

El reconocimiento de la inmoralidad histórica.

En 1962 Carlos Fuentes llevó a las páginas del suplemento cultural de la revista Siempre!, La Cultura en México, un repaso de la historia de los Estados Unidos; entonces, no sólo publicaba una antología erudita de la conciencia norteamericana, sino también el fundamento de las objeciones de su generación al comportamiento del vecino del norte con respecto al mundo en desarrollo, singularmente el latinoamericano.⁴ Aquellas páginas fueron también el esbozo de una lectura que Fuentes había realizado con fervor a fin de contribuir en una polémica interamericana con ensayos periodísticos editados en diversas publicaciones. Si no cometemos una impostura al indagar el sentido de la selección hecha por Fuentes, puede decirse que el novelista mexicano propuso la imagen de un país que va de la congruencia y la pertinencia, a la estulticia y la soberbia, de la moralidad a la inmoralidad históricas. Luego de haber escogido un sitio en la historia -y con él una filosofía y una moral de la historia- congruente con las condiciones de su desarrollo y consolidación, el pueblo americano persistió, según Fuentes, en una habitación a todas luces inconsecuente.

En las primeras páginas de la antología residen Locke, Smith,

pero también la Declaración de Independencia, T. Paine, A. Hamilton y T. Jefferson, como una reconvencción silenciosa a la conciencia de los norteamericanos. Al año siguiente, en un texto publicado en inglés para su lectura en Estados Unidos y cuyo tono polémico-didáctico oscilaba entre el panfleto y el más alto lirismo oratorio Fuentes habría de hacer explícita su reconvencción: "Ustedes tienen muy mala memoria, ustedes harían bien en recordar su propia revolución del siglo XVIII."⁵

Las páginas intermedias del repaso histórico de los Estados Unidos al que nos referíamos en principio reseñaban el optimismo y la soberbia norteamericanos, el orgullo y la confianza en los valores vernáculos, pretendida causa de su feliz desarrollo en el siglo XIX, todavía exento de encrucijadas y perplejidades: Franklin, Whitman, Emerson... Y en las páginas finales, la aparición de la autocrítica norteamericana, la verdadera simpatía de Carlos Fuentes: H.S. Commager, C.A. Beard, F.S.C. Northrop, historiadores lúcidos y escépticos; J. Dos Passos, A. Kazin, J. Steinbeck, sus modelos en la creación y la crítica literarias no sólo por la madurez técnica sino por el sentido histórico y la vertiente social de sus obras. Y siempre, aquí y allá, los agresores (J.Polk) y los amigos (Lincoln, Roosevelt, C.Wright Mills).

Fuentes reconoció que en el continente americano conviven, desde la fundación de sus porciones principales, dos tiempos con ritmo y razones diferentes, dos tiempos que no pueden ser contemporáneos.

Ustedes fundaron una sociedad que, en su primer momento, fue identificada por la razón histórica de los tiempos (...) Por el contrario, nuestra sociedad fue fundada como el apéndice del declinante orden feudal de la Edad Media (...) Si ustedes vienen de la Reforma, nosotros venimos de la Contrarreforma.⁶

Si en opinión de Puentes, Latinoamérica, luego de la memoria de un encuentro dramático y conflictivo, sólo podía hacer un balance adverso de su herencia hispana, los Estados Unidos habían extraído de las circunstancias de su pasado inglés convicciones absolutas: mundo cerrado en sus propias coordenadas, siempre excluyentes: el pensamiento liberal y protestante de los siglos XVI y XVII,⁷ cuyas implicaciones políticas y económicas apuntan un desencuentro de éstas con el accidentado desarrollo ulterior de los países latinoamericanos y con sus todavía más accidentadas convicciones. El resultado de esa unión fue descrito como una experiencia desastrosa para la mayor parte del continente: la adopción del liberalismo económico en el siglo XIX resumida en el auge henequenero de Yucatán, en el auge azucarero de Cuba. En consecuencia, los críticos de Medio Siglo sólo verían en el liberalismo americano el rostro que lo revelaba como responsable de una condena, la de la deformación estructural de economías que deben conformarse con la actualización de las formas de su dependencia, nunca con su liberación. Ante este rostro exacerbaron su

sensibilidad histórica y la llevaron a notables oraciones cívicas.

Esto es Latinoamérica: un castillo feudal
derruido con una fachada capitalista de
cartón.⁸

Los problemas del siglo XX, proclamaba Fuentes, exigían nuevas soluciones. Lo que en el siglo XIX el novelista caracterizó como la sujeción de Latinoamérica a la órbita de la economía del coloso en ciernes, en el presente siglo se revelaba, en sus páginas, como una imposición escandalosa. Por un lado, un pueblo encerrado en sí mismo, empujado en la práctica nacional de sus bases teóricas y filosóficas del siglo XVII que, según Fuentes, en Europa habían sido reducidas a las vitrinas del museo de las ideologías luego de los asaltos de Kant, Hegel y Marx.⁹ Por otro lado, un continente que seguía sufriendo las consecuencias del fracaso histórico del capitalismo impuesto en su territorio: monocultivo dependiente, persistencia del latifundio, subdesarrollo crónico, estancamiento político, distribución desigual de la riqueza, dependencia del capital foráneo.¹⁰ El subcontinente seguía siendo, para el novelista mexicano, lo que fue desde el principio de su invención: el agregado a una economía feudal. Podemos adelantar que esta misma noción, acentuada por los rasgos particulares de su independencia legal, presidió la lectura que Fuentes y sus amigos hicieron de Cuba: la revolución del año 59 como la reversión de cinco si-

glos de dependencia.¹¹

Carlos Fuentes pensó poseer la solución de los conflictos del mundo moderno y no vaciló en expresarla: los Estados Unidos deberían comprender con serenidad su nuevo sitio en el panorama internacional y obedecer los imperativos de ese sitio, aquellos que provenían de la economía y de la diplomacia. Reconquistar la moral histórica y, con ella, un lugar en la convivencia de las naciones.

Con respecto a los imperativos de la economía, Fuentes señaló que el estado alcanzado por la producción de la riqueza material norteamericana, había engendrado una administración centralista de la misma. Fuentes no objetó este hecho pero denunció la "ceguera y la injusticia" de una tesis propia de comerciantes que, fervientes practicantes de la protección y la planificación económicas en su propio territorio, demandaban a los países "manos fuera de la producción, manos libres para los inversionistas norteamericanos, manos libres para los exportadores norteamericanos de materias primas".¹² Abría, sin duda, la brecha para la enunciación de una de sus preferencias políticas: el New Deal o su propia lectura del New Deal a la luz de los oráculos del materialismo histórico.

En cuanto al orden internacional, el escritor mexicano enunció algunos factores que, a su juicio, habían propiciado "la actual etapa del deshielo" y comprometían a la comunidad internacional en una "coexistencia pacífica". Recuperamos el enunciado original de los factores por revelar un registro asaz personal de los acontecimientos internacionales, así como también sugerir, de modo oblicuo, las obligaciones que según el novelista de Medio Siglo

adquirían los Estados Unidos.

- 1) La imposibilidad de resolver los problemas actuales del mundo con la "guerra caliente" dada la seguridad de que en ella no habría ni vencedores ni vencidos(...)
- 2) La imposibilidad de mantener la guerra fría y con ella la carrera de armamentos, sin propiciar la insurrección universal de los países subdesarrollados, cuyas posibilidades de desarrollo político, económico y social son aplazadas por la guerra fría, en la cual estos países juegan el papel de peones.
- 3) La prueba, proporcionada por la Unión Soviética y China, de que un país atrasado puede industrializarse rápida y efectivamente sin ayuda exterior o inversión de capitales extranjeros.
- 4) La decisión de los países subdesarrollados de llevar a cabo una política económica de beneficio colectivo, liberándose de la deformación colonial(...)¹³

Carlos Fuentes encontró la prueba de sus apreciaciones en la política que ensayó Franklin D. Roosevelt, pero también en la coincidencia del mandato de Roosevelt con el de Lázaro Cárdenas; en la aceptación generalizada de los efectos correctivos de la gestión del Estado en la economía, así como en la sanción definitiva que la Gran Guerra hizo de esa gestión administrativa. Fuentes presintió la convivencia entre el Tiempo mexicano y el norteamericano; sin demora, procedió a defender su presentimiento.

Una nueva etapa en la conciencia del pueblo norteamericano avalada por el Nuevo Trato, eliminaba su inocencia y su optimismo. El evangelio de la templanza y el trabajo descrito por el historiador de la Universidad de Columbia y de Nueva York, Henry Steel Commager,¹⁴ era sustituido por la revolución amarga de los ángeles negros de la literatura reseñados por Alfred Kazin, editor de The New Republic en los años en que escribe el libro que Fuentes compartiría con sus lectores de La Cultura en México (On native grounds): S. Fitzgerald, J. Dos Passos y E. Hemingway.¹⁵

El último reducto del optimismo norteamericano puede situarse en el alba de la primera sociedad de consumo masivo en 1920, ratificado por la elección presidencial de Warren Harding -tácito rechazo al ensayo liberal de Woodrow Wilson-, y sostenido a lo largo de toda esa década a pesar del crecimiento subterráneo de los deudos del despegue industrial y de la batalla por el alcohol. A partir de 1929 la tragedia, y, con ella, el afianzamiento de la reforma.

La tesis de Roosevelt -escribió Fuentes- era que el imperio absoluto de laissez faire conducía a la inestabilidad y a la depresión crónica. De allí la necesidad de limitarlo mediante la acción gubernamental a efecto de op tener un clima general de equilibrio, y de so meter la iniciativa privada al interés público. El gobierno de Roosevelt, invocando el principio federal, extendió la autoridad federal a zonas inéditas de la economía y la sociedad.¹⁶

Fuentes, en sus páginas periódicas, apostó por la coincidencia de sus propias convicciones con las de Roosevelt. Según su apuesta, el mandatario norteamericano conocería el deceso irreversible de Locke y Smith en el siglo XIX y, por consecuencia, sabría "que el obligado papel directivo que los Estados Unidos habrían de desempeñar requería de una nueva inteligencia crítica, susceptible de entender a los demás pueblos y de hacerse entender de ellos. Sabía (Roosevelt) que para más de dos mil millones de hombres el libre juego de la acción económica individual era una frase vacía de sentido. Sabía que para los pueblos carentes de riqueza la protección de la propiedad privada era una abstracción injusta".¹⁷

El eje del "balance aproximado" que en 1960 Carlos Fuentes hizo del New Deal fue, no podía ser otro, la proclamación de que los Estados Unidos al fin admitían "que las funciones del Estado no eran intrínsecamente perversas".¹⁸

De los primeros "cien días" que siguieron a la toma de posesión de Franklin D. Roosevelt el 4 de marzo de 1933, hasta el ejercicio de una economía de guerra fundada en la centralización y la planificación estatales, pasando por la reelección del año 36 caracterizada por una apertura conflictiva en que el presidente optó por el enfrentamiento con los empresarios,¹⁹ Fuentes sólo vio "el fracaso del Partido Republicano, de su filosofía", el auge del sindicalismo y la recuperación de la economía norteamericana gracias a la intervención estatal a través de varios organismos gubernamentales, el respeto irrestricto y el "esfuerzo racional" de par

te de la administración Roosevelt para comprender "una visión política y moral diversa" -la defendida por Cárdenas (los intereses de la colectividad sobre los individuales sean nacionales o extranjeros)- y sancionada por la expropiación petrolera. No vio, no podía ver, las inconsistencias del programa de Roosevelt, las contradicciones de la sociedad norteamericana ante la nueva política, y tampoco matizó los logros: sobreestimó la velocidad de la recuperación económica y la prevalencia del movimiento obrero, además de otorgar poca atención a la negociación y a los intereses mutuos que tan importante papel jugaron en las relaciones Cárdenas-Roosevelt.²⁰ El efecto más perdurable del New Deal, según un historiador no precisamente conservador, ni siquiera mereció una mención por parte de Fuentes; su silencio es significativo pues muestra sus obligaciones políticas surgentes a despecho de soslayar una perversión que bien puede afectar, y de hecho así ha sido, la transparente gestión democrática:

A partir del New Deal, el gobierno federal se dispuso a hacer las cosas por sí mismo; para ello tuvo que reducir el poder relativo de los Estados y de los empresarios. El presidente y su recién creado gabinete sustituyeron al Congreso como principal fuente legislativa.²¹

Poco sensible a la sutil negociación política pero interesado en las banderas ideológicas, Fuentes parece no haber reconocido que la razón superior de la cooperación norteamericana era la

de un entendimiento panamericano ante la guerra inminente; la edificación de una zona de mutua seguridad, antesala de las órbitas de influencia que la posguerra no hará sino formalizar. Interpretó los motivos del New Deal con toda la buena fe que le faltó al juzgar a Woodrow Wilson, de quien no pudo apartar la sospecha de una espiritualidad apócrifa a la luz de su difícil convivencia con Carranza.²² Las razones de esa buena disposición quizá hayan sido, por un lado, su confianza en las bondades del Estado como administrador y las preferencias ideológicas que asignaba a esa actividad, y que Roosevelt pareció asumir en los momentos más álgidos de su permanencia en la Casa Blanca; por otro lado, su compromiso nacionalista proclive a la dureza, al orgullo y la susceptibilidad, identificado con Lázaro Cárdenas quien, al entenderse con los Estados Unidos, cimentaba su conversión al bronce histórico.

Las bases del posible diálogo de Fuentes con los Estados Unidos no asumieron nunca, a nuestro juicio, "el esfuerzo racional" para comprender "una política y moral diversas", y se ocuparon de supuestos económicos cuya proyección, en términos ideológicos, resultó imprecisa. La planificación y la centralización económicas del Estado, sin desaparecer durante la Segunda Guerra Mundial, no impidieron y acaso alentaron decisivamente, los rasgos sociales que hicieron posible la presidencia de Harry S. Truman.

Sin el argumento de la gestión económica del Estado y de las implicaciones económicas del mismo, e inhabilitado para llevar el diálogo a otro sitio -cuando se opuso tan efusivamente a Tannenbaum, Fuentes, especie de Carranza redivivo, había cerrado cualquier puerta para entenderse con hombres de "una política y moral diver^{sas}"-, el camino de la censura radical estaba abierto.

Fuentes acusó a los "herederos de Roosevelt" de traidores²³ del mismo modo que en nuestro país se apostrofa a los "herederos de Cárdenas". Insistimos en que la coincidencia de estas afirmaciones sirve más para el pronunciamiento político que para la comprensión histórica. Fuentes hizo explícita la cómoda comparación al escribir que para la reafirmación definitiva del mutuo respeto se requ^{er}ía "en los Estados Unidos, un desarrollo de la política del Nuevo Trato y, en México, un desarrollo parejo de la política de la Revolución".²⁴ El dictamen suponía la exclusión de algunas sutilezas históricas: el valor pragmático del Nuevo Trato y las difíciles re^laciones México-Estados Unidos desde el inicio de la Revolución Mexicana como parte del expediente, así sea sólo legal, de la construcción y reconocimiento del mutuo respeto. La exclusión, insis^timos, si intelectualmente es dañina, políticamente no sólo es b^enéfica, sino necesaria.

Fuentes hubiera querido ver la prolongación del New Deal; éste, sin embargo, era insostenible por los intereses que lo habían pro^piciado. Nacido de los imperativos económicos y político, moría con su trasmutación. Lamentamos que con él haya muerto el capítulo ide^o

lógico más noble del gobierno de los Estados Unidos en este siglo. Así que si Fuentes juzga perplejo la sustitución del New Deal " por una actitud negativa e hipnótica: el papel mundial de los Estados Unidos consiste en detener a la Unión Soviética, en cercarla internacionalmente, y en perseguir en lo interno, a los liberales"²⁵ su juicio cobra pertinencia y se libera de los reproches que nos vemos tentados a hacerle con respecto a la era liberal de Wilson y a su lectura hecha por Tannenbaum. En sentidos opuestos, la posguerra aceleró en los Estados Unidos y en sus opositores, la radicalización y, con ella, el desencuentro absoluto.

En lo sucesivo, la política norteamericana será para Fuentes la afirmación de la inmoralidad histórica y Truman, el responsable de la resurrección (¿resurrección?) de las bases teóricas del país.

El espíritu protestante, al ser exportado, se convirtió en el maniqueísmo de John Foster Dulles, de acuerdo con el cual la tajante opción de nuestra época se cifre a escoger entre el bien encarnado y absoluto -Occidente- y el mal encarnado y absoluto -el comunismo. La filosofía lockiana, al ser exportada se convirtió en presión diplomática para la protección privada de los ciudadanos norteamericanos, por encima del interés nacional del país en el que aquellos invirtiesen (...) El laissez faire económico, al ser exportado,

se convirtió en dominio de las economías subdesarrolladas (...).²⁶

Fuentes trazó el esquema de dominio de la economía en expansión frente a Latinoamérica. Consideró la convivencia americana como un vulgar trueque de intereses: justificado por la supuesta amenaza comunista, Estados Unidos proveía de sustento político, militar a dictaduras que a su vez aseguraban un clima conveniente para sus inversiones. El esquema social, decía Fuentes, seguía siendo el mismo en Latinoamérica: beneficios económicos para una minoría privilegiada -"clase criolla oligárquica"- donde residían, en pretendida armonía, militares, gobernantes, empresarios... en oposición a "una precaria clase media colindante con el escaso proletariado urbano y una incipiente burguesía dedicada a actividades marginales". Supervivencia del orden semifeudal.²⁷ Consideración sencilla, contundente, fascinada por la tragedia y lejos de las sutilezas de la pieza dramática: la política, antes que la historia era su terreno natural. El camino de palabras que conduciría a Cuba estaba en su última fase: dos contrincantes políticos en la misma tierra, un vecino parcial e intervencionista, un agravio y un orgullo. El movimiento era, en opinión de Fuentes, inminente: de la "alianza democrática" de clases que mediante compromisos derribaron a los dictadores de Argentina, Colombia, Venezuela, Guatemala y Nicaragua, habría de seguir la organización rápida y efectiva de las fuerzas sociales reprimidas. "Se abría la

puerta a mayores transformaciones".²⁸ Cuba era la prueba definitiva del proceso que rebasaría al movimiento de la burguesía y de la clase media por la liberación absoluta de Latinoamérica; Cuba, geografía de la crisis latinoamericana que comprometía a los Estados Unidos con el continente y con el mundo; la encrucijada latinoamericana, a la luz de Cuba, de la Alianza para el progreso, de Bahía de Cochinos y de Punta del Este, para Fuentes, no tenía otra salida que la Revolución social. Así lo escribió para los norteamericanos en una intensa apología de la violencia:

Revolución? Sí, porque como México y Cuba lo han demostrado, sólo la Revolución y no las aspirinas ni los buenos deseos, pueden destruir el feudalismo(...)

Revolución? Sí, porque como México y Cuba lo han demostrado, sólo la revolución puede producir cambios estructurales(...)

Sangre? Sí, el atraso histórico es pagado con sangre. La injusticia es pagada con sangre. Recuerden a Jefferson. De Espartaco a Fidel Castro, pasando por la Revolución Protestante, Inglesa, Francesa, Americana, Mexicana y Rusa, todas las revoluciones han sido llevadas al cabo por la violencia.²⁹

En estas palabras, cuyos recursos expresivos hacen recordar las célebres páginas que C. Wright Mills dedicó a Cuba,³⁰ habitaba, creemos, una clara conciencia del ejercicio periodístico, un conocimiento cabal de sus estrategias políticas y propagandísticas

por parte no sólo de Fuentes sino también de quienes junto a él convirtieron la isla caribeña en el cantuario tropical de sus de vociones políticas.

Cuba dio la posibilidad de la reunión al grupo de Carlos Fuentes. Tierra prometida de su utopía política, la misma que ha bían vislumbrado con paciencia y denuedo desde las aulas de la Facultad de Derecho, desde sus primeros esfuerzos culturales com partidos; la misma que se anunciaba desde su desencuentro con Frank Tannenbaum, desde su "radiografía de los Estados Unidos" y su diagnóstico en torno al designio feudal de América Latina; desde que pergeñaron su reclamo a la Revolución Mexicana institu cionalizada. Cuba: el texto que ratificó el rostro que habían la brado para sí mismos.

La corrección periodística

La conciencia periodística del grupo se articuló alrededor de un par de preocupaciones. La primera: desmentir la campaña adversa a la Cuba revolucionaria orquestada por la prensa de los Estados Unidos; la segunda, difundir los rasgos del "verdadero rostro" de la revolución triunfante.

En cuanto a la primera preocupación, no existe, virtualmente, un solo trabajo periodístico del grupo que no comience con un desmentido energético a la prensa industrial norteamericana. Infor

mación veraz era, entonces, un modo más de la solidaridad, una contribución al promisorio futuro de Cuba. Con referencias de este tipo, los autores, en realidad, preparaban el espacio crítico para la lectura de sus propios informes. La puntualización más reiterada en este sentido es la de Fernando Benítez, tutor editorial del grupo; la de Enrique González Pedrero, la más clara y rotunda. Este último advirtió al auditorio universitario de una de sus conferencias, que escribía en torno a Cuba "aguijoneado por una doble obligación que surgió al presenciar la insidiosa campaña antirrevolucionaria que, en nuestro país intereses ajenos a lo nuestro hicieron prosperar en algunas fuentes de información, con la consiguiente desorientación de la opinión pública(...) Cumpro pues, con mi país, al informar desde nuestra universidad lo que ocurrió en Cuba y, con Cuba, al explicar con la mayor objetividad posible lo que allí aconteció".³¹

La insistente mención de las calumnias de Estados Unidos en el trabajo periodístico de Fernando Benítez puede comprenderse por la razón que posibilitó uno de sus viajes a la isla: una convocatoria de Fidel Castro a 44 periodistas de todo el mundo a fin de atajar la conjura de la prensa norteamericana; conjura que Benítez asoció a la que sufriera el México revolucionario y luego, el cardenista.³² La solidaridad no tenía límites.

Ya el quince de enero de 1959 la prensa del continente y sus poderosas agencias de noticias estaban empeñadas en oscurecer los hechos y el significado de una revolución heroica.³³

Benítez aceptó la visita guiada y la glosó con devoción. No fue el único: a lo largo de la década de los sesenta tuvo lugar una procesión a Cuba por parte de los protagonistas intelectuales de las preferencias ideológicas y geopolíticas de la época; a su regreso, los peregrinos revelaban, más que la imagen de Cuba, un programa político o una profesión de fe. En México hemos leído frecuentemente el informe de Paul Baran cuyas páginas descienden de la misma experiencia.³⁴ Juan José Arreola declaró, en mitad de la isla, haber seguido atentamente los acontecimientos de la Revolución Cubana a través de "los buenos reportajes, los buenos informes" y, luego de relatar su conocimiento de las visitas a Cuba de sus amigos mexicanos, dijo: "Yo me sentía realmente acomplejado frente a ellos porque no había estado aquí".³⁵ A pesar de la espera y los complejos, Arreola pisó La Habana.

Para regresar a Fernando Benítez hay que decir que en sus servicios periodísticos a la revolución de Cuba se confundieron la solidaridad latinoamericana, la crítica contra los Estados Unidos, la afirmación ideológica personal y comunitaria, el ánimo aclaratorio, el compromiso propagandístico y la voluntad estética. En todo caso, los amigos de Carlos Fuentes tuvieron la conciencia de estar ejerciendo un periodismo asistido por los atributos de la razón y de la honradez, extraño -aseguraron, fieles al ánimo fáustico que los poseyó- en el contexto nacional e internacional de la época. El periodismo que practicaban era, lo dijo el propio Fuentes, un capítulo más de la renovación cultural que encabezaban.³⁶ El novelista insistió en sus obligacio

nes políticas:

El sentido de una prensa libre, viva y diversificada en México sería el de dar voz a la voluntad ascendente del pueblo y a la voluntad descendente del Estado: este diálogo no existe en nuestro país por culpa de la "gran prensa", que sólo da voz a los intereses minoritarios.³⁷

En la corrección del sentido público del ejercicio periodístico, Carlos Fuentes veía un signo de salud en la sociedad mexicana, la condición de una renovación política urgente. Fernando Benítez, por su parte, completó el dictamen al insistir en las responsabilidades morales del periodismo.³⁸

La idea de un periodismo maduro examinada a la luz de la Revolución Cubana y del debate en torno al futuro de América Latina, no fue extraña en algunos sectores de los Estados Unidos. Carlos Fuentes adujo que una de las lecciones de Cuba a todo el continente consistió en la recomendación de una amistad necesaria con los "núcleos de opinión democrática" en el vecino del norte. Lo que en el novelista mexicano era el deseo de una solidaridad internacional, una mirada atenta y una reconversión sutil al corazón del imperio; en los periodistas americanos fue la fidelidad pública a su conciencia liberal y democrática.

El periodista de The New York Times, Herbert Matthews, cuya entrevista con Fidel Castro en la Sierra Maestra desmintió el pri

mero de varios rumores sobre la muerte del insurgente apenas comenzada la campaña militar, lamentó que el periodismo norteamericano estuviera dedicado a crear tensiones y antagonismos entre los Estados Unidos y Cuba, al grado de presionar a los órganos del poder norteamericano a ejercer violencia contra la isla. Su diagnóstico fue certero: en vez de cumplir con su mandato central, el de ensayar el marco de comprensión del fenómeno histórico, el periodismo estadounidense estuvo sometido a la histeria, al odio y a la intolerancia nacionales.³⁹ Su perfil periodístico es exigente:

Un periodista debe haber tenido un conocimiento de Cuba y de su pueblo, alguna noción de la historia cubana, especialmente de la historia reciente de la dictadura de Batista, un conocimiento del idioma español, alguna idea de América Latina como conjunto (esto fue lo más difícil de todo) y una comprensión de lo que realmente es el comunismo y del mecanismo de una revolución social.⁴⁰

C. Wright Mills inscribió el mismo deber de la prensa en la lista de compromisos morales e históricos que su nación debía con traer con la isla amenazada, según su entendimiento: inteligencia, respeto, mesura intelectual, en vez de actitudes provincianas y estultas.⁴¹ Además, el sentido de todo su libro Escucha, Yanqui está orientado a asegurar que el pueblo norteamericano escuche, sin las distorsiones interesadas de los grandes poderes, la voz

del pueblo cubano -si hemos de creer incondicionalmente las palabras preliminares del autor. En todo caso, podemos aventurar que si Wright Mills no fue tan fiel amanuense fue, al menos, un opositor decidido de los amanuenses del poder norteamericano.

Sin proclamar como sus colegas un programa de justicia y honradez periodísticas, Carleton Beals prefirió asumirlo con el trabajo desarrollado a su paso por Cuba en pleno triunfo de la Revolución. Ni gestor ético del periodismo ni amanuense; mejor: corresponsal para The Nation que reseña los acontecimientos en el mismo papel que los analiza, autor de páginas maduras por su sobriedad y por la ausencia, en ellas, de propósitos personales de redención nacional. Además conoció la serenidad de la inteligencia: lo mismo reprueba el apoyo norteamericano a Batista, que la falta de consenso obrero en la Revolución y el protagonismo de Fidel Castro más allá de las investiduras institucionales.⁴² En este mismo sentido, es notable la visión crítica de H. Matthews sobre las convicciones de Castro y sus allegados, cercanas a una intolerancia que bien supo observar y explicar el periodista norteamericano.⁴³

Hasta aquí la noticia del impulso de una generación de periodistas por oponerse a la mentira de los intereses económicos. En lo que sigue, su actitud complementaria: la descripción del triunfo de la Revolución Cubana.

El preludio de la tormenta.

Carlos Fuentes saludó a la Revolución Cubana en el momento mismo del florecimiento plomizo del mítin de los machetes:

El primero de enero de 1959 triunfaba en Cuba una auténtica Revolución, que asumía y llevaba a la práctica el programa común de las fuerzas democráticas latinoamericanas. Allí caen por tierra los mitos de nuestra historia independiente (...) Allí se demuestra que la Revolución puede ser una realidad en América.⁴⁴

Con la misma urgencia, Jaime García Terrés recorría las calles de La Habana, fatigaba sus habitantes y sus paisajes, anotaba veloz y elegantemente el Diario de un escritor en La Habana que encabezaría, tan temprano como el mes de marzo de 1959, el número especial consagrado a Cuba de la revista que a la sazón dirigía en México, la Revista de la Universidad. Fernando Benítez, por su parte, regresó con los ojos literalmente encandilados por la luz habanera para llenar las páginas de su espacio en la revista Política con el nombre de Cuba y prefigurar un ensayo y un reportaje publicado hasta 1961 (La batalla de Cuba),⁴⁵ junto a otras páginas no menos ferrosas, escritas por otro compañero de viaje: Enrique González Pedrero (Fisonomía de Cuba);⁴⁶ este último había comenzado a divulgar sus notas desde febrero de 1959 en un lugar significativo tanto por su posterior suerte profesional como por la forma definiti

va que alcanzaron aquellas páginas para sus lectores: la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.⁴⁷ Todos, además, ingresaron a una de las salas de redacción decisivas para la época: Casa de las Américas.⁴⁸

Las lecciones del triunfo de la revolución Cubana para América Latina, según Fuentes las enunció junto a su efusivo saludo revolucionario, trajeron a la mesa de discusiones el trazo teórico con que el novelista había caracterizado la vida latinoamericana frente a los Estados Unidos. Ahora, sin embargo, la referencia quiso ser, en vez de una lista de infortunios abordados desde el punto de vista de quien promueve movimientos de liberación nacional de improbable éxito, una relación de triunfos que, por su realidad en Cuba, eran posibles en todo el subcontinente. El canto de Cuba entonado por Fuentes no era sólo su apoyo y su defensa: era la invitación a entonarlo de acuerdo a las notas inaugurales de un nuevo ciclo histórico que el novelista se había encargado de fijar: la revolución no sólo es posible sino necesaria contra los ejércitos de casta, nunca en acuerdo con ellos; el programa de Cuba, es el de toda América Latina: el mismo por largos años soterrado; una revolución latinoamericana inteligente debe apelar a la razón de los sectores democráticos de los Estados Unidos; el trato equitativo entre Latinoamérica y la nación americana es posible.⁴⁹ Si Carlos Fuentes había enumerado los pormenores del infortunio histórico, ahora, línea por línea, enunciaba la reversión de cada uno de aquellos pormenores. Y con la reversión, la apertura de una nueva geografía histórica cuyo primer puerto era Cuba, pero

que, fatalmente, sería toda América Latina. A la certidumbre de Fuentes de una revolución continental ineluctable, acompañaron otras certidumbres del mismo cuño nacidas en los Estados Unidos. Algunos nombres: Paul Sweezy, Leo Huberman,⁵⁰ C. Wright Mills.⁵¹ En este convencimiento, fruto de una lectura de Latinoamérica a la luz del materialismo histórico, quizá deba situarse una de las razones fundamentales del reclamo de los "sectores democráticos" de los Estados Unidos a fin de evitar un baño de sangre en un proceso que, ellos aseguraban, era inevitable.

Junto a Fuentes, sus amigos abordaron, cada uno según sus preferencias profesionales, aspectos particulares de las lecciones cubanas del proceso revolucionario. Enrique González Pedrero, interesado en la historia y la economía cubanas, desarrolló graves adquisiciones teóricas que partían de la relación dialéctica de la conciencia de Hegel, la antinomia de la riqueza y de la pobreza de Marx, para arribar, no sin el vértigo que debió producir en el sociólogo mexicano la contemplación del cumplimiento de las profecías de los filósofos alemanes, a los postulados de la planificación económica del Estado según las ideas de los doctores Felipe Pazos y Regino Boti, profesores de la Universidad de Oriente y militantes del Movimiento 26 de julio.⁵² En el extremo opuesto a esta actitud, Fernando Benítez tomó notas, hizo apuntes del espectáculo revolucionario en varios escenarios, porque ante sus ojos, la Revolución Cubana fue un espectáculo coral encabezado por el carisma de Fidel Castro: los ministerios abiertos hasta la madru-

gada, las flamantes cooperativas agrícolas, las ceremonias públicas de entrega de tierras, los mítines y los juicios públicos, la pantalla de televisión...⁵³

El entusiasmo de estos espectadores políticos conoció tropiezos. Uno de ellos involucró a todo el grupo así como a varios allegados que no pertenecieron estrictamente a la misma promoción generacional y filiación grupal; más que unos pocos nombres, el incidente afectó un espacio emblemático de las preferencias políticas e ideológicas del grupo que nos interesa; por otro lado, concluyó una etapa del proceso cultural y precipitó otra de mayor combatividad, más comprometida con las manchas de tinta del papel periódico y las primeras planas cotidianas.

El 10 de diciembre de 1961, Novedades notificó públicamente a Fernando Benítez, director del suplemento cultural del diario desde hacía casi 13 años, una "despedida cariñosa". La revista Política -otra escala del grupo- respondió de inmediato al hecho responsabilizando del despido al conjunto alemanista que dirigía el periódico, particularmente a Miguel Alemán y a su "edecán", el director a la sazón de Novedades, Ramón Beteta, quienes, según los editores de Política, no podían tolerar un desacuerdo con sus intereses pronorteamericanos en sus propios dominios.⁵⁴ Siempre!, otro refugio cotidiano del grupo, respondió con un acto todavía más elocuente: ofreció sus páginas al casi medio centenar de colaboradores de planta del suplemento que habían renunciado luego del despido de Benítez, solidariamente. La agresión los configuraba en su ruta crítica.

Un incidente parecido que implicó a un menor número de personas, pero que demostró hasta dónde la actuación política de medio Siglo había tenido repercusiones, afectó, no por casualidad, a su vocero más persistente: Carlos Fuentes.

Invitado por la National Broadcasting Corporation al territorio de los Estados Unidos con el objeto de sostener un debate frente a las cámaras de televisión con el Secretario Adjunto de Estado para Asuntos Latinoamericanos, Richard Goodwin, sobre el tema "¿Cómo alcanzar el progreso de América Latina?", Fuentes no pudo asistir a la promesa del benéfico intercambio público de ideas, ya que la Embajada de los Estados Unidos en México le negó la visa.⁵⁵ El debate fallido, en honor a la verdad y por el recuerdo del affaire Santiago de Chile,⁵⁶ no hubiera sido tan generoso para la razón, aunque sí una magnífica oportunidad para medir fuerzas y habilidades públicas. Sin perder tiempo, Fuentes, ratificó, públicamente, su disposición al debate, así fuera periodístico, al mismo tiempo que un esfuerzo por parte de los amigos de Cuba en el vecino del norte, intentaba colocar en alguna de las revistas americanas de alta circulación un texto redactado por el novelista y así, abrir el debate.⁵⁷ Fuentes se quedó con las ganas: ninguna iniciativa prosperó.

El acontecimiento fortaleció la presencia y la voluntad de quienes, como Fuentes, defendían el proceso revolucionario de Cuba y su ampliación a Latinoamérica; entre ellos, algunos norteamericanos sin una simpatía incondicional por el régimen cubano, defendieron el derecho de expresión de Carlos Fuentes y censuraron

la actitud irracional de su propio gobierno;⁵⁹ estos hombres -Tan nembraum entre ellos⁵⁹ demostraron la sobrevivencia, así fuera marginal, del expediente liberal en la vida pública estadounidense. Su actitud, como la de la mayoría de los amigos norteamericanos de la Revolución Cubana es admirable por honrada, independiente e inteligente: el arsenal más noble de los valores propiamente norteamericanos, cualquiera que sea el registro de sus inclinaciones políticas. Los atentados contra la expresión de las simpatías por Cuba, también se cebaron sobre estos últimos hombres. Una vez más, el escogido no fue casual: C. Wright Mills, el autor de una "formidable advertencia a su propio país", según González Pedrero, traductor de esa misma advertencia: Escucha, Yanqui. Igualmente, aunque con matices sensiblemente distintos, Wright Mills contó con enérgicos defensores en nuestro país que salieron al paso de las calumnias.⁶⁰

El brazo político de Medio Siglo, más afianzado en su ejercicio periodístico por estas agresiones, se dispuso a intensificarlo. Los amigos norteamericanos de Cuba y los de la expresión de América Latina, así no sean, estos últimos, reconocidos por los protagonistas de este estudio, continuarían como una cuña en la conciencia pública de los Estados Unidos de América. La tormenta estaba en curso.

NOTAS

- 1.- Carlos Fuentes en Confrontaciones. Los narradores ante el público. p. 152-3. (Cfr. nota 3 capítulo 3)
- 2.- C. Fuentes. "La mascarada de esta década" en La Cultura en México de Siempre! 3 julio 1963. p. VII.
- 3.- C. Fuentes en Confrontaciones... p.153.
- 4.- "Los Estados Unidos vistos por los norteamericanos" en La Cultura en México de Siempre! 4 julio 1962. p. III-XXXII. Selección a cargo de Carlos Fuentes.
- 5.- C. Fuentes. "The argument of Latin America: words for the north americans" en Whiter, Latin America? p. 19.
- 6.- Ibid. p. 10.
- 7.- C. Fuentes. "Estados Unidos: notas para un análisis" en Ciencias Políticas y Sociales. abril-junio 1960. p. 255-6.
- 8.- C. Fuentes. "The argument of..." p. 12.
- 9.- C. Fuentes. "América Latina y Estados Unidos" en Revista de la Universidad. marzo 1959. p. 13.
- 10.- C. Fuentes. "The argument of..." p. 12-3.
- 11.- Cfr. Enrique González Pedrero. Historia de Cuba. 1960. Particularmente el capítulo 2, "Breve noticia histórica".

- 12.- C. Fuentes. "Estados Unidos: notas..." p.266.
- 13.- Ibid. p. 266-7.
- 14.- H. S. Commager. "El norteamericano del siglo XIX, una caracterización" en La Cultura en México de Siempre! 4 julio 1962. p. XV-XVI.
- 15.- A. Kazin. "La revolución literaria, el fin de la inocencia y el optimismo" en La Cultura en México de Siempre! 4 julio 1962. p. XXII- XXIII.
- 16.- C. Fuentes. Op.cit. p. 261.
- 17.- C. Fuentes. "América Latina y Estados Unidos". p. 13.
- 18.- C. Fuentes. "Estados Unidos: notas..." p. 260.
- 19.- Dudley Baines. "Los Estados Unidos entre las dos guerras, 1919-1941" en Los Estados Unidos de América. p. 305-320.
- 20.- Ibid. p. 320-3. Además: C. Fuentes. "América Latina y Estados Unidos" p. 13.
- 21.- D. Baines. Op.cit. p. 323.
- 22.- Cfr. F.Tannembaum. "México: La lucha por la paz y por el pan" en Problemas Agrícolas e Industriales de México. octubre-diciembre 1951. Particularmente el capítulo XIV "El yunque de la política norteamericana". p.135-154.
- 23.- C. Fuentes. "América Latina y Estados Unidos". p.13. Citaremos en adelante este documento bajo la salvedad de que existen páginas similares en "Estados Unidos: notas..." p.262-4.

- 24.- Ibid. p. 12.
- 25.- Ibid. p. 13.
- 26.- Id.
- 27.- Ibid. p. 14.
- 28.- Id.
- 29.- C. Fuentes. "The argument of...". p.18.
- 30.- C. Wright Mills. Escucha, Yanqui. La Revolución Cubana. 1961.
- 31.- Enrique González Pedrero. La Revolución Cubana. 1959. p.9-10.
- 32.- Fernando Benítez. La batalla de Cuba. p. 11.
- 33.- Id.
- 34.- Paul Baran. Reflexiones sobre la Revolución Cubana. s/f.
- 35.- Juan José Arreola. "Por qué estoy con Cuba" en Política. 15 marzo 1961. p. 34.
- 36.- C. Fuentes. "La mascarada de esta década". p. IV y V.
- 37.- C. Fuentes. "¿Existe libertad de prensa en México?" en La Cultura en México de Siempre! 20 junio 1962. p. VI.
- 38.- F. Benítez. "La libertad de prensa no es la libertad de venderse al mejor postor" en Política. 1 junio 1960. p. 16-20.
- 39.- Herbert Matthews. The cuban story. p. 283.

- 40.- Ibid. p.286-7.
- 41.- C. Wright Mills. Op.cit. p.17 y ss., 12,13,209.
- 42.- Carleton Beals. "Revolución sin generales" en Revista de la Universidad. marzo 1959. p. 23. Traducción del original aparecido en The Nation. 17 enero 1959.
- 43.- H. Matthews. Op.cit. p. 285-6.
- 44.- C. Fuentes. "América Latina y Estados Unidos". p. 14
- 45.- Cfr. Jaime García Terrés. "Diario de un escritor en La Habana" en Revista de la Universidad. marzo 1959. p.3-8; y Fernando Benítez. La batalla de Cuba. México. 1960, obra de la cual se conocieron algunos avances en la revista Política.
- 46.- Enrique González Pedrero. Fisonomía de Cuba. 1960. Sigue a La batalla de Cuba de F. Benítez en la edición de Era.
- 47.- La Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales editó en 1959 las tres conferencias que E. González Pedrero dictó en el mismo recinto universitario, bajo el título La Revolución Cubana.
- 48.- Al menos tres integrantes del grupo escribieron para Casa de las Américas en los comienzos de la Revolución: Jaime García Terrés publicó en el número de enero-febrero de 1961 "Notas para un programa de renovación política", p. 58-62; Carlos Fuentes, en el mismo volumen publicó "Radiografía de los Estados Unidos", p. 41-51; textos ambos editados con anterioridad en revistas mexicanas. Enrique González Pedrero entregó a la imprenta cubana "Subdesarrollo y revolución", agosto-septiembre 1960, p. 49-54.

- 49.- C. Fuentes. "América Latina y Estados Unidos". p. 11.
- 50.- Cfr. prólogo a cargo de P. Sweezy y L. Huberman a C. Fuentes, P. Johnson et al. Whiter, Latin America? p. 7-8.
- 51.- C. Wright Mills. Op.cit. p. 9 y 35.
- 52.- E. González Pedrero. "La situación económica de Cuba" en Revista de la Universidad. marzo 1959. p.9-11; y "Subdesarrollo y revolución". p. 49.
- 53.- F. Benítez. La batalla de Cuba. 1960.
- 54.- "Purga en Novedades" en Política. 15 diciembre 1961; y "Fernando Benítez y 'México en la Cultura'" en Política. 1 enero 1962. segunda de forros.
- 55.- C. Fuentes. "Carta abierta a Richard Goodwin, subsecretario de EU" en Siempre! 18 abril 1962. p. 6-7.
- 56.- Cfr. supra. capítulo 2, p. 73- 79.
- 57.- C. Fuentes. Op.cit.p.7; además de la noticia bibliográfica que antecede su "The argument of...". p. 9.
- 58.- Richard W. Weatherhead. "Carta abierta al New York Times" en Siempre! 9 mayo 1962. p. 9 y 70.
- 59.- F. Tannembaum. "Tannembaum, en defensa de Carlos Fuentes. Bofetada a un pueblo" en Siempre! 16 mayo 1962. p.5.
- 60.- C. Fuentes et al. "Réplica a Jules Dubois, el calumniador de Cuba" en Política. 15 enero 1961. p. 17.

BIBLIOHEMEROGRAFIA BASICA

Adams, Willi Paul. Los Estados Unidos de América. 15a ed. México. Editorial Siglo XXI. 1989. Historia Universal Siglo XXI. Vol. 30.

Aguilar, Blanca. "El Imparcial: su oficio y su negocio" en Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales Núm. 109. México. UNAM. FCPyS. Año XXVIII. Nueva Época. julio-septiembre 1982. p.77-101.

Andrews, Jack. "Siempre! y Fuentes" en Siempre! Núm. 463. 9 mayo 1962. p.5.

Arnáiz y Freg, Arturo. "Un ensayo sobre la Revolución Mexicana" en Cuadernos Americanos. México. Año V. Vol. XXVII. Núm. 2. marzo-abril 1946. p.83-86.

Arreola, Juan José. "Por qué estoy con Cuba" en Política. Vol. 1. Núm. 22 15 marzo 1961. p.34-35.

Así fue la Revolución Mexicana. Tomo 8 Los Protagonistas (n,z). México. Senado de la República y SEP. 1986.

Azuela, Salvador. "Ciudadanía y fraude electoral: los errores de la Revolución oficial" en El Universal. 18 septiembre 1946. p.3 y 18.

Bachelard, Gaston. La formación del espíritu científico. 13a ed. México. Editorial Siglo XXI. 1985.

Baran, Paul. Reflexiones sobre la Revolución Cubana. México. Letra Cierta. s/f. Col. Documentos.

Beals, Carleton. "Revolución sin generales" en Revista de la Universidad. México. UNAM. Vol. XIII. Núm. 7. marzo 1959. p.21-23.

Santéz, Fernando. "Cuba: la prueba de fuego para Estados Unidos o la parábola de David y Goliat" en Política. Vol.1. Núm.1. 1 mayo 1960. p. 40-42.

----- La batalla de Cuba. México. Era. 1960. Col. Ancho Mundo/I.

----- "La libertad de prensa no es la libertad de venderse al mejor postor" en Política. Vol.I. Núm.3. 1 junio 1960. p.16-20.

----- "Se devuelve al pueblo lo que le robaron" en Política. Vol. I. Núm.4. 15 junio 1960. p.36-37.

-----;Edmundo Flores et al. "Réplica a Jules Dubois. El calumniador de Cuba" en Política. Vol.I. Núm.18. 15 de enero 1961. p.17.

Borrego, Salvador. Periodismo trascendente. México. 1956.

Camp, Roderic Ai. La formación de un gobernante. La socialización de los líderes políticos en el México Post-revolucionario. México. Fondo de Cultura Económica. 1981.

----- Los líderes políticos en México. México. Fondo de Cultura Económica. 1983.

----- Mexican Political Biographies. 1935-1975. Tucson. The University of Arizona Press. 1976.

Campos, Julieta. "¿Realismo mágico o realismo crítico?" en Revista de la Universidad. México. UNAM. Vol.15. Núm.5. enero 1961. p.4-8.

Carballo, Emmanuel. Protagonistas de la literatura mexicana. México. Ediciones del Ermitaño-SEP. 1986. Lecturas Mexicanas, segunda serie 48.

Carpentier, Alejo. "El tiempo no quita fuerza a las verdades verdaderas" en Siempre! Núm. 462. mayo 2 de 1962. p.4-5.

Carrera, Manuel; Jorge Portilla et al. "La Revolución Cubana vista desde México" en Revista de la Universidad. México. UNAM. Vol.XIII. No.7. marzo 1959. p.16.

Carrión, Jorge. "Ni paz sin lucha ni pan sin esfuerzo" en Problemas Agrícolas e Industriales de México. México. Vol.III. Núm.4. octubre-diciembre 1951. p.294-308.

Centro Mexicano de Escritores. Becas. Centro Mexicano de Escritores, A.C. XXXV aniversario. Bases. 1986-7. p. 29-33.

Coccioli, Carlo. "Quién es dueño de la verdad?" en Siempre! Núm. 462. 2 mayo 1962. p.10, 11, 70.

Commager, Henry Steel et al. Breve historia de los Estados Unidos. 3a. ed. México. Fondo de Cultura Económica. 1987.

Copple, Neale. Un nuevo concepto del periodismo. Reportajes interpretativos. México. Editorial Pax-México Librería Carlos Cesarman. 1968.

Cosío Villegas, Daniel. "El México de Tannenbaum" en Problemas Agrícolas e Industriales de México. México. Vol.III. Núm.4. octubre-diciembre 1951. p.157-161.

Ensayos y notas Tomo I. México. Editorial Hermes. 1966.

"La crisis de México" en Cuadernos Americanos. México. Año VI. Vol.XXXII, No.2. marzo-abril 1947. p.29-61.

Cuervo, Raimundo. "Evolución tecnológica e industrialización nacional" en Jornadas 4^{as}. Cuestiones Industriales de México. México. El Colegio de México. 1945. p.25-3a.

Dallal, Alberto. Notas de investigación. México. Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. 1938.

_____ Periodismo y literatura. México. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. 1985.

El Hijo Pródigo I abril/septiembre 1943. México. Fondo de Cultura Económica. 1983. Col. Revistas Literarias Mexicanas.

"El requiem de Villegas a la madre Revolución, alborota a los doctores, los intelectuales se tiran con los canceleros y aun con el cadáver" en La Nación. Año VI. Núm.289. 26 abril 1947. p. 18-19.

"Fernando Benítez y 'México en la Cultura'" en Política. Vol.2. Núm. 41. 1 enero 1962. 3a. de forros.

Fraser Bond, F. Introducción al periodismo. México. Editorial Limusa. 1985.

Fuentes, Carlos. "América Latina y Estados Unidos" en Revista de la Universidad. México, UNAM. Vol.XIII. No. 7. marzo 1959. p.11-5.

_____ "Carlos Fuentes sale al paso de su acusación" en Siempre! Núm.460. 18 abril 1962. p.4 y 5.

_____ "Carta abierta a Richard Goodwin, subsecretario de EU" en Siempre! Núm. 460. 18 abril 1962. p.6 y 7.

_____ "Estados Unidos: notas para un análisis" en Ciencias Políticas y Sociales. México. UNAM. Vol.VI. Núm.20. abril-junio 1960. p.253-271.

_____ "Existe libertad de prensa en México?" en La Cultura en México de Siempre! Núm.469. 20 junio 1962. p.VI.

_____ "La mascarada de esta década" en La Cultura en México de Siempre! Núm.523. 3 julio 1963. p.III-VIII.

_____ "Los Estados Unidos vistos por los norteamericanos" en La Cultura en México de Siempre! Núm. 471. 4 julio 1962. p.III-XXXII. Selección a cargo de Carlos Fuentes.

_____ "Radiografía de los Estados Unidos" en Casa de las Américas. Cuba. Vol. I. Núm. 4. enero-febrero 1961. p.41-51.

_____ "Siete días con Lázaro Cárdenas" en Política. Vol.I. Núm.23. 1 abril 1961. p.15-22.

_____ "The argument of Latin America: words for the north americans" en Whiter, Latin America? New York. Monthley Review Press. 1963. p.9-24.

_____ Tiempo Mexicano. 8a. ed. México. Joaquín Mortiz. 1980. Cuadernos de Joaquín Mortiz.

_____ et al. Confrontaciones. Los narradores ante el público. México. Joaquín Mortiz. 1966.

_____ et al. "Tres interrogaciones sobre el presente y futuro de México" en Cuadernos Americanos. México. Año XVIII. Vol. CII. Núm.1. enero-febrero 1959. p.44-75.

García Terrés, Jaime. "Diario de un escritor en La Habana" en Revista de la Universidad. México. UNAM. Vol.XIII. No.7. marzo 1959. p.3-8.

_____ "Notas para un programa de renovación política" en Casa de las Américas. Cuba. Vol.I. Núm.4. enero-febrero 1961. p.53-62.

González, Luis. La ronda de las generaciones. México. SEP. 1984.

González Casanova, Pablo. "Un libro más o menos" en Problemas Agrícolas e Industriales de México. México. Vol.III. Núm.4. octubre-diciembre 1951. p. 162-169.

_____ et al. "Homenaje a Wright Mills" en La Cultura en México de Siempre! Núm.459. 11 abril 1962. p.II- III.

González Pedrero, Enrique. Fisonomía de Cuba. México. Era. 1960. Col. Ancho Mundo/ I.

_____ La Revolución Cubana. México. Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. 1959.

_____ "La situación económica de Cuba" en Revista de la Universidad. México. UNAM. Vol. XIII. No. 7 marzo de 1959. p. 9-11.

_____ "Subdesarrollo y revolución" en Casa de las Américas. Cuba. Vol.I. Núm.2. agosto-septiembre 1960. p.49-64.

Honestrosa, Andrés y José Fernández de Castro. Periodismo y periodistas en Hispanoamérica. México. SEP. 1947. Biblioteca Enciclopédica Popular Núm. 50.

Jiménez Moreno, Wigberto. "50 años de historia mexicana" en Historia Mexicana. México. El Colegio de México. Vol.I. Núm.3. enero-marzo 1952.

Krauze, Enrique. Caudillos culturales de la Revolución Mexicana. México. SEP-Siglo XXI. 1985.

_____ "Cuatro estaciones en la cultura mexicana" en Caras de la historia. México. Joaquín Mortiz. 1983.

_____ "Inglaterra, Estados Unidos y la exportación de la democracia" en Vuelta Núm. 145. México. Editorial Vuelta. diciembre 1988. p.29-34.

_____ "La comedia mexicana de Carlos Fuentes" en Vuelta Núm.139. México. Editorial Vuelta. junio 1988. p. 15-21.

Martínez, José Luis. Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana. México. Joaquín Mortiz. 1972.

Martínez Carrizales, Leonardo. "Apuntes de un desencuentro: Fuentes y Krauze" en Revista Mexicana de Cultura de El Nacional. 22 enero 1989. p. 16.

Matthews, Herbert. The cuban story. New York. George Braziller. 1961.

Medio Siglo, revista. México. Facultad de Derecho de la UNAM. 2a. época. Núms. 3-4. abril-junio/julio-septiembre 1957.

Ortega y Gasset, José. Esquema de la crisis. Santiago de Chile. Ediciones Extra. 1934.

_____ El tema de nuestro tiempo. Buenos Aires. Espasa-Calpe. 1938. Col. Austral.

Poniatowska, Elena. ¡Ay vida, no me mereces! México. Joaquín Mortiz. 1987. Col. Contrapuntos.

_____ "Presencia de América Latina en Santiago de Chile" en La Cultura en México de Siempre! Núm.454. 7 marzo 1962. p.VII.

_____ Prólogo a Cambio de piel. México. Promociones Editoriales Mexicanas. 1979. p.VII-XXX.

"Purga de Novedades" en Política. Vol.2 Núm.40. 15 diciembre 1961.

Quintana, Carlos. "Problemas fundamentales de la industrialización de México" en Jornadas 48, Cuestiones Industriales de México. México. El Colegio de México. 1945. p.9-24.

Reeve, Richard M. An annotated bibliography on Carlos Fuentes. 1949-1969. (s.p.i.) p.597-652.

Revista Mexicana de Literatura. México. la. época. Vol.I-II. Núm. 1-12. septiembre-octubre 1955 a julio-agosto 1957.

Roa Bastos, Augusto. "Tannembaum habló en Chile como un acreedor irritado" en Siempre! Núm.465. 23 mayo 1962. p.4 y 5.

Ross, Stanley R. Fuentes de la historia contemporánea de México. México. El Colegio de México. 1965. Tomos I y II, Periódicos y Revistas.

_____ Fuentes de la historia contemporánea de México. México. UNAM. 1977. Tomos III, IV yV. Periódicos y Revistas 1959-1968.

Ruiz Castañeda, María del Carmen et al. El periodismo en México. 450 años de historia. 2a. ed. México. UNAM. 1980.

Salazar Mallén, Rubén. "¿Qué es la Revolución Mexicana?" en El Universal. 22 febrero 1940. p.3.

Silva Herzog, Jesús. La Revolución Mexicana en crisis. México. Ediciones Cuadernos Americanos. 1944.

_____ "La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico" en Cuadernos Americanos. México. Año VIII. Vol. XLVII. Núm.5. septiem-
bre-octubre 1949. p.7-16.

_____ Un ensayo sobre la Revolución Mexicana. México. Edi-
ciones Cuadernos Americanos. 1946.

Silva Michelena, Jesús. Política y bloques de poder. 5a. ed. México.
Editorial Siglo XXI. 1984.

Tannenbaum, Frank. "Frank Tannenbaum dicta una cátedra en Siempre!"
en Siempre! Núm.459. 11 abril 1962. p.5.

_____ "Frank Tannenbaum responde: es preciso salir al
paso de lo que dijo Carpentier porque si hablamos de imperialismo
debemos recordar otro que sí es cruel, es despiadado y sanguinario".
en Siempre! Núm. 466. 30 mayo 1962. p.4 y 5.

_____ "México: la lucha por la paz y por el pan" en
Problemas Agrícolas e Industriales de México. México. Vol. III.
Núm.4. octubre-diciembre 1951. p.9-154.

_____ Peace by revolution: an interpretation of Mexico.
New York. Columbia University Press: Morningside heights. 1933.

_____ "Tannenbaum en defensa de Carlos Fuentes. Bofeta
da a un pueblo" en Siempre! Núm.464. 16 mayo 1962.

_____ The Mexican agrarian revolution. New York. The
Macmillan company. 1929.

Tapia, Francisco. "Cara y cruz de un periodista mexicano" en Revista
Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. Núm.109. México. UNAM.
FCPyS. Año XXVIII. Nueva Epoca. julio-septiembre 1982. p.123-134.

Torres, Teodoro. Periodismo. México. Ediciones Botas. 1937.

Uranga, Emilio. "Comentario al libro de Frank Tannenbaum 'México: la lucha por la paz y por el pan'" en Problemas Agrícolas e Industriales de México. México. Vol.III. Núm.4. octubre-diciembre 1951. p.215-222.

Weatherhead, Richard. "Carta al New York Times" en Siempre! Núm. 463. 9 mayo 1962. p.9 y 70.

Zaid, Gabriel. "Una declaración desconocida de López Velarde" en Vuelta Núm. 141. México. Editorial Vuelta. agosto 1988. p.13-18.

Zea, Leopoldo. "Crítica y autocrítica de la Revolución Mexicana" en El Nacional. 6 abril 1947. p.3 y 6.

_____ "Nota a un libro: México y sus problemas" en Problemas Agrícolas e Industriales de México. México. Vol.III. Núm.4. octubre-diciembre 1951. p.183-187.

INDICE

PALABRAS PRELIMINARES.	3
CAPITULO INTRODUCTORIO.	9
Apuntes para una reconsideración de la historia del periodismo en México.	
NOTAS	27
CAPITULO PRIMERO.	33
El camino a la madurez crítica.	
NOTAS	54
CAPITULO SEGUNDO.	60
El ejercicio de la madurez crítica.	
NOTAS	80
CAPITULO TERCERO.	86
<u>Medio Siglo</u> , entre la literatura y la política.	
NOTAS	111
CAPITULO CUARTO.	117
Los preparativos logísticos de la primera batalla: Cuba.	
NOTAS	144
BIBLIOHEMEROGRAFIA BASICA	149